Charles Berlitz

El misterio de la Atlántida

EDITORIAL POMAIRE
Barcelona
Bogotá - Buenos Aires - Caracas
México - Montevideo - San José de Costa Rica
Santiago de Chile

Título original:
The Mystery of Atlantis

Edición original:
Grosset & *Dunlap, Publishers,* Nueva York, 1971

Traducción: *José Cayuela*

© 1969 by Charles Berlitz
© 1976 *by* **EDITORIAL POMAIRE, S. A.**
Avda. Infanta Carlota, 114 / Barcelona-15 / España

ISBN: 84-286-0117-8 *(tela)*
ISBN: 84-286-0116-X *(rústica)*

Depósito Legal: B. 34.127-1976 *Printed in Spain*
FOTOCOMPOSICIÓN YATE MOTONÁUTICA
Diputación, 304 / Barcelona – 9
Impreso por **GRÁFICAS NI. PAREJA**
Montaña, 16 / Barcelona – 13

PRÓLOGO.....4

LA ATLÁNTIDA: ¿LEYENDA O REALIDAD?.....5

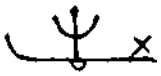
***LA ATLÁNTIDA VUELVE A SER ACTUALIDAD*.....9**

EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA.....11

LA ATLÁNTIDA: UN RECUERDO PERSISTENTE.....22

HACIA EL ABISMO DEL OCÉANO.....28

DE CÓMO LA ATLÁNTIDA CAMBIÓ LA HISTORIA DEL MUNDO.....35



LA EXPLICACIÓN ATLÁNTICA.....40

ALGUNAS TEORÍAS SOBRE LA ATLÁNTIDA.....50

LA ATLÁNTIDA Y LOS CIENTÍFICOS.....64

LA ATLÁNTIDA: LENGUA Y ALFABETO.....71

¿DÓNDE ESTABA LA ATLÁNTIDA?.....81

¿ES POSIBLE ENCONTRAR LA ATLÁNTIDA?.....88

EL HALLAZGO DE LA ATLÁNTIDA.....92

Bibliografía.....97

Prólogo

Mientras la Humanidad se precipita hacia el futuro y se adentra en el espacio sin límites, sus horizontes se ensanchan también *hacia atrás* y su interés por conocer el pasado se hace cada vez mayor. Las fronteras de la civilización primitiva retroceden cada año un poco más. Los nuevos descubrimientos y la nueva información recogida gracias al procedimiento del Carbono 14 (que ayuda a determinar la antigüedad de ciertos instrumentos) hacen pensar que el hombre era ya civilizado, en grados diversos, miles de años antes del período generalmente aceptado y no siempre en los lugares que hasta ahora parecían idóneos, como el Creciente Fértil del Oriente Medio.

¿Dónde estuvo localizada la primera civilización? ¿Fueron las demás "exportadas" desde un núcleo central? ¿Existió alguna otra cultura, más antigua y con mayores conocimientos, que ayudó a formar Egipto, Sumer, Creta, Etruria, las islas del Mediterráneo y costas adyacentes, y que influyó incluso en las culturas americanas?

En respuesta a todos estos interrogantes surge, difusa pero acuciante, una palabra semejante al eco de un pasado incierto, algo así como el nombre que se pronuncia en un océano brumoso. La palabra es... Atlántida.

Para muchos, la Atlántida es el continente atlántico desaparecido; la cuna original de la civilización; una tierra dorada y bella que desapareció por una serie de convulsiones cuando se hallaba en la cumbre de su poder y que yace ahora en el fondo del océano, mostrando en la superficie sólo las cimas de sus montañas.

Para otros, la Atlántida es sólo una leyenda inventada por el filósofo griego Platón, que la utilizó como escenario de dos de sus Diálogos, y que se ha conservado en la imaginación popular a través de diversas versiones desarrolladas durante siglos. Y para otros aún, es una auténtica precursora de las civilizaciones primitivas, atestiguada por documentos antiguos, aunque incompletos, pero situada no en él Atlántico, sino en otro lugar. Naturalmente cada una de las posibles localizaciones cuenta con numerosos partidarios.

Si consultamos la enciclopedia, veremos que la Atlántida está considerada como "una leyenda" y que no entra dentro de la historia documentada. Sin embargo, geólogos y oceanógrafos coinciden en que algo semejante a un continente existió alguna vez en el Atlántico, si bien dudan a la hora de situarla dentro del ámbito de la Humanidad civilizada.

Lo cierto es que la Atlántida está todavía junto a nosotros, ahora más que nunca. Forma parte de nuestra cultura, creamos en ella o no; ha sido tema de más de tres mil libros; ha inspirado a los clásicos; ha influido en la historia e incluso contribuyó al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Cada vez que se descubre una ciudad o una cultura submarinas —cosa que ocurre y ocurrirá con mucha frecuencia, debido al crecimiento paulatino del nivel de las aguas en el mundo y al hundimiento de algunas zonas de la costa—, la Atlántida surge como una palabra mágica en los labios del descubridor. El año pasado la Atlántida fue "descubierta" en el Mediterráneo, en la isla de Tera, que experimentó la desaparición de algunas partes de su territorio en el mar, a causa de antiguas erupciones volcánicas.

Por otra parte, los admirables relatos de Edgar Cayce predijeron que en 1968 ó 1969 surgiría un templo atlántico cerca de las Bimini, en las Bahamas, y lo cierto es que se han observado algunas estructuras submarinas en los alrededores, que en el momento de escribir este libro se hallan en proceso de investigación.

La leyenda de la Atlántida —si de leyenda puede hablarse— está en todo caso llena de vida y en constante autorrenovación, como esa otra tan conocida del ave Fénix. Mientras cada generación va aprendiendo de su gran memoria ancestral (el continente o paraíso perdido en el fondo del mar), surgen nuevas preguntas y se formulan nuevas explicaciones. Y con los equipos de investigación de que se dispone actualmente es posible que haya llegado el momento en que surja la solución de este antiguo enigma y la reconsideración de la antigüedad del hombre civilizado y del lugar en que apareció su primera gran civilización.

La Atlántida: ¿leyenda o realidad?

La Atlántida constituye la novela de misterio más grande del mundo. Su nombre mismo evoca un enigmático sentimiento de familiaridad y memorias perdidas, lo que es natural, puesto que nuestros antecesores han hecho conjeturas acerca de ella durante miles de años.

Si buscamos la palabra Atlántida en una enciclopedia, podemos leer que se trata de un continente perdido y "mítico" y, entre otras referencias, veremos que fue descrita por Platón en el siglo IV a.C., en dos de sus Diálogos, *Tlmeo* y *Critias,* en los que hace referencia a una visita de Solón a Egipto. Entonces se enteró de que los sacerdotes de Sais guardaban documentos escritos acerca de "una isla-continente situada más allá de las Columnas de Hércules (nombre que se daba en la Antigüedad a Gibraltar) llamada Atlántida y que era el corazón de un grande y maravilloso imperio" y que tenía una población muy numerosa, ciudades de techos dorados, poderosas flotas y ejércitos de conquista e invasión.

En su descripción de la Atlántida, Platón señala que "la isla era mayor que Libia y Asia juntas (al parecer con el nombre de Libia se designaba la parte de África entonces conocida) y podía pasarse a través de ella al continente opuesto, que bordeaba el verdadero océano..."

El filósofo griego describe la isla como un paraíso terrestre, mezcla de imponentes montañas, fértiles llanuras, ríos navegables, ricos depósitos de minerales y una numerosa y floreciente población. Este poderoso imperio "desapareció bajo el mar en un solo día, con su noche".

Según los cálculos de Platón, el hundimiento se produjo unos 9.000 años antes de su época; es decir, hace unos 11.500 años. Su alusión a este continente perdido —al que nos referiremos con más detalle en el capítulo 3 - fue, alternativamente, creída y puesta en duda a lo largo de los siglos. Parte de lo que Platón afirmaba tuvo su confirmación con el descubrimiento del "continente opuesto'" en 1492. Conforme aumentan los conocimientos sobre la profundidad del océano se sitúan cada vez más lejos en el tiempo los límites de la prehistoria de la Humanidad, y es posible que otros puntos del relato de Platón sean reconocidos como igualmente ciertos.

Verdaderos o no, y cualesquiera que sean las connotaciones psicológicas, hay un gran flujo de la memoria de la raza que apunta hacia algún lugar del Atlántico, señalándolo como la cuna tribal o racial de un paraíso terrestre hacia el que fluyen las almas después de la muerte.

Si la Atlántida hubiese existido, las tribus y razas que han poblado el perímetro *a ambos lados del Atlántico* lo recordarían, o al menos habría alguna referencia de ella en la memoria tribal o en los documentos escritos. En este sentido debemos dejar constancia de una curiosa coincidencia de nombres. El galés y el inglés antiguo situaron en el océano occidental el emplazamiento de su paraíso terrenal, que llamaban *Avalan.* Los griegos de la antigüedad situaron la isla más allá de las Columnas de Hércules y la llamaron Atlántida. Los babilonios ubicaron su paraíso en el océano occidental y le dieron el nombre de *Aralu,* mientras los egipcios colocaron la morada de sus almas "en el extremo occidental, y en el centro del océano" y lo denominaron, entre otros, con los nombres de *Aaru* o *Aalu* y también *Amena.* Las tribus celtas de España y los vascos conservan las tradiciones de su tierra natal en el océano occidental, y los galos autóctonos de Francia, especialmente los que habitaban las regiones más occidentales, conservaban la tradición de que sus antepasados provenían de algún lugar en el medio del océano occidental, como consecuencia de una catástrofe que destruyó su tierra de origen. Los árabes creían que el pueblo de *Ad* vivió antes de la gran inundación y fue destruido por las aguas como castigo por sus pecados. Las antiguas tribus del Norte de África mantenían las tradiciones de un continente situado al Oeste, y existen noticias de tribus llamadas *Atarantes* y *Atlantioi,* así

* Para una explicación de los dibujos que ilustran el encabezamiento de cada capítulo, véase pág. 214.

como un mar actualmente seco, *Attala* y, naturalmente, las montañas *Atlas.* Cruzando el Atlántico advertimos que en las Islas Canarias (que en teoría constituyen las cumbres montañosas de la Atlántida) existen una serie de antiguas cavernas llamadas *Atalaya,* cuyos habitantes conservaban, incluso en la época romana, el recuerdo del hundimiento de la isla-continente.

Tanto en América del Norte como en Sudamérica, nos encontramos con una serie de extraordinarias coincidencias. La mayor parte de las tribus indígenas conservan leyendas que dicen que su origen está en Oriente o que obtuvieron los adelantos de la civilización de unos superhombres llegados desde un continente oriental El pueblo azteca conservó el nombre de su tierra de erigen: Aztlán, y la palabra misma, azteca, es una derivación de Aztlán. En el idioma azteca (náhuatl), *atl* significa "agua" y la misma palabra tiene igual significado en el lenguaje beréber del norte de África. Quetzalcóatl, dios de los aztecas y de otros pueblos mexicanos, era según se dice un hombre blanco, que usaba barba y llegó al valle de México desde el océano, volviendo a Tlapallan una vez concluida su misión civilizadora. En su libro sagrado, los maya- quichés se refieren al país oriental donde en un tiempo habían vivido como si fuera un verdadero paraíso, "en el que blancos y negros vivieron en paz" hasta que el dios Hurakan (huracán) se enfureció e inundó la tierra. Cuando los conquistadores españoles exploraron Venezuela por primera vez encontraron un reducto denominado Atlán, que estaba poblado por indios blancos (o que a los españoles les parecieron blancos), cuyos antepasados eran sobrevivientes, según decían, de una tierra inundada.

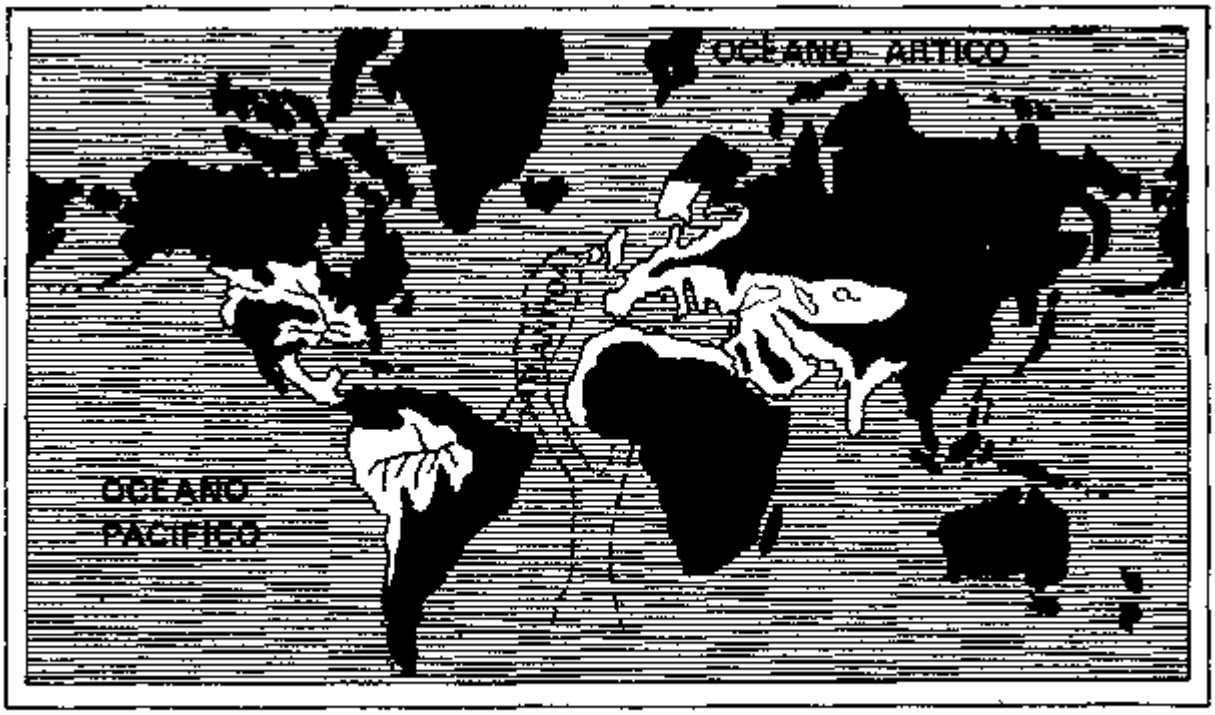
Tal vez la más notable de todas estas coincidencias lingüísticas sea la que presenta el idioma inglés. El nombre mismo del océano en que nadamos, navegamos o sobrevolamos, Atlántico, podría ser un nexo de unión con la leyenda de las antiguas ciudades doradas que yacen en el fondo de las aguas. Ciertamente, la palabra proviene de Atlas, el gigante de la leyenda griega que sostenía el cielo. Pero, ¿acaso no era la propia leyenda de Atlas una alegoría de poder, el poder del imperio atlántico quizás? En griego, Atlántida significa "hija de Atlas".

Las leyendas sobre una gran inundación y sobre la desaparición de una civilización avanzada son comunes a casi todas las razas, naciones y tribus que poseen documentos escritos o tradiciones orales. Se ha sugerido que la similitud entre nuestros escritos bíblicos acerca del Diluvio y los de Sumer, Asiría, Babilonia, Persia y otras antiguas naciones mediterráneas podrían tener su origen en los recuerdos de una gran inundación ocurrida en el Oriente Medio. Pero, ¿serviría esto también para explicar las leyendas de inundaciones que se conservan en Escandinavia, China, la India y en la gran mayoría de las tribus aborígenes del Nuevo Mundo, tanto en América del Norte como en Sudamérica?

Dichas leyendas, con sus reiteradas alusiones a sobrevivientes que levantaron una nueva civilización sobre las ruinas de la antigua, existen en todo el mundo y aparentemente se refieren a algo que realmente ocurrió. Sin duda, debe considerarse que si la tierra estuviese cubierta sólo por las aguas, éstas no habrían podido retroceder, ya que carecerían de un punto al cual dirigirse. De ahí que uno pueda presumir que la gran inundación, tal como la recordaron sus sobrevivientes, describía un fenómeno especial, acompañado de lluvias y perturbaciones climatológicas, durante las cuales a los sobrevivientes les pareció que el mundo entero había quedado bajo el agua. Son estos recuerdos, lo mismo que aquellos que hablan de un paraíso terrestre, habitualmente localizado en una isla hermosa y fértil en medio del Atlántico, los que unidos a las numerosas referencias de los autores clásicos a dicha isla, han fascinado a los hombres de todas las épocas y contribuyeron sin duda al descubrimiento y conquista de América.

Quienes rechazan la teoría atlántica argumentan que tendrían que existir más referencias a la Atlántida en la Antigüedad que aquellas de las que disponemos (y que vamos a examinar más adelante). Sin embargo, considerando el estado de los documentos antiguos y considerando la posibilidad de que se descubran otros, resulta asombroso que tengamos todo lo que tenemos. Sabemos con certeza que algunos de los documentos relacionados con la Atlántida se perdieron, porque varias de las referencias de que disponemos aluden a otros más completos, que se han extraviado. Aparte de la destrucción general de los manuscritos griegos y romanos que tuvo lugar durante las invasiones de los bárbaros, una parte importante de la literatura clásica fue sistemáticamente eliminada, algunas veces por los mismos pueblos que la heredaron. El papa san Gregorio Magno, por ejemplo, ordenó la destrucción de la literatura clásica, "por

temor a que distraiga a los fieles de la contemplación del cielo". Amru, el conquistador musulmán de Alejandría, donde se hallaba la mayor biblioteca de la Antigüedad —más de un millón de volúmenes— utilizó los rollos de manuscritos de los clásicos como combustible para calentar los cuatro mil baños de la ciudad durante seis meses. Amru argumentó que si los libros antiguos contenían información ya existente en el Corán, eran superfluos, y si la que encerraban no estaba allí, no tenía valor alguno para los verdaderos creyentes. Nadie sabe qué referencias a la Atlántida pueden haber ido a parar al agua caliente de los baños de los conquistadores árabes, ya que Alejandría era tanto un centro científico como literario. Los conquistadores españoles del Nuevo Mundo continuaron esta destrucción de antiguos documentos. El obispo Landa destruyó todos los escritos mayas que pudo encontrar en la península del Yucatán, con la excepción de unos seis que ahora se guardan en museos europeos.



Expansión "colonial" atlántica en el mundo, según Donnelly.

Los mayas podrían haber proporcionado alguna información valiosa acerca del continente perdido, dado su origen y sus sorprendentes conocimientos científicos. Ello podría ocurrir todavía, si se descubriesen nuevos documentos.

Aun cuando los escritos antiguos se han perdido, no faltan las obras modernas sobre la Atlántida. Se han publicado alrededor de cinco mil libros y folletos en los principales idiomas del mundo, en su mayoría en los últimos 150 años. El número mismo de obras sobre este tema demuestra el atractivo que ejerce el misterio de la Atlántida sobre la imaginación del hombre. En una ocasión, un grupo de periodistas ingleses hicieron una votación para designar las noticias más importantes que podían imaginar, y situaron la reaparición de la Atlántida en cuarto lugar, varios puestos por delante de la segunda venida de Cristo.

Entre los miles de libros escritos en el pasado siglo y medio hay un pasaje en la obra de Ignatius Donnelly que merece ser citado como muestra típica de la firme creencia de muchos en la existencia de un continente atlántico, cuna de la civilización. Donnelly presentó al comienzo de su obra, publicada en 1882, trece proposiciones que todavía se distinguen por su fuerza, originalidad y sobre todo por su tono de absoluta certeza. Son las siguientes:

1. Que en una época existió, frente a la boca del Mediterráneo, en el océano Atlántico, una gran isla que era lo que

quedaba de un continente conocido por los antiguos con el nombre de Atlántida.

2. Que la descripción que de dicha isla hizo Platón no es fábula, como se ha supuesto durante mucho tiempo, sino historia real.

3. Que la Atlántida fue el lugar en donde el hombre se elevó por vez primera de un estado de barbarie a la civilización.

4. Que con el discurrir del tiempo la isla se convirtió en una nación poderosa y muy poblada. La gran densidad demográfica impulsó a los viajes, lo que hizo posible que las costas del Golfo de México, de los ríos Missisipi y Amazonas, las del Pacífico en Sudamérica, las del Occidente de Europa y África, las del Báltico, el Mar Negro y el Caspio fueran pobladas por comunidades civilizadas.

5. Que fue el verdadero mundo antidiluviano y también el Jardín del Edén; los jardines de las Hespérides; los Campos Elíseos; los Jardines de Alcino; el Olimpo; el Asgar de las tradiciones de los pueblos antiguos; que, en fin, representa el recuerdo universal de una tierra grandiosa, donde la Humanidad primitiva residió durante mucho tiempo en paz y felicidad.

6. Que los dioses y diosas de los antiguos griegos, fenicios, hindúes y escandinavos eran sencillamente los reyes, reinas y héroes de la Atlántida y que los actos que les atribuye la mitología son rememoraciones confusas de hechos históricos verdaderos.

7. Que las mitologías de Egipto y Perú representan la religión original de la Atlántida; es decir, la adoración del Sol.

8. Que la colonia más antigua establecida por los atlantes estuvo probablemente en Egipto, cuya civilización reprodujo la de la gran isla.

9. Que los utensilios de la Edad del Bronce de Europa derivan de la Atlántida, y que los atlantes fueron también los primeros que trabajaron el hierro.

10. Que el alfabeto fenicio, padre de todos los europeos, proviene del que ya se utilizaba en la isla-continente.

11. Que la Atlántida fue el lugar de asentamiento original del gran tronco de las naciones arias o indoeuropeas, al igual que el de los pueblos semitas, y posiblemente también de las razas turanias.

12. Que la Atlántida sucumbió en medio de una terrible convulsión de la Naturaleza, en que la isla entera se hundió en el océano, con casi todos sus habitantes.

13. Que sólo algunas personas escaparon en barcos o balsas, llevando a las naciones de Oriente y Occidente las noticias sobre la horrible catástrofe, que han llegado hasta nuestra época bajo la forma de las leyendas de la Inundación y el Diluvio que existen en los distintos pueblos del viejo y el nuevo mundo.

El libro de Donnelly y los centenares de obras que le siguieron iniciaron tal vez un "movimiento" atlántico que ha sobrevivido, con variada intensidad, hasta nuestros días. Diversos escritores y estudiosos se han enfrascado en un nuevo examen de los libros antiguos que todavía se conservan y que tratan del tema, y han estudiado concienzudamente los mitos clásicos, las leyendas indígenas y los indicios relativos a esta cuestión que suelen hallarse en campos tan variados como los de la biología, la antropología, la geología, la botánica, la lingüística y la sismología. El material reunido es amplísimo y los resultados están sometidos a interpretación.

Las cinco primeras disciplinas que hemos citado proporcionan, según la interpretación, una gran cantidad de información que indica que hubo una época en que un istmo de tierra conectó el nuevo mundo con el viejo. Pudo ser primero un paso terrestre y luego un gran continente que en definitiva se quebró en una serie de islas separadas. Esto no sólo explicaría algunos extraños paralelismos en estas ciencias, sino incluso ciertos rasgos culturales y mitos comunes. En lo que respecta a la sismología, la Atlántida es una de las zonas menos estables de la corteza terrestre y está sujeta a trastornos a lo largo de toda la plataforma submarina del Atlántico norte y medio, que se extiende por el fondo del mar desde el Norte del Brasil hasta Islandia. Dichos trastornos todavía pueden provocar alzamientos o depresiones de masas terrestres. Los recientes adelantos científicos, las nuevas técnicas arqueológicas para la precisión de las fechas históricas, las conclusiones revolucionarias acerca de la antigüedad del hombre civilizado, y sobre todo, el alcance y profundidad crecientes de la exploración submarina, han preparado el terreno para nuevos descubrimientos. En realidad, algunos podrían haber ocurrido ya, pero aún no son conocidos.

Antes de que contáramos con todas estas técnicas, ya los teóricos e investigadores de la Atlántida habían alcanzado un punto en los dominios tradicionales de la investigación, más allá del cual no pudieron avanzar. En la actualidad, el área y los medios de investigación se han ampliado considerablemente.

La Atlántida vuelve a ser actualidad

La Atlántida ocupa todavía un lugar en las noticias. ¡Durante el año 1968 fue "redescubierta" dos veces! Una de ellas-en el Mediterráneo y otra en el Atlántico, frente a las Bimini, en las Bahamas, donde se dice que un templo de la isla-continente está elevándose hacia la superficie. La explicación de que la prensa haya identificado el edificio como un templo de la Atlántida está en la asombrosa coincidencia del fenómeno con la predicción hecha por Edgar Cayce en 1940, en el sentido de que en 1968 ó 1969 surgiría de las aguas, frente a las Bimini, un templo de la Atlántida.

En el período comprendido entre 1923-1944, Cayce, un investigador de parapsicología y de los fenómenos extrasensoriales, que vivía en Virginia Beach, estado de Virginia, tuvo numerosas experiencias mentales, que llamó "relatos", y concedió abundantes entrevistas acerca de la Atlántida, en las que explicó la vida en la Isla y los cambios operados en la tierra en general. Aunque numerosas, dichas revelaciones representan sólo una parte de sus predicciones, que han determinado la creación de una fundación que lleva su nombre y de una asociación con filiales en numerosas ciudades de Estados Unidos.

Al describir el continente sumergido, afirmó que parte de él se hallaba bajo el océano, cerca de las Bahamas y, específicamente que las Bahamas mismas eran las cumbres de la isla Poseídia, que formaba parte de la "región occidental de la Atlántida". En 1940 Cayce señaló los años 1968 o 1969 como el momento en que habría de volver a emerger una parte de la isla desaparecida, la porción cercana a las Bimini: "Poseídia —dijo—, será una de las primeras porciones de la Atlántida que volverán a levantarse. Se espera para 1968 ó 1969. ¡No está tan lejos!"

Una coincidencia muy curiosa ha hecho que varios edificios pareciesen estar volviendo a la superficie, frente a las Bimini y en el extremo norte de Andros. Aún no se ha determinado qué son esas construcciones ni cuál es su antigüedad. Sin embargo, lo más extraordinario acerca de su aparición es que estos misteriosos edificios submarinos han surgido en el lugar exacto que había señalado Cayce en 1940. Dos pilotos comerciales los avistaron y fotografiaron desde el aire. Uno de ellos era un miembro de la fundación Cayce que los estaba buscando y que los vio mientras volaba en uno de sus itinerarios regulares, probablemente debido a que conocía la predicción de Cayce. Es interesante señalar que el avión ha sido un eficaz colaborador para los arqueólogos durante muchos años, ya que, en condiciones de buena visibilidad y de quietud de las aguas, ha sido posible descubrir y fotografiar desde el aire numerosos puertos, fortificaciones y ciudades antiguas.

Al sur de este punto existe una depresión llamada Lengua del Océano, que tiene una profundidad de unos 6.000 metros, lo que coincide plenamente con el "relato" de Cayce en el sentido de que las antiguas tierras de la Atlántida situadas frente a las Bimini son el punto más alto de un continente sumergido. Una primera investigación submarina ha revelado que el edificio está construido sobre una base de rocas y que las paredes han sido cubiertas por la arena, lo que hace difícil verlas bajo el agua, en tanto que resulta fácil advertirlas desde el aire, ya que los trazos rectangulares de la construcción son más evidentes.

Dado que los edificios están ahora tan cerca de la superficie, han debido tomarse medidas para protegerlos de los cazadores de tesoros que tienen mucho menos interés en determinar su antigüedad que en la posibilidad de saquearlos.

Posteriormente se han encontrado otras ruinas submarinas cerca de otras islas del Caribe, entre ellas lo que parecía ser una ciudad completa, sumergida frente a la costa de Haití, y otra ciudad que se hallaría en el fondo de un lago. En 1968 se descubrió frente a las Bimini lo que parece ser un camino submarino (o tal vez una serie de plazas o de cimientos). Sobre la base de estos numerosos hallazgos, podría pensarse que parte del zócalo continental del Atlántico y el Caribe fue alguna vez tierra firme que se hundió

durante un período en que el hombre estaba ya civilizado.

Las construcciones submarinas que están emergiendo frente a las Bimini y a Andros están siendo estudiadas actualmente para determinar si formaron parte de un complejo cultural maya o de alguno todavía más antiguo, como predijo Cayce. Si pudiera establecerse su origen maya, ello no significaría necesariamente apartarse de la teoría atlántica, ya que los mismos mayas son, al parecer de muchos, si no descendientes de los sobrevivientes de la isla sumergida, por lo menos gentes que llegaron a un nivel de civilización relativamente elevado, gracias a los atlantes; una especie de ayuda a "naciones subdesarrolladas" en versión antigua.

Una expedición a la isla de Tera, situada en el mar Egeo, directamente al norte de Creta, concentró la atención en una teoría según la cual lo ocurrido en la propia Tera —que aparentemente fue destruida por una explosión en el 1500 a.C. con el consiguiente hundimiento de una gran porción de tierra— fue el desastre real que llevó a Platón a hablar de la destrucción de un continente. Es sabido que un misterioso desastre se abatió sobre la avanzada civilización cretense, aproximadamente en la misma época.

Antes, el imperio cretense era más avanzado que los que le siguieron. Poseía incluso agua corriente e instalaciones sanitarias sorprendentemente modernas, vasos de cristal de colores, cubiertos brillantes y modas muy elaboradas y precursoras en materia de vestimenta.

En la Antigüedad, Tera fue también llamada Stronghyli, que quería decir "la rotonda", pero después de la explosión, la parte noroccidental de la isla estalló y se hundió en el mar, dejándola con la forma de una media luna. Esta explosión y las convulsiones volcánicas consiguientes, al igual que las olas de las mareas provocadas por movimientos sísmicos, pueden haber sido una de las razones de la decadencia de Creta y de su conquista por los griegos aqueos.

Sin embargo, las numerosas erupciones volcánicas ocurridas en el Mediterráneo a lo largo de los siglos, no significan que no haya ocurrido una aún mayor más allá de las Columnas de Hércules, como señala Platón. Lo interesante es que, apenas se halla cualquier territorio sumergido que pueda relacionarse con culturas arcaicas —y cada vez habrá más hallazgos, gracias a las nuevas técnicas de exploración submarina- surge la pregunta: ¿Es ésta la perdida Atlántida de la leyenda?

Porque la Atlántida, la más antigua civilización o leyenda del mundo, según cuál sea nuestro punto de vista, nunca ha dejado de fascinar a la Humanidad, como lo demuestran los miles de libros y tratados ya escritos y los que siguen apareciendo acerca de un tema cuya existencia está todavía por constatar. Y sin embargo, esta leyenda o recuerdo de la raza merece todavía hoy la atención de la prensa.

Es como si, comprendiendo que ahora existen mejores métodos de investigación arqueológica, el hombre moderno esperase recibir la confirmación de su propio pasado perdido y creyera que la ciencia moderna habrá de llenar las lagunas de la historia de la familia humana.

En el momento mismo en que este libro estaba en prensa, habían aparecido o estaban por publicarse varios otros relativos a la Atlántida o a Tera. También han aparecido reimpresiones de obras escritas hace muchos años pero que todavía resultan pertinentes e informativas. Y, a mediados de 1969 una canción popular reflejaba el nuevo despertar del interés del público en la Atlántida y el deseo implícito en él de poseer mayor conocimiento acerca de nuestro pasado y de la edad dorada del hombre.

El Misterio de la Atlántida

La Atlántida constituye el misterio más grande de la historia. La más completa serie de referencias a la Atlántida que existe en la Antigüedad aparece en los Diálogos *Timeo* y *Critias,* de Platón, bajo la forma de una serie de acontecimientos comunicados al ateniense

Solón por los sacerdotes griegos de Sais y que son un misterio en sí mismos. ¿Para qué escribió Platón estos diálogos? ¿Para ilustrar la concepción de un Estado perfecto o como propaganda pro-ateniense? En todo caso, sus descripciones de la isla-continente son las más detalladas y completas existentes en los documentos antiguos, exceptuando tal vez los de Egipto, si existieran y fuesen encontrados. Además, Platón no era dado a discutir fábulas, sino que se especializó en filosofía, y se preocupó muy especialmente de precisar que el tema de estos diálogos no era ficción, sino realidad.
La primera referencia a la Atlántida aparece en el diálogo llamado *Timeo:*

CRITIAS.— Escuchad pues Sócrates, una historia muy singular, pero absolutamente verídica, sobre lo que dijo cierta vez Solón, el más sabio de los siete sabios. Era, por de pronto, pariente de Orópides, mi bisabuelo, y muy amigo suyo, como dijo él mismo varias veces en sus versos. El contó a Critias, mi abuelo, según ese último en su vejez gustaba de recordar delante de mí, que una gran cantidad de hazañas grandes y maravillosas llevadas a cabo por esta ciudad habían caído en el olvido debido al paso del tiempo y de la muerte de los hombres. Y de estas hazañas había una que era la mayor de todas. Quizá será conveniente recordarla para rendiros gracias y, a la vez, para agasajar dignamente a la diosa en estos días de fiesta, tanto como si le cantáramos un himno de alabanza.

SÓCRATES.- Eso está bien dicho. Pero ¿cuál es esta hazaña que Critias contó, no como una simple ficción, sino como un hecho realmente llevado a cabo por esta ciudad en tiempos antiguos, según lo refiere Solón?

CRITIAS.- ...Es verdad, Amynandro; si Solón no hubiera hecho sus versos sólo como pasatiempo, si se hubiera aplicado a ello como otros y si hubiera concluido el relato que se había traído de Egipto, si no se hubiera visto forzado por las sediciones y las otras calamidades que a su vuelta encontró aquí a olvidar totalmente la poesía, según mi opinión ni Hesíodo, ni Hornero, ni otro poeta alguno hubiera jamás llegado a ser más célebre que él." "¿Y cuál era ese relato, Critias?", dyo Amynandro. "Trataba —respondió Critias — de la hazaña más grande y más merecedora de consideración de todas las que esta ciudad ha realizado nunca. Pero, debido al efecto del tiempo y a la muerte de los actores que en ella intervinieron, el relato no ha podido llegar hasta nosotros." "Vuelve a contárnoslo desde el comienzo —dyo Amynandro-; ¿qué era, cómo se realizó y de quién lo recibió Solón para contarlo como verídico?"

"Hay en Egipto —dijo Solón—, en el Delta, hacia cuyo extremo final el curso del río se divide, un cierto nomo llamado Saítico, cuya principal ciudad es Sais. De allí era el rey Amasis. Los naturales de esta ciudad creen que la fundó una diosa: en lengua egipcia su nombre es Neith, pero en griego, según ellos dicen, es Atenea. Esas gentes son muy amigas de los atenienses y afirman ser de alguna manera parientes suyos. Solón contó que, una vez llegado a casa de ellos, adquirió entre éstos una gran consideración y que, habiendo interrogado un día a los sacerdotes más sabios en estas cuestiones acerca de las tradiciones antiguas, había descubierto que ni él mismo, ni otro griego alguno, había sabido de ello prácticamente nada. Y una vez, queriéndoles inducir a hablar de cosas antiguas, se puso él a contarles lo que aquí sabemos como más antiguo. Les habló de Foroneo, ese a quien se llama el primer hombre, de Níobe, del diluvio de Deucalión, de Pyrra y de los mitos que se cuentan acerca de su nacimiento, y de las genealogías de sus descendientes. Y se esforzó por calcular su fecha, recordando los años en que ocurrieron esos acontecimientos. Pero uno de los sacerdotes, ya muy viejo, le dijo: "Solón, los griegos sois siempre niños: ¡Un griego nunca es viejo! " A lo que replicó Solón: "¿Cómo dices esto"? Y el sacerdote: "Vosotros sois todos jóvenes en lo que a vuestra alma respecta. Porque no guardáis en ella ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni tenéis ninguna ciencia encanecida por el tiempo. Y ésta es la razón de ello. Los hombres han sido destruidos y lo serán aún de muchas maneras. Por obra del fuego y del agua tuvieron lugar las más graves destrucciones. Pero también las ha habido menores, ocurridas de millares de formas diversas. Pues eso que también se cuenta entre vosotros de que, cierta vez, Faetón, hijo de Helios, habiendo uncido el carro de su padre, pero incapaz de dirigirlo por el camino que seguía su padre, incendió cuanto había sobre la Tierra y pereció él mismo, herido por un rayo, se cuenta en forma de leyenda. La verdad es ésta: a veces en los cuerpos que dan vueltas al cielo, en torno a la Tierra, se produce una desviación o "paralaje". Y, con intervalos de tiempo muy espaciados, todo lo que hay sobre la Tierra muere por la superabundancia del fuego. Entonces todos los que habitan sobre las montañas, en los lugares elevados y en los que son secos, mueren, más que los que viven en lugares cercanos a los ríos y al mar. A nosotros, en cambio, el Nilo, nuestro salvador, igual que en otras circunstancias nos preserva también en esta calamidad, desbordándose. Por el contrario, otras veces, cuando los dioses purifican la Tierra por medio de las aguas y la inundan, sólo se salvan los boyeros y los pastores en las montañas, mientras que los habitantes de las ciudades que hay entre vosotros son arrastrados al mar por los ríos. En este país, en cambio, ni entonces, ni en otros casos descienden las aguas desde las alturas a las llanuras, sino que siempre manan naturalmente de debajo de tierra. Por este motivo, se dice, ocurre que se hayan conservado aquí las tradiciones más antiguas. Sin embargo, la verdad es que, en todos los lugares en que ni un frío excesivo ni un calor abrasador pueden hacer perecer la raza humana, siempre existe ésta, unas veces más numerosa, otras veces menos. Y por eso, si se ha realizado alguna cosa bella, grande o digna de nota en cualquier otro aspecto, bien sea entre vosotros, bien aquí mismo, bien en cualquier otro lugar de que hayamos oído hablar, todo se encuentra aquí por escrito en los templos desde la Antigüedad y se ha salvado así la memoria de ello. Pero, entre vosotros y entre las demás gentes, siempre que las cosas se hallan ya un poco organizadas en lo que toca a la recensión escrita y a todo lo demás que es necesario a los Estados, he aquí que nuevamente, a intervalos regulares, como si fuera una enfermedad, las olas del cielo se echan sobre vosotros y no dejan sobrevivir

de entre vosotros más que a gente sin cultura e ignorantes. Y así vosotros volvéis a ser nuevamente jóvenes, sin conocer nada de lo que ha ocurrido aquí, ni entre vosotros, ni en los tiempos antiguos. Pues estas genealogías que acabas de citar, ¡oh Solón!, o que al menos acabas de reseñar aludiendo a los acontecimientos que han tenido lugar entre vosotros, se diferencian muy poco de los cuentos de los niños. En principio, vosotros no recordáis más que un diluvio terrestre, siendo así que anteriormente ha habido ya muchos de ésos. Luego tampoco sabéis vosotros que la raza mejor y la más bella entre los humanos ha nacido en vuestro país, ni sabéis que vosotros y toda vuestra ciudad descendéis de esos hombres, por haberse conservado un reducido número de ellos como semilla. Lo ignoráis porque, durante numerosas generaciones, han muerto los supervivientes sin haber sido capaces de expresarse por escrito. Sí, Solón; hubo un tiempo, antes de la mayor de las destrucciones de las aguas, en que la ciudad que hoy en día es la de los atenienses era entre todas la mejor en la guerra y de manera especial la más civilizada en todos los aspectos. Se cuenta que en ella se llevaron a cabo las más bellas hazañas; allí hubo las más bellas realizaciones políticas de entre todas aquellas de que oímos hablar bajo el cielo."

Habiendo oído esto, Solón dijo que *se* quedaba sorprendido y, lleno de curiosidad, rogó a los sacerdotes le contaran exactamente y por orden toda la historia de sus conciudadanos de otros tiempos.

El sacerdote respondió: "No voy a emplear ninguna clase de reticencia, sino que en tu gracia, ¡oh Solón!, en la de vuestra ciudad y más aún en gracia de la diosa que ha protegido, educado e instruido vuestra ciudad y la nuestra, os la voy a contar. De nuestras dos ciudades es más antigua la vuestra en mil años, ya que ella recibió vuestra semilla de Gaia y Hefesto. Esta nuestra es más reciente. Ahora bien: desde que ese país se civilizó han transcurrido, según dicen nuestros escritos sagrados, ocho mil años. Así pues, os voy a descubrir las leyes de vuestros conciudadanos de hace nueve mil años, y de entre sus hechos meritorios os voy a contar el más bello que ellos llevaron a cabo. Para atender al exacto detalle de todo, lo recorreremos seguidamente otra vez, cuando tengamos tiempo disponible para ello, tomando los mismos textos. Ahora bien, comparad en principio vuestras leyes a las de esta ciudad. Numerosas muestras de las que entonces existían entre vosotros las hallaréis aquí aún hoy en día... Numerosas y grandes fueron vuestras hazañas y las de vuestra ciudad: aquí están escritas y causan admiración. Pero, sobre todo, hay uno que aventaja a los otros en grandiosidad y heroísmo. En efecto, nuestros escritos cuentan de qué manera vuestra ciudad aniquiló, hace ya tiempo, un poder insolente que invadía a la vez toda Europa y toda Asia y se lanzaba sobre ellas al fondo del mar Atlántico.

"En aquel tiempo, en efecto, era posible atravesar este mar. Había una isla delante de este lugar que llamáis vosotros las Columnas de Hércules. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia unidas. Y los viajeros de aquellos tiempos podían pasar de esta isla a las demás islas y desde estas islas podían ganar todo el continente, en la costa opuesta de este mar que merecía realmente su nombre. Pues, en uno de los lados, dentro de este estrecho de que hablamos, parece que no había más que un puerto de boca muy cerrada y que, del otro lado, hacia afuera, existe un verdadero mar y la tierra que lo rodea, a la que se puede llamar realmente un continente, en el sentido propio del término. Ahora bien: en esta isla Atlántida, unos reyes habían formado un imperio grande y maravilloso. Este imperio era señor de la isla entera y también de otras muchas islas y partes del continente. Por lo demás, en la parte vecina a nosotros, poseía la Libia hasta el Egipto y la Europa hasta la Tirrenia. Ahora bien, esa potencia, concentrando una vez más todas sus fuerzas, intentó, en una sola expedición, sojuzgar vuestro país y el nuestro, y todos los que se hallan a esta parte de acá del estrecho. Fue entonces, ¡oh Solón cuando la fuerza de vuestra ciudad hizo brillar a los ojos de todos su heroísmo y su energía. Ella, en efecto, aventajó a todas las demás por su fortaleza de alma y por su espíritu militar. Primero a la cabeza de todos los helenos, sola luego por necesidad, abandonada por los demás, al borde de los peligros máximos, venció a los invasores, se alzó con la victoria, preservó de la esclavitud a los que nunca habían sido esclavos, y sin rencores de ninguna clase, liberó a todos los demás pueblos y a nosotros mismos que habitamos el interior de las Columnas de Hércules. Pero, en el tiempo subsiguiente, hubo terribles temblores de tierra y cataclismos. Durante un día y una noche horribles, todo vuestro ejército fue tragado de golpe por la tierra, y asimismo la isla Atlántida se abismó en el mar y desapareció. He aquí por qué todavía hoy ese mar de allí es difícil e inexplorable, debido a sus fondos limosos y muy bajos que la isla, al hundirse, ha dejado."

He aquí algunos párrafos del segundo diálogo, relativo a la Atlántida y llamado *Critias o La Atlántida.*

...Ante todo, recordemos lo esencial. Han transcurrido en total nueve mil años desde que estalló la guerra, según se dice, entre los pueblos que habitaban más allá de las Columnas de Hércules y los que habitaban al interior de las mismas. Esta guerra es lo que hemos de referir ahora desde su comienzo a su fin. De la parte de acá, como hemos dicho, esta ciudad era la que tenía la hegemonía y ella fue quien sostuvo la guerra desde su comienzo a su terminación. Por la otra parte, el mando de la guerra estaba en manos de los reyes de la Atlántida. Esta isla, como hemos ya dicho, era entonces mayor que la Libia y el Asia juntas. Hoy en día, sumergida ya por los temblores de tierra, no queda de ella más que un fondo limoso infranqueable, difícil obstáculo para los navegantes que hacen sus singladuras desde aquí hacia el gran mar. Los numerosos pueblos bárbaros, así como las poblaciones helenas existentes entonces, irán apareciendo sucesivamente a medida que se irá desarrollando el hilo de mi exposición y se los irá encontrando por su orden. Pero los atenienses de entonces y los enemigos a quienes ellos combatieron es menester que os los presente al comienzo ya y que os dé a conocer cuáles eran las fuerzas y la organización política de los unos y los otros. Y de entre esos dos pueblos hemos de esforzarnos primero por hablar del de la parte de acá.

Mapa de la Atlántida sugerido por P. Kampanakis, investigador y escritor griego, que acepta la tradición platónica sobre la isla-continente. España aparece en el extremo superior derecho. Europa habría estado unida al África, y el desierto del Sahara está representado en forma de mar, unido al verdadero océano.

...Hubo diluvios numerosos y terribles en el transcurso de esos nueve mil años —tal es, en efecto, el intervalo de tiempo que separa la época contemporánea de aquellos tiempos—. En el transcurso de un período tan largo y en medio de esos accidentes, la tierra que se deslizaba desde los lugares elevados no dejaba, como en otras partes, sedimentos notables, sino que rodando siempre, acababa de desaparecer en el abismo. Y tal como podemos advertir en las pequeñas islas, nuestra tierra ha venido a ser, en comparación con la que fuera entonces, como el esqueleto de un cuerpo descarnado por la enfermedad.

...Los manuscritos mismos de Solón estaban en casa de mi abuelo; actualmente se hallan todavía en mi casa, y yo los he estudiado mucho en mi juventud.

...He aquí ahora cuál era aproximadamente el comienzo de este largo relato.

Según se ha dicho ya anteriormente, al hablar de cómo los dioses habían recurrido a echar a suertes la tierra entre ellos, ellos dividieron toda la tierra en partes, mayores en unas partes, menores en otras. Y ellos instituyeron allí, en su propio honor, cultos y sacrificios. Según esto, Poseidón, habiendo recibido como heredad la isla Atlántida, instaló en cierto lugar de dicha isla los hijos que había engendrado él de una mujer mortal. Cerca del mar, pero a la altura del centro de toda la isla, había una llanura, la más bella según se dice de todas las llanuras y la más fértil. Y cercana a la llanura, distante de su centro como una cincuentena de estadios, había una montaña que tenía en todas sus partes una altura mediana. En esta montaña habitaba entonces un hombre de los que en aquel país habían nacido originariamente de la tierra. Se llamaba Evenor y vivía con una mujer, Leucippa. Tuvieron una hija única, Clito. La muchacha tenía ya la edad núbil cuando murieron sus padres. Poseidón la deseó y se unió a ella. Entonces el dios fortificó y aisló circularmente la altura en que ella vivía. Con este fin, hizo recintos de mar y de tierra, grandes y pequeños, unos en torno a los otros. Hizo dos de tierra, tres de mar y por así decir, los redondeó, comenzando por el centro de la isla, del que esos recintos distaban en todas partes una distancia igual. De esta manera resultaban infranqueables para los hombres, pues en aquel entonces no había aún navíos ni se conocía la navegación. El mismo Poseidón embelleció la isla central, cosa que no le costó nada, siendo como era dios. Hizo brotar de bajo tierra dos fuentes de agua, una caliente y otra fría, e hizo nacer sobre la tierra plantas nutritivas de toda clase en cantidad suficiente.

Allí engendró y educó él cinco generaciones de hijos varones y mellizos. Dividió toda la isla Atlántida en diez partes. Al primogénito de los dos más viejos le asignó la morada de su madre y la parcela de tierra de su contorno, que era la más extensa y la mejor. Lo estableció en calidad de rey sobre todos los demás. A éstos los hizo príncipes vasallos de aquél y a cada uno de ellos le dio autoridad sobre un gran número de hombres y sobre un extenso territorio. Les impuso nombres a todos; el más viejo, el rey, recibió el nombre que sirvió para designar la isla entera y el mar llamado Atlántico, ya que el nombre del primer rey que reinó entonces fue Atlas.

Su hermano mellizo, nacido luego de él, obtuvo en heredad la parte extrema de la isla, por la parte de las Columnas de Hércules, frente a la región llamada hoy día Gadírica, según este lugar; se llamaba en griego Eumelos, y en la lengua del país, Gadiros. Y el nombre que se le dio se convirtió en el nombre del país. Luego, de los que nacieron en la segunda generación, llamó a uno Amferes y al otro Evaimon. En la tercera generación el nombre del primogénito fue Mneseas, y el del segundo fue Autóctono. De los de la cuarta generación llamó Elasippo al primero y Mestor al segundo. Y en la quinta, el que nació primero recibió el nombre de Azaes, y el que nació luego el de Diaprepés. Todos estos príncipes y sus descendientes habitaron el país durante numerosas generaciones. Eran también señores de una gran multitud de otras islas en el mar, y además, como ya se ha dicho, reinaban también en las regiones interiores, de la parte de acá de las Columnas de Hércules, hasta Egipto y Tirrenia. De esta forma nació de Atlas una raza numerosa y cargada de honores. Siempre era rey el más viejo y él transmitía su realeza al primogénito de sus lujos. De esta forma conservaron el poder durante numerosas generaciones.

Habían adquirido riquezas en tal abundancia, que nunca sin duda antes de ellos ninguna casa real las poseyera semejantes y como ninguna las poseerá probablemente en el futuro. Ellos disponían de todo lo que podía proporcionar la misma ciudad y asimismo el resto del país. Pues si es verdad que les venían de

fuera multitud de recursos a causa de su imperio, la mayor parte de los que son necesarios para la vida se los proporcionaba la isla misma. En primer lugar, todos los metales duros o maleables que se pueden extraer de las minas. Primero, aquel del que tan sólo conocemos el nombre, pero del que entonces existía, además del nombre, la sustancia misma, el oricalco. Era extraído de la tierra en diversos lugares de la isla; era, luego del oro, el más precioso de los metales que existían en aquel tiempo. Análogamente, todo lo que el bosque puede dar en materiales adecuados para el trabajo de carpinteros y ebanistas, la isla lo proveía con prodigalidad. Asimismo, ella nutría con abundancia todos los animales domésticos o salvajes. Incluso la especie misma de los elefantes se hallaba allí ampliamente representada. En efecto, no solamente abundaba el pasto para todas las demás especies, las que viven en los lagos, los pantanos y los ríos, las que pacen en las montañas y en las llanuras, sino que rebosaba alimentos para todas, incluso para el elefante, el mayor y el más voraz de los animales. Por lo demás, todas las esencias aromáticas que aún ahora nutre el suelo en cualquier lugar, raíces, brotes y maderas de los árboles, resinas que destilan de las flores o los frutos, las producía entonces la tierra y las hacía prosperar. Daba también los frutos cultivados y las semillas que han sido hechas para alimentarnos y de las que nosotros sacamos las harinas —sus diversas variedades las llamamos nosotros cereales—. Ella producía ese fruto leñoso que nos provee a la vez de bebidas, de alimentos y de perfumes, ese fruto escamoso y de difícil conservación, hecho para instruirnos y para entretenernos, el que nosotros ofrecemos, luego de la comida de la tarde, para disipar la pesadez del estómago y solazar al invitado cansado. Sí, todos esos frutos, la isla, que estaba entonces iluminada por el sol, los daba vigorosos, soberbios, magníficos, en cantidades inagotables.

Así, pues, recogiendo en su suelo todas estas riquezas, los habitantes de la Atlántida construyeron los templos, los palacios de los reyes, los puertos, los arsenales, y embellecieron así todo el resto del país en el orden siguiente.

Sobre los brazos circulares de mar que rodeaban la antigua ciudad materna construyeron al comienzo puentes y abrieron así un camino hacia el exterior y hacia la morada real. Este palacio de los reyes lo habían levantado desde el comienzo en la misma morada del dios y sus antepasados. Cada soberano recibía el palacio de su antecesor y embellecía a su vez lo que éste había embellecido. Procuraba siempre sobrepasarle en la medida en que podía, hasta el punto de que quien veía el palacio quedaba sobrecogido de sorpresa ante la grandeza y la belleza de la obra.

Comenzando por el mar, hicieron un canal de tres plethros de ancho, cien de profundidad y cincuenta estadios de longitud, y lo hicieron llegar hasta el brazo de mar circular más exterior de todos. De esta manera dispusieron una entrada a los navíos venidos de alta mar, como si fuera un puerto. Practicaron en ella una bocana suficiente para que los mayores navíos pudieran también entrar en el canal. Luego, también en los recintos de tierra que separaban los círculos de agua abrieron pasadizos a la altura de los puentes, de tal tipo que sólo pudiera pasar de un círculo a otro un sólo trirreme, y techaron estos pasadizos, de manera que la navegación era subterránea, pues los parapetos de los círculos de tierra se elevaban suficientemente por encima del mar.

El mayor de los recintos de agua, aquel en que penetraba el mar, tenía tres estadios de ancho, y el recinto de tierra que le seguía tenía una anchura igual. En el segundo círculo, la cinta de agua tenía dos estadios de ancho y la de tierra tenía aún una anchura igual a ésta. Pero la cinta de agua que rodeaba inmediatamente a la isla central no tenía más que un estadio de anchura. La isla, en la que se hallaba el palacio de los reyes, tenía un diámetro de cinco estadios. Ahora bien, la isla, los recintos y el puente -que tenía una anchura de un plethro— los rodearon totalmente con un muro circular de piedra. Pusieron torres y puertas sobre los puentes, en todos los lugares por donde pasaba el mar. Sacaron la piedra necesaria de debajo la periferia de la isla central y de debajo de los recintos, tanto al exterior como al interior. Había piedra blanca, negra y roja. Y al mismo tiempo que extraían la piedra, vaciaron dentro de la isla dos dársenas para navíos, con la misma roca como techumbre. Entre las construcciones, unas eran enteramente simples, en otras entremezclaron las diversas clases de piedra y variaron los colores para agradar a la vista, y les dieron así una apariencia naturalmente atractiva. El muro que rodeaba el recinto más exterior lo revistieron de cobre en todo su perímetro circular, como si hubiera sido untado con alguna pintura. Recubrieron de estaño fundido el recinto interior, y el que rodeaba a la misma Acrópolis lo cubrieron de oricalco, que tenía reflejos de fuego.

El palacio real, situado dentro de la Acrópolis, tenía la disposición siguiente. En medio de la Acrópolis se levantaba el templo consagrado en este mismo sitio a Clito y Poseidón. Estaba prohibido el acceso a él y estaba rodeado de una cerca de oro. Allí era donde Poseidón y Clito, al comienzo, habían concebido y dado a luz la raza de los diez jefes de las dinastías reales. Allí se acudía, cada año, desde las diez provincias del país, a ofrecer a cada uno de los dioses los sacrificios propios de la estación.

El santuario mismo de Poseidón tenía un estadio de longitud, tres plethros de ancho y una altura proporcionada. Su apariencia tenía algo de bárbaro. Ellos habían revestido de plata todo el exterior del santuario, excepto las aristas de la viga maestra: estas aristas eran de oro. En el interior estaba todo cubierto de marfil y adornado en todas partes de oro, plata y oricalco. Todo lo demás, los muros, las columnas y el pavimento, lo adornaron con oricalco. Colocaron allí estatuas de oro, el dios en pie sobre su carro enganchado a seis caballos alados, y era tan grande que la punta de su cabeza tocaba el techo. En círculo, en torno a él, cien Nereidas sobre delfines —ése era el número de las Nereidas, según se creía entonces—. También había en el interior gran número de estatuas ofrecidas por particulares. En torno al santuario, por la parte exterior, se levantaban, en oro, las efigies de todas las mujeres de los diez reyes y de todos los descendientes que habían engendrado, y asimismo otras numerosas estatuas votivas de reyes y particulares, originarias de la misma ciudad o de los países de fuera sobre los que ella extendía su soberanía. Por sus dimensiones y por su trabajo, el altar estaba a la altura de este esplendor, y el palacio

real no desdecía de la grandeza del imperio y de la riqueza del ornato del santuario.

Por lo que respecta a las fuentes, la de agua fría y la de agua caliente, las dos de una abundancia generosa y maravillosamente adecuadas al uso por lo agradable y por las virtudes de sus aguas, las utilizaban, disponiendo en torno a ellas construcciones y plantaciones adecuadas a la naturaleza misma de las aguas. En todo su derredor instalaron estanques o piscinas, unos al aire libre y otros cubiertos, destinados éstos a los baños calientes en invierno; existían separadamente los baños reales y los de los particulares, otros para las mujeres, para los caballos y las demás bestias de carga, y cada uno poseía una decoración adecuada. El agua que procedía de aquí la condujeron al bosque sagrado de Poseidón. Este bosque, gracias a la calidad de la tierra, tenía árboles de todas las especies, de una belleza y una altura divinas. Desde ahí hicieron derivar el agua hacia los recintos de mar exteriores, por medio de canalizaciones instaladas siguiendo lo largo de los puentes. Por esta parte se habían edificado numerosos templos dedicados a muchos dioses, gran número de jardines y gran número de gimnasios para los hombres y de picaderos para los caballos. Estos últimos se habían construido aparte en las islas anulares, formadas por cada uno de los recintos. Además, hacia el centro de la isla mayor habían reservado un picadero para las carreras de caballos; tenía un estadio de ancho y suficiente longitud para permitir a los caballos que, en la carrera, recorrieran el circuito completo del recinto. En todo el perímetro, de un extremo al otro, había cuarteles para casi todo el efectivo de la guardia del príncipe. Los cuerpos de tropa más seguros estaban acuartelados en el recinto más pequeño, el más próximo a la Acrópolis. Y aún para los que se señalaban entre todos por su fidelidad, se les habían dispuesto alojamientos en el interior mismo de la Acrópolis, cerca del palacio real. Los arsenales estaban llenos de trirremes y poseían todos los aparejos necesarios para armarlos; todo estaba estibado en un orden perfecto. Así estaba todo dispuesto en torno *a* la morada real.

Al atravesar los puertos exteriores, en número de tres, había una muralla circular que comenzaba en el mar y distaba constantemente cincuenta estadios del recinto más extenso. Esta muralla acababa por cerrarse sobre sí misma en la garganta del canal que se abría por el lado del mar. Estaba totalmente cubierta de casas en gran número y apretadas unas contra otras. El canal y el puerto principal rebosaban de barcos y mercaderes venidos de todas partes. La muchedumbre producía allí, de día y de noche, un continuo alboroto de voces, un tumulto incesante y diverso.

Sobre la ciudad y sobre la antigua morada de los reyes, lo que acabamos de contar es prácticamente todo lo que la tradición nos conserva. Vamos a intentar ahora recordar cuál era la disposición del resto del país y de qué manera estaba organizado. En primer lugar, todo el territorio estaba levantado según se dice, y se erguía junto al mar cortado a pico. Pero, en cambio, todo el terreno en torno a la ciudad era llano. Esta llanura rodeaba la ciudad y ella misma a su vez estaba cercada de montañas que se prolongaban hasta el mar. Era plana, de nivel uniforme, oblonga en su conjunto; medía, desde el mar que se hallaba abajo, tres mil estadios en los lados y dos mil en el centro. Esta región, en toda la isla, estaba orientada de cara al Sur, al abrigo de los vientos del Norte. Muy alabadas eran las montañas que la cercaban, las cuales en número, en grandeza y en belleza aventajaban a todas las que existen actualmente. En estas montañas había numerosas villas muy pobladas, ríos, lagos, praderas capaces de alimentar a gran número de animales salvajes o domésticos, bosques en tal cantidad y sustancias tan diversas que proporcionaban abundantemente materiales propios para todos los trabajos posibles.

Ahora bien, esta llanura, por acción conjunta y simultánea de la Naturaleza y de las obras que realizaran en ella muchos-reyes, durante un período muy largo, había sido dispuesta de la manera siguiente. He dicho ya que tenía la forma de un cuadrilátero, de lados casi rectilíneos y alargado. En los puntos en que los lados se apartaban de la línea recta se había corregido esta irregularidad cavando el foso continuo que rodeaba a la llanura. En cuanto a la profundidad, anchura y desarrollo de este foso, resulta difícil de creer lo que se dice y que una obra hecha por manos de hombres haya podido tener, comparada con otros trabajos del mismo tipo, las dimensiones de aquélla. No obstante, hemos de repetir lo que hemos oído contar. El foso fue excavado a un plethro de profundidad: su anchura era en todas partes de un estadio, y puesto que había sido excavado en torno a toda la llanura, su longitud era de diez mil estadios. Recibía las corrientes de agua que descendían de las montañas, daba la vuelta a la llanura, volvía por una y otra parte a la ciudad y allí iba *a* vaciarse al mar. Desde la parte alta de este foso, unos canales rectilíneos, de una longitud aproximada de cien pies, cortados en la llanura, iban luego a unirse al foso, cerca ya del mar. Cada uno de ellos distaba de los otros cien estadios. Para el acarreo a la ciudad de la madera de las montañas y para transportar por barca los demás productos de la tierra, se habían excavado, a partir de esos canales, otras derivaciones navegables, en direcciones oblicuas entre sí y respecto de la ciudad. Hay que hacer notar que los habitantes cosechaban dos veces al año los productos de la tierra; en invierno utilizaban las aguas del cielo; en verano, las que daba la tierra dirigiendo sus corrientes fuera de los canales.

Respecto de los hombres de la llanura buenos para la guerra y sobre el número en que se tenían éstos, hay que decir esto: se había determinado que cada distrito proporcionaría un jefe de destacamento. El tamaño del distrito era de diez estadios por diez, y en total había seis miríadas de ellos. En cuanto a los habitantes de las montañas y del resto del país, sumaban, según se decía, un número inmenso, y todos, según los emplazamientos y los poblados, habían sido repartidos entre los distritos y puestos bajo el mando de sus jefes.

Estaba mandado que cada jefe de destacamento proporcionaría para la guerra una sexta parte de carros de combate, hasta reunir diez mil carros, dos caballos y sus caballeros, además de un tiro de dos caballos, sin carro, junto con un combatiente llevado, armado de un pequeño escudo, y el combatiente montado encargado de gobernar a los dos caballos, dos hoplitas, dos arqueros, dos honderos, tres infantes ligeros armados de ballestas, otros tres armados de dardos y, finalmente, cuatro marinos para

formar en total la dotación de mil doscientos navíos. Esa era la organización militar de la ciudad real. En cuanto a las otras nueve provincias, cada una tenía su propia organización militar y sería necesario un tiempo demasiado largo para explicarlas.

En cuanto a la autoridad y los cargos públicos, se organizaron desde el comienzo de la siguiente manera. De los diez reyes, cada uno ejercía el poder en la parte que le tocaba por herencia, y dentro de su ciudad, gobernaba a los ciudadanos, hacía la mayoría de las leyes y podía castigar y condenar a muerte a quien quería. Pero la autoridad de unos reyes sobre los otros y sus mutuas relaciones estaban reguladas según los decretos de Poseidón. La tradición se los imponía, así como una inscripción grabada por los primeros reyes sobre una columna de oricalco, que se hallaba en el centro de la isla, en el templo de Poseidón.

Allí se reunían los reyes periódicamente, unas veces cada cinco años, otras veces cada seis, haciendo alternar regularmente los años pares y los años impares. En estas reuniones deliberaban sobre los negocios comunes y decidían si alguno de ellos había cometido alguna infracción de sus deberes y lo juzgaban. Cuando habían de aplicar la justicia, primero se juraban fidelidad mutua de la manera que sigue. Se soltaban toros en el recinto sagrado de Poseidón.

Los diez reyes, dejados a solas, luego de haber rogado al dios que les hiciera capturar la víctima que le habla de ser agradable, se ponían a cazar, sin armas de hierro, solamente con venablos de madera y con cuerdas. Al toro que cogían lo llevaban a la columna y lo degollaban en su vértice, como estaba prescrito. Sobre la columna, además de las leyes, estaba grabado el texto de un juramento que profería los peores y más terribles anatemas contra el que lo violara. Así, pues, luego de haber realizado el sacrificio de conformidad con sus leyes y de haber consagrado todas las partes del toro, llenaban de sangre una crátera y rociaban con un cuajaron de esta sangre a cada uno de ellos. El resto lo echaban al fuego, luego de haber hecho purificaciones en torno a toda la columna. Inmediatamente, sacando sangre de la crátera con copas de oro, y derramándola en el fuego, juraban juzgar de conformidad con las leyes escritas en la columna, de castigar a quien las hubiera violado anteriormente, de no quebrantar en el futuro conscientemente ninguna de las fórmulas de la inscripción y de no mandar ni obeceder más que de acuerdo con las leyes de su padre. Todos tomaban este compromiso para sí y para toda su descendencia. Luego cada uno bebía la sangre y depositaba la copa, como un exvoto, en el santuario del dios. Después de lo cual cenaban y se entregaban a otras ocupaciones necesarias. Cuando llegaba la oscuridad y se había ya enfriado el fuego de los sacrificios, se vestían todos con unas túnicas muy bellas de azul oscuro y se sentaban en tierra, en las cenizas de su sacrificio sagrado. Entonces, por la noche, luego de haber apagado todas las luces en torno al santuario, juzgaban y eran juzgados, si alguno de entre ellos acusaba a otro de haber delinquido en algo. Hecha justicia, grababan las sentencias, al llegar el día, sobre una tablilla de oro, que ellos consagraban como recuerdo, lo mismo que sus ropas.

Por lo demás, había otras muchas leyes especiales sobre las atribuciones propias de cada uno de los reyes. Las más notables eran: no tomar las armas unos contra otros; socorrerse todos entre sí, si uno de ellos había intentado expulsar en una ciudad cualquiera una de las razas reales; deliberar en común como sus antepasados; cambiar sus consejos en cuestiones de guerra y otros negocios, orientándose mutuamente, dejando siempre la hegemonía de la raza de Atlas. Un rey no podía dar muerte a ninguno de los de su raza, si éste no era el parecer de más de la mitad de los diez reyes.

Ahora bien: el poder que existía entonces en aquel país, con su inmensa calidad y su grandeza, el dios lo dirigió contra nuestras regiones, por lo que se cuenta, y por alguna razón del tipo de la que vamos a dar aquí.

Durante numerosas generaciones y en la medida en que estuvo sobre ellos la naturaleza del dios dominándolo todo, los reyes atendieron a las leyes y permanecieron ligados al principio divino, con el que estaban emparentados. Sus pensamientos eran verdaderos y grandes en todo, ellos hacían uso de la bondad y también del juicio y sensatez en los acontecimientos que se presentaban y eso unos respecto de otros. Por eso, despegados de todo aquello que no fuera la virtud, hacían ellos poco caso de sus bienes, llevaban como una carga el peso de su oro y de sus demás riquezas, sin dejarse embriagar por el exceso de su fortuna, no perdían el dominio de sí mismos y caminaban con rectitud. Con una clarividencia aguda y lúcida, veían ellos que todas esas ventajas se ven aumentadas con el mutuo afecto unido a la virtud y que, por el contrario, el afán excesivo de estos bienes y la estima que se tiene de ellos hacen perder esos mismos bienes, y que la virtud muere asimismo con ellos. De acuerdo con estos razonamientos y gracias a la constante presencia entre ellos del principio divino, no dejaban de aumentar en provecho de ellos todos estos bienes que hemos ya enumerado. Pero cuando comenzó a disminuir en ellos ese principio divino, .como consecuencia del cruce repetido con numerosos elementos mortales, es decir, cuando comenzó a dominar en ellos el carácter humano, entonces, in capaces ya de soportar su prosperidad presente, cayeron en la indecencia. Se mostraron repugnantes a los hombres clarividentes, porque habían dejado perder los más bellos de entre los bienes más estimables. Por el contrario, para quien no es capaz de discernir bien qué clase de vida contribuye verdaderamente a la felicidad, fue entonces precisamente cuando parecieron ser realmente bellos y dichosos, poseídos como estaban de una avidez injusta y de un poder sin límites. Y el dios de los dioses, Zeus, que reina con las leyes y que, ciertamente, tenía poder para conocer todos estos hechos, comprendió qué disposiciones y actitudes despreciables tomaba esa raza, que había tenido un carácter primitivo tan excelente. Y quiso aplicar un castigo, para hacerles reflexionar y llevarlos a una mayor moderación. Con este fin, reunió él a todos los dioses en su mansión más noble y bella: ésta se halla situada en el centro del Universo y puede ver desde lo alto todo aquello que participa del devenir. Y habiéndolos reunido, les dijo...

No existen pruebas de que Platón terminara el segundo diálogo sobre la Atlántida ni de

que escribiera un tercero, sobre el mismo tema, puesto que probablemente lo habría anunciado, y si lo escribió, se ha perdido. El poema *Atlantikos,* atribuido a Solón, ha desaparecido también, en el discurrir de los siglos.

La versión platónica recibió pláceres y críticas desde el mismo momento en que la escribió. Algunos estudiosos sostienen que después de la visita de Solón, el propio Platón viajó a Egipto y corroboró personalmente la información, lo mismo que Krantor, uno de sus discípulos. Afirman también que todos ellos pudieron "ver la prueba". En todo caso, esta obra de Platón ha tenido considerable influencia en el pensamiento del hombre a lo largo de los siglos y la tiene todavía hoy. Algunos críticos de la teoría de la Atlántida han sugerido que la isla-continente es recordada gracias, únicamente, a las referencias de Platón. Sin embargo, considerando el creciente interés por el tema a lo largo de los siglos, ¿no puede ser que haya ocurrido exactamente lo contrario, al menos en la concepción popular?

Aristóteles (384-322 a.C), que fue discípulo de Platón, aparece como uno de los primeros escépticos frente a la teoría de la Atlántida, aunque él mismo escribió acerca de una gran isla situada en el Atlántico, que los cartagineses llamaban *Antilia.* Krantor (siglo IV a.C.), seguidor de Platón, escribió que él también había visto las columnas en las que se conservaba la historia de la Atlántida según la había relatado Platón. Otros escritores de la Antigüedad describieron un continente que existía en el Atlántico y al que algunas veces llamaron Poseidonis, por Poseidón, dios del mar y señor de la Atlántida.

Plutarco (46-120 d.C.) describió un continente llamado Saturnia y una isla llamada Olygia, que se hallaban a unos cinco días de navegación hacia el Occidente de Gran Bretaña. Hornero también menciona el nombre de Olygia como el de la isla donde habitaba la ninfa Calipso.

Marcelino (330-395 d.C.), un historiador romano que escribió que la intelectualidad de Alejandría consideraba la destrucción de la Atlántida como un hecho histórico, describió cierto tipo de terremotos "que, repentinamente, en medio de una violenta conmoción abrieron grandes bocas por las que desaparecieron ciertas partes de la tierra. Así ocurrió en el océano Atlántico, en la costa europea, donde una gran isla quedó sumergida ..."

Proclo (410-485 d.C.), miembro de la escuela neo-platónica, afirmaba que no lejos del oeste de Europa, había algunas islas cuyos habitantes conservaban todavía el recuerdo de una gran isla que en una época los dominó y que luego fue tragada por el mar. Comentando la teoría de Platón escribió:

> ...Es evidente que una isla tan grande como aquélla existió, según lo dicho por algunos historiadores acerca del mar exterior. Según ellos, en dicho mar existían siete islas consagradas a Persépona y otras tres de gran tamaño, una de las cuales fue consagrada a Pluto, otra a Amón y otra a Poseidón. Esta última tenía una extensión de mil estadios. Dicen también que los habitantes de esta isla consagrada a Poseidón conservan la memoria de sus antecesores y de la isla atlántica que existió allí y que era realmente maravillosa y que había dominado durante siglos todas las islas del océano Atlántico. También fue consagrada a Poseidón...

En *La Odisea,* Hornero (siglo VIII a.C.) pone estas palabras en boca de la diosa Atenea: "Nuestro padre, hijo de Cronos, preclaro gobernante... mi corazón está destrozado por el sabio Odiseo, hombre desgraciado, que abandonó hace tanto tiempo a sus amigos y que vive tristemente en una isla situada en el centro mismo del mar. En esta isla boscosa habita una diosa, hija del habilidoso Atlas, que conoce la profundidad de cada mar y conserva los altos pilares que separan el cielo de la tierra..."

La referencia a Atlas y Orónos resulta especialmente interesante, en relación a la "isla situada en el centro mismo del mar". Hornero sigue hablando del barco de Odiseo que alcanzó "el límite del mundo. Allí se hallan los territorios y la ciudad de los Kimerioi, envuelta en brumas y nubes..."

En *La Odisea,* el poeta griego hace referencia a Esqueria, una isla situada muy lejos, en el océano, donde los feacios "viven aparte, muy lejos, sobre la inconmensurable profundidad y en medio de las olas —los más remotos entre los hombres...". También describe la ciudad de Alanco, atribuyéndole una profusión de riqueza y magnificencia que recuerda la descripción platónica de la Atlántida. Aunque los nombres son distintos, esta poderosa isla de Esqueria es otro indicio del recuerdo de una isla-continente situada más allá de las Columnas de Hércules, en el océano occidental.

Puesto que, según Platón, su información básica acerca de la Atlántida provenía de

fuentes egipcias, cabe imaginar que otros documentos, en forma de papiros, deberían hacer referencia también a la isla sumergida. En este sentido se han interpretado algunas alusiones que aparecen en documentos antiguos. Por ejemplo, cuando se habla del "reino de los dioses", miles de años antes de las primeras dinastías egipcias.

Además, el sacerdote e historiador Manetho nos ilustra sobre la época aproximada en que los egipcios cambiaron su calendario y coincide con el mismo período en que según Platón se habría producido el hundimiento de la Atlántida, hace 11.500 años. Se cree que en el museo de San Petersburgo existían, antes de la revolución rusa, otros documentos egipcios "perdidos".

Se dice que existía un documento particularmente misterioso en el que se relataba una expedición que había enviado un faraón de la segunda dinastía a investigar lo que había ocurrido con la Atlántida y a descubrir si quedaban restos de ella. Se afirmaba que había regresado al cabo de cinco años, sin haber cumplido su misión, cosa que resulta comprensible. Hay también documentos egipcios que hablan de invasiones de "pueblos del mar" que llegaron "desde los confines del mundo", ilustrados con pinturas murales monumentales que todavía pueden verse en Medinet-El Fayum.

Aunque la mayoría de los pergaminos egipcios debieron resultar quemados en la destrucción de la biblioteca de Alejandría, es posible que existan otros documentos escritos, enterrados en alguna tumba todavía no descubierta y que se mantengan en buen estado de conservación, gracias al clima seco que reina en Egipto.

El historiador griego Heródoto (siglo V a.C.) nos ha dejado referencias diversas respecto a un nombre similar al de Atlántida y a una ciudad misteriosa situada en el océano Atlántico que algunos han considerado como una colonia de la Atlántida o incluso como la Atlántida misma:

"Los primeros griegos que realizaron largos viajes —escribe Heródoto—, estaban familiarizados con Iberia (España) y con una ciudad llamada Tartesos, "... más allá de las Columnas de Hércules..." a la vuelta de la cual los primeros comerciantes "obtuvieron un beneficio mayor que el conseguido por griego alguno antes..." (Esto último tiene un tono curiosamente moderno, relacionando los milenios de la remota antigüedad con las flotas mercantes de Niarcos y Onassis.)

En otro pasaje de sus obras, Heródoto habla de una tribu llamada Atarantes y también de otra, los Atlantes, "... que toman su nombre de una montaña llamada Atlas, muy puntiaguda y redonda, tan soberbia, además, que, según se dice, la cumbre nunca puede verse, porque las nubes jamás la abandonan, ni en verano ni en invierno...".

Heródoto se sentía interesado tanto en la historia antigua como contemporánea y creía que el Atlántico había penetrado en la cuenca mediterránea como consecuencia de un terremoto que había hecho desaparecer el istmo que era entonces el estrecho de Gibraltar. Luego de hallar fósiles de conchas marinas en las colinas de Egipto también especuló acerca de la posibilidad de que parte de la tierra que en otro tiempo había sido tierra firme hubiera acabado en el mar y, a la inversa, algunos territorios hubieran emergido de las profundidades oceánicas.

En *Las Guerras del Peloponeso* Tucídides (460-400 a.C.), refiriéndose a los terremotos escribió:

> ... En Orobiari, Eubea, al retirarse el mar de lo que era entonces la línea de la costa y levantarse formando una enorme ala, cubrió una parte de la ciudad y luego se retiró en algunos lugares. Pero en otros la inundación fue permanente y lo que antes era tierra hoy es mar. La gente que no pudo escapar a las tierras altas, pereció. En los alrededores de Atalante, una isla de la costa de Opuntian Locri, se produjo una inundación similar...

El historiador griego Timágenes, (siglo I a.C.) comentando acerca de los pobladores de la antigua Galia, pensaba que provenían de una tierra remota en el medio del océano.

Un manuscrito llamado *Acerca del Mundo,* atribuido a Aristóteles, nos da la siguiente evidencia de que entonces se creía en la existencia de otros continentes:

> ...Pero hay probablemente muchos otros continentes, que están separados del nuestro por el mar, el cual debemos cruzar para llegar hasta ellos. Algunos son grandes y otros más pequeños, pero todos nos resultan invisibles, salvo el nuestro. Porque todas las islas se relacionan con nuestro mar, de la misma forma en que el mundo habitado tiene relación con el Atlántico y muchos otros continentes con el océano todo, porque son islas rodeadas por el mar...

El siguiente escrito de Apolodoro (siglo II a.C.), en *La Biblioteca* contiene una desusada referencia a las Pléyades:

...Atlas y Pleyone, hija de Océano, tuvieron 7 hijas llamadas Pléyades, que nacieron en Arcadia: Alcione, Celena, Elec-tra, Esterope, Taigeta y Maya..., y Poseidón tuvo relaciones sexuales con dos de ellas, primero con Celena, que engendró a Lykos, a quien Poseidón hizo vivir en las islas de Blest, y luego con Alcione... Al referirse a las islas de Blest, en el Atlántico, Plutarco habla de brisas suaves, tenues rocíos y habitantes "que pueden gozar de todas las cosas sin perturbaciones ni trabajos". Las estaciones son "templadas" y las transiciones "tan moderadas" que se cree firmemente, incluso entre los bárbaros, que éste es el lugar de los bienaventurados y éstos son los Campos Elíseos celebrados por Hornero...

Diodoro Siculo (el siciliano, siglo I a.C.) describe con bastante detalle la guerra entre las Amazonas y un pueblo llamado atlantioi. En este caso, las Amazonas provenían de una isla de Occidente llamada Héspera, que sitúa en el pantano de Tritonis "cerca del océano que rodea la tierra" y de la montaña "llamada Atlas por los griegos..." Dice además: "...Se cuenta también la historia de que el pantano Tritonis desapareció durante un terremoto, cuando algunas partes de él que se extendían hacia el océano quedaron divididas en dos..."

Diodoro cita además el mito de los atlantioi:

...El reino estaba dividido entre los hijos de Urano, entre los cuales Atlas y Cronos eran los más renombrados. Atlas recibió las regiones de la costa del océano y no sólo dio el nombre de atlantioi a sus pueblos, sino que llamó Atlas a la montaña más grande de la región. Se dice también que perfeccionó la ciencia de la astrología y fue el primero en dar a conocer a la Humanidad la doctrina de la esfera y fue por esta razón por la que se pensó que los cielos todos se apoyaban en las espaldas de Atlas...

Diodoro habla de las hijas de Atlas y Apolodoro y dice que "...yacieron con los más famosos héroes y dioses y se convirtieron así en los primeros antepasados de la mayor parte de la raza... Estas hijas se distinguían también por su castidad y después de su muerte merecieron honores inmortales entre los hombres, quienes les dieron un trono en los cielos y las llamaron Pléyades..."

Además ofrece una amable descripción de la isla atlántica:

...Porque frente a Libia, muy lejos, hay una isla de gran tamaño, y como se encuentra en el océano, está a una distancia de varios días de navegación de Libia, hacia Occidente. Su tierra es fértil, montañosa en gran parte y en otra no pequeña, llana y de gran belleza. A través de ella fluyen ríos navegables que son utilizados para la irrigación y encierra muchos lugares plantados con árboles de todas las variedades e innumerables jardines atravesados por arroyos de agua dulce; hay en ella también villas privadas muy costosas y en medio de los jardines, rodeadas de flores, se han construido casas de banquetes en las que los habitantes pasan el tiempo de verano... Hay también excelente caza, de toda clase de animales y bestias salvajes... Y hablando en términos generales, el clima de la isla es tan suave que produce en abundancia frutos de los árboles y otros propios de las distintas estaciones del año, de manera que parecería que la isla, debido a su felicidad excepcional, es residencia de dioses y no de hombres...

Teopompo (siglo IV a.C.) relata una conversación entre el rey Midas y un hombre llamado Sueños, en que se describe un gran continente poblado por tribus guerreras, una de las cuales había intentado conquistar el "mundo civilizado". (El valor comparativo de esta fuente disminuye un tanto por el hecho de que Silenos era un sátiro a quien el rey Midas capturó, emborrachándolo con vino griego.)

Tertuliano (160-240 d.C.) se refiere al hundimiento de la Atlántida al discutir los cambios ocurridos en la Tierra, "... que, incluso ahora, ...está sufriendo transformaciones locales, ...cuando entre sus islas no está ya Délos ...Samos es un montón de arena, ...cuando, en el Atlántico, se busca en vano la isla que era igual en tamaño a Libia o Asia, cuando ...el costado de Italia, cortado en medio por el choque estremecedor de los mares Asiático y Tirreno, deja a Sicilia como sus reliquias..."

La referencia a la apertura de los estrechos de Sicilia es comentada también por Filón el Judío (20 a.C.-40 d.C.) quien escribe:

Considérese cuántos territorios del continente han sido cubiertos por las aguas, no sólo los que se hallaban cerca de la costa, sino también los que se encontraban en el interior, y piénsese en la gran porción que se ha convertido en mar y ahora es surcada por innumerables barcos. ¿Quién no conoce el más sagrado estrecho siciliano, que en épocas antiguas unía Sicilia al continente de Italia?

Luego cita tres ciudades griegas que yacen en el fondo del mar: Aigara, Boura y Helike (Helike es ahora buscada mediante modernos métodos arqueológicos cerca de la actual ciudad de Corinto) y concluye con una referencia a "la isla de Atlantes que, como decía Platón... fue lanzada al fondo del mar en un día y una noche, como consecuencia de un terremoto y una inundación extraordinarios".

Arnobio el Africano (siglo III d.C.), un miembro de la primitiva comunidad cristiana, se queja de que ellos eran culpados de todo y pregunta:

> ¿Fuimos acaso nosotros culpables de que hace diez mil años escaparan una gran cantidad de hombres de la isla llamada Atlántida o Neptuno, como nos dice Platón, y arruinaran y eliminaran a innumerables tribus?

Aeliano (Claudius Aelianus, siglo III d.C.) un escritor clásico, hace una alusión muy desusada a la Atlántida en su obra *La Naturaleza de los Animales.* Al hablar de los "carneros del mar" (que al parecer eran focas) dice que "...invernan en los alrededores del estrecho que separa Córcega de Cerdeña... el carnero macho tiene alrededor de la frente una cinta blanca. Se diría que se asemeja a la diadema de Lisímaco o Antígono o de algún otro rey macedonio. Los habitantes de las costas del océano dicen que en épocas anteriores los reyes de la Atlántida, que descendían de Poseidón, utilizaban en sus cabezas, como signo de poder, la banda blanca de los carneros machos, y que sus esposas, las reinas, utilizaban como signo de poder las bandas blancas de los carneros hembras..."

Esta cita de Aeliano, que ha llegado hasta nosotros a través de los siglos, no como descripción de la Atlántida sino como una nota casual acerca de los adornos usados en la cabeza por los reyes de los atlantes, presta cierto crédito a la creencia, generalmente aceptada en la época clásica, de la existencia de la Atlántida en un período anterior.

¿Qué puede uno inferir de estas y otras alusiones de los autores clásicos? Algunas parecen contradictorias entre sí pese a que los nombres y la forma de escribirlos cambien, parecen existir ciertos puntos comunes. En el antiguo mundo mediterráneo se creía que existían tierras firmen o tal vez un continente en el Atlántico, y se conservaban ciertos recuerdos algo confusos respecto a los contactos que se habían mantenido con ellos y también sobre las hostilidades por parte de fuerzas expedicionarias procedentes de esas tierras. También existía la tradición de que cierto territorio o territorios se habían hundido en el océano.

Otro cristiano de la Antigüedad, Cosmas Indico-pleustes (siglo VI d.C.) parece anticipar en varios siglos la pretensión de los rusos de que "nosotros lo inventamos primero" cuando dice que Platón "expresó puntos de vista similares a los nuestros, con ciertas modificaciones ... Menciona las diez generaciones y también la tierra sumergida en el océano. Y en una palabra, es evidente que todos tomaron sus ideas de Moisés y repitieron sus palabras como si fueran propias..."

Aparentemente, Cosmas pensaba en las referencias bíblicas a las generaciones anteriores a la gran inundación que destruyó el pueblo de la tierra debido a su maldad. Pero la referencia bíblica a una inundación es sólo una pequeña parte de una leyenda común a los pueblos de todo el mundo, con excepción de la Polinesia.

Desde la óptica de un investigador moderno, entonces, la evidencia escrita no es concluyente. Pero, ¿acaso alguna vez lo es? Debemos recordar que los antiguos no escribían para los investigadores modernos y que, como individuos de una época anterior a los bancos de datos, los microfilmes e incluso la imprenta, tenían una actitud completamente diferente acerca de la información y usaban a los dioses y los mitos como marco de referencia para sus obras. Las pruebas acerca de la existencia de la Atlántida hay que buscarlas en otras fuentes, además de en los comentarios de los escritores de la Antigüedad.

La Atlántida: un recuerdo persistente

La tradición de la gran inundación, tal como aparece en el Génesis, es común a los babilonios, persas, egipcios, a las ciudades-estado de Asia Menor, Grecia e Italia y a otras situadas en torno al Mediterráneo y al Mar Caspio, en el Golfo Pérsico e incluso en la India y China.

Resulta verosímil que los relatos sobre una gran inundación y sobre la supervivencia de seres elegidos por Dios o los dioses para continuar la civilización mediante la construcción de un barco de salvamento antes de la irrupción de las aguas se difundieran por Asia a lo largo de las grandes rutas caravaneras. Más difícil resultaría, sin embargo, explicar la similitud entre las antiguas leyendas célticas y noruegas. Pero, ¿cómo explicar que los indios americanos del Nuevo Mundo tengan sus propias leyendas, completas y análogas, sobre la inundación, en las que se afirma frecuentemente que su salvación se debió a que llegaron a sus nuevas tierras navegando desde Oriente?

De ahí que, al estudiar estas leyendas, surge un hecho evidente y extraordinario: *todas* las razas parecen contar la misma historia. Es concebible que los pueblos mediterráneos hayan conservado una tradición acerca de un desastre común, pero ¿cómo habrían llegado los indios de los continentes americanos a conocerla y a poseer leyendas casi idénticas? Por ejemplo, según los antiguos documentos aztecas, escritos en jeroglíficos, el Noé de los cataclismos mexicanos fue Coxcox, también llamado Teocipactli, o Tezpi. El y su mujer se salvaron en un bote o balsa fabricado con madera de ciprés. Se han descubierto pinturas que narran el diluvio de Coxcox entre los aztecas, miztecas, zapotecas, tlascalanos y otros pueblos. La tradición de estos últimos muestra coincidencias todavía más asombrosas con la historia que conocemos a través del Génesis y de fuentes caldeas. Cuenta cómo Tezpi y su mujer se embarcaron en un espacioso navio, junto a diversos animales y con un cargamento de granos cuya conservación era esencial para la supervivencia de la raza humana. Cuando el gran dios Tezxatlipoca dispuso el retiro de las aguas, Tezpi mandó un buitre volando desde la balsa y el ave, que se alimentó de los cadáveres con que estaba cubierta la tierra, no regresó. Tezpi envió a otros pájaros y el único que volvió fue el colibrí, que trajo una rama muy frondosa en su pico.

Viendo entonces que el campo comenzaba a cubrirse de vegetación, dejó su balsa en la montaña de Col-huacán.

El Popol *Vuh* es una crónica maya-quiché escrita en jeroglíficos mayas. El original fue quemado por los españoles en la época de la conquista, pero luego el texto fue transcrito de memoria al alfabeto latino. Esta leyenda maya dice: "Luego las aguas fueron agitadas por voluntad del Corazón del Cielo (Hurakán) y una gran inundación se abatió sobre las cabezas de estas criaturas... Quedaron sumergidas, y desde el cielo cayó una sustancia espesa como resina... la faz de la Tierra se oscureció y se desencadenó una lluvia torrencial que siguió cayendo día y noche... Se escuchó un gran ruido sobre sus cabezas, un estruendo como producido por el fuego. Luego se vio a hombres que corrían y se empujaban, desesperados, querían trepar sobre sus casas y las casas caían a tierra dando tumbos, trataban de subir a las grutas (cavernas) y las grutas se cerraban ante ellos... Agua y fuego contribuyeron a la ruina universal, en la época del último gran cataclismo que precedió a la cuarta creación..."

Los primeros exploradores de América del Norte consiguieron transcribir la siguiente leyenda de las tribus indígenas que vivían en torno a los grandes lagos: "En épocas pasadas, el padre de las tribus indígenas vivía *en dirección al sol naciente.* Cuando le advirtieron en un sueño que iba a desencadenarse un diluvio sobre la tierra, construyó una balsa, en la que se salvó junto a su familia y todos los animales. Estuvo flotando de esta manera durante varios meses. Los animales, que en esa época podían hablar, se quejaban abiertamente y murmuraban contra él. Por fin apareció una nueva tierra, en la que desembarcó con todos los animales, que desde aquel momento perdieron el habla, como castigo por sus murmuraciones contra su salvador".

George Catlin, uno de los primeros estudiosos de los indios de los Estados Unidos, cita una leyenda cuyo principal protagonista es conocido como "el único hombre" que "viajaba" por la aldea, se detenía frente a cada vivienda y gritaba hasta que el propietario salía y preguntaba qué ocurría. Entonces, el visitante respondía relatando "la terrible catástrofe que se había abatido sobre la Tierra, debido al desbordamiento de las aguas" y decía que era la " única persona que se había salvado de la calamidad universal", que había atracado su gran canoa junto a una gran montaña situada al Oeste, donde ahora vivía, que había venido para instalar una tienda a la que cada uno de los dueños de las casas de la tribu debía llevar una herramienta afilada con el objeto de destruir la tienda, ofreciéndola como sacrificio a las aguas, ya que con herramientas afiladas se construyó la gran canoa y si no se hiciera así, habrá otra inundación y nadie se salvará.

Uno de los mitos de los hopi describe una tierra en la que existían grandes ciudades y en la que florecían las artes. Pero, cuando las gentes se corrompieron y se volvieron belicosas, una gran inundación destruyó el mundo. "La tierra fue batida por olas más altas que las montañas, los continentes se partieron y se hundieron bajo los mares".

La tradición de los iroqueses sostiene que el mundo fue destruido una vez por el agua y que solamente se salvaron una familia y dos animales de cada especie.

Los indios chibchas, de Colombia, conservan una leyenda según la cual el diluvio fue causado por el dios Chibchacun, a quien Bochica, el principal dios y maestro civilizador, castigó obligándole a llevar para siempre la tierra sobre las espaldas. Los chibchas dicen también que los terremotos se producen cuando Chibchacun pierde el equilibrio. (En la leyenda griega, Atlas soportaba sobre sus espaldas el peso del cielo y ocasionalmente también el del mundo.) En la leyenda chibcha sobre la inundación existe otra notable analogía con la leyenda griega. Con el fin de liberarse de las aguas que inundaron la tierra después del diluvio, Bochica abrió un agujero en la tierra, en Tequendama, algo semejante a lo que ocurrió con las aguas de la inundación de la leyenda griega, que desaparecieron por el orificio de Bambice.

Estas leyendas son en general tan similares a las nuestras, que resulta difícil pensar que eran habituales antes de la llegada del hombre blanco al Nuevo Mundo. Los invasores españoles del Perú descubrieron que la mayoría de los habitantes del imperio inca creían que había habido una gran inundación, en la que perecieron todos los hombres, con excepción de algunos a quienes el Creador salvó especialmente para repoblar el mundo.

Una leyenda inca acerca de uno de esos sobrevivientes señala que conoció la proximidad de la inundación al observar que sus rebaños de llamas miraban hacia el cielo fijamente y con gran tristeza. Avisado por estas señales, pudo trepar a una alta montaña, donde él y su familia se pusieron a salvo de las aguas. Otra leyenda inca afirma que la duración de las lluvias fue de sesenta días y sesenta noches, es decir, veinte más que los que se mencionan en la Biblia.

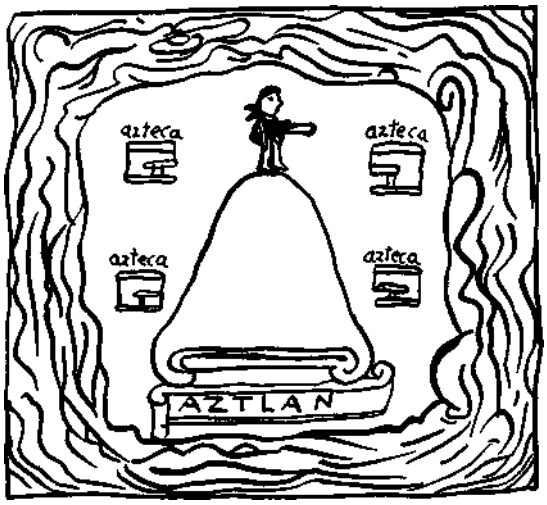
En la costa oriental de Sudamérica, los indios guaraníes conservan una leyenda que dice que, al comenzar las lluvias que habrían de cubrir la tierra, Tamenderé permaneció en el valle, en lugar de subir a la montaña con sus compañeros. Cuando se elevó el nivel de las aguas, trepó a una palmera y se dedicó a comer fruta mientras esperaba. Pero las aguas siguieron subiendo, la palmera fue arrancada de raíz y él y su familia navegaron sobre ella mientras la tierra, el bosque y finalmente las montañas desaparecían. Dios detuvo las aguas cuando tocaron el cielo y Tamenderé, que ahora había flotado hasta la cumbre de una montaña, descendió al escuchar el ruido de las alas de un pájaro celestial, señal de que las aguas se estaban retirando y comenzó a repoblar la tierra.

Los Noés del Mediterráneo, de Europa y del Oriente Medio nos son más conocidos, gracias a documentos escritos. Por ejemplo, Ut-Napshtim, de Babilonia; Baisbasbate, el sobreviviente de la inundación de que se habla en el *Mahabarata,* de la India; *Yima,* de la leyenda persa, y *Deucalión,* de la mitología griega, que repoblaron la tierra arrojando piedras que se convirtieron en hombres. Aparentemente, no hubo un solo Noé sino muchos, cada uno de los cuales, según la tradición, ignoraba la existencia de los otros.

En todos estos casos, la razón por la que se produjo el diluvio es casi siempre la misma: la Humanidad se tornó malvada y Dios decidió destruirla. Pero, al mismo tiempo, resolvió que una buena pareja o una familia volvieran a empezar.

Este recuerdo común acerca del gran diluvio sería sin duda compartido por los pueblos de ambos lados del Atlántico, si la Atlántida se hubiese hundido en la catástrofe descrita por Platón. No sólo habrían crecido las mareas en el mundo entero, sino que las tierras

bajas habrían quedado sumergidas y las tormentas, tempestades, vientos desatados y terremotos habrían llevado a los observadores a creer que estaba llegando realmente el fin del mundo. Y el capítulo séptimo del *Génesis* ofrece un testimonio particularmente vivido del fenómeno conjunto del incremento del nivel del agua y las lluvias: "El mismo día se rompieron todas las fuentes de la gran profundidad y se abrieron las ventanas del cielo..."



Representación azteca de Aztlán, la patria original, según aparece dibujada en un manuscrito ilustrado posterior a la conquista.

Estas leyendas compartidas por tantos pueblos, acerca de una gran inundación podrían aludir al hundimiento de la Atlántida o al desbordamiento del Mediterráneo, o tal vez a ambos. Sin embargo, además de esas tradiciones comunes, debemos tener en cuenta la cuestión del nombre mismo, es decir, los nombres que se atribuyen al paraíso terrenal o al lugar de origen de la nación o tribu, que resultan especialmente asombrosos en las tradiciones de los indios de América del Norte y del Sur, como hemos visto en los casos de Aztlán y Atlán, Tollán y muy notables al otro lado del Atlántico. Allí encontramos la similitud de los nombres de las tierras perdidas, como Avalon, Lyonesse, Ys, Antilla, la isla atlántica de las siete ciudades y en el antiguo Mediterráneo, Atlántida, Atalanta, Atarant, Atlas, Auru, Aalu y otras que hemos detallado en el capítulo I. Todas estas leyendas se refieren a un territorio hundido bajo el mar.

Reviste gran importancia la consideración de que incluso algunas de esas razas conservan tradiciones en las que se afirma que son descendientes de los atlantes o al menos que sus antecesores se vieron culturalmente influidos por ellos. Esto es así especialmente en el caso de los vascos del Norte de España y de la Francia sudoccidental, cuyas lenguas no guardan relación con las demás lenguas europeas. Los bereberes todavía conservan tradiciones acerca de un continente situado en Occidente y su lenguaje tiene ciertas similitudes con el vasco.

En Brasil, Portugal y en parte de España, está muy extendida la creencia acerca de la existencia de la Atlántida, lo que resulta lógico cuando uno piensa que, si la isla-continente verdaderamente existió, la parte occidental de la Península Ibérica fue la zona de Europa más cercana a ella.

La Atlántida, de Jacinto Verdaguer, publicada en 1878, largo poema que se ha convertido en uno de los clásicos catalanes, es sólo una de las numerosas creaciones literarias de autores que se consideran directa o indirectamente descendientes del continente perdido.

Tiene cierto encanto, por ejemplo, leer en un periódico portugués de nuestros días que el Jefe del Estado ha hecho una visita a "os vestigios da Atlántida" (los vestigios de la Atlántida). Con ello se alude, naturalmente, a las islas Azores. En las Azores existen tradiciones acerca de la isla-continente, pero, sin duda, fueron transmitidas por los portugueses, que encontraron las Azores deshabitadas. Los habitantes de las islas Canarias eran una raza blanca primitiva, como señalaron los primeros exploradores españoles —que conocían la escritura— y que contaban con tradiciones que les señalaban como sobrevivientes de un imperio isleño anterior. Su supervivencia concluyó con su

redescubrimiento, ya que fueron exterminados en una serie de guerras con los invasores españoles. A consecuencia de ello se ha perdido lo que podría haber sido un fascinante y tal vez único vínculo directo entre la Atlántida y nuestra época.

Los pueblos celtas del oeste de Francia, Irlanda y Gales guardan recuerdos de antiguos contactos con las gentes de las tierras del mar. En Bretaña existen muy antiguas "avenidas" de menhires, colosales piedras verticales que descienden hasta el borde del Atlántico y continúan bajo el mar. Si bien ni siquiera los más entusiastas "atlantólogos" han sugerido que estos "caminos" submarinos pueden conducir a la Atlántida, lo más probable es que realmente llevasen a los campamentos galos cercanos a la costa y que ahora están sumergidos, ya que la costa francesa ha retrocedido considerablemente desde que fue colonizada. Sin embargo, en un sentido espiritual, podríamos tener razón al considerar que esos caminos llevan, efectivamente, a la Atlántida, ya que señalan una dirección que nos conduce a un lugar que existe en el recuerdo y llaman nuestra atención sobre los territorios perdidos bajo el mar.

Si existió la Atlántida, y si su civilización fue realmente destruida, ¿por qué no se organizaron operaciones de búsqueda más completas para averiguar lo que había ocurrido? Tal vez para quienes vivieron en aquella época era como si hubiera sobrevenido el fin del mundo y por tanto, pensaban que se debía evitar aventurarse por el Atlántico.

Por los conocimientos de que disponemos ahora, los fenicios, a quienes algunos especialistas consideran sobrevivientes de la Atlántida, y sus descendientes los cartagineses fueron los únicos antiguos navegantes que se adentraron en el Atlántico, más allá de Gibraltar. Aquellos marinos tuvieron grandes dificultades para mantener en secreto sus provechosas rutas comerciales y para impedir que los romanos y otros posibles competidores "interfirieran" en su tráfico. Se sentían muy deseosos de perpetuar la referencia platónica a que el mar no era navegable y resultaba impenetrable en aquellos lugares "porque hay una gran cantidad de barro en la superficie, provocado por los residuos de la Isla ..."

Según el poeta Avieno, el almirante cartaginés Himilco hizo la siguiente descripción de un viaje que llevó a cabo por el Atlántico en el año 500 a.C.:

> Tan muerto es el perezoso viento de este tranquilo mar, que no hay brisa que impulse el barco... entre las olas hay muchas algas, que retienen el barco como si fuesen arbustos... el mar no es muy profundo y la superficie de la tierra está apenas cubierta por un poco de agua... los monstruos marinos se mueven continuamente hacia atrás y hacia adelante y hay algunos monstruos feroces, que nadan entre los navios que se deslizan lentamente...

Otro de los documentos de la Antigüedad relacionado con la Atiántida es la Descripción de Grecia, de Pausanias, donde cita a Eufemos, el cariano (fenicio). Como podrá verse, el informe de Eufemos previene contra cualquier viaje por el Atlántico, pero especialmente hace la advertencia de que las mujeres no debían hacerlo de ninguna manera:

> En un viaje a Italia fue desviado de su curso por los vientos y llevado mar adentro, más allá de las rutas de los pescadores. Afirmó que había muchas islas deshabitadas, mientras en otras vivían hombres salvajes... Las islas eran llamadas Satirides por los marineros y los habitantes eran pelirrojos y lucían colas que no eran mucho menores que las de los caballos. En cuanto avistaron a sus visitantes, corrieron hacia ellos sin lanzar un grito y atacaron a las mujeres del barco. Finalmente, los marineros, temerosos, lanzaron a la costa a una mujer extranjera. Los sátiros la ultrajaron, no sólo de la manera usual, sino también en la forma más horrorosa...

Otro asombroso incidente contribuyó a disuadir a los investigadores griegos del océano: después de conquistar Tiro, en Fenicia, Alejandro Magno envió una flota al océano, para llevar a cabo la posible conquista de otras ciudades o colonias fenicias que pudieran hallarse más allá del Mediterráneo. La flota se adentró en el océano... y no se volvió a saber de ella.

Los cartagineses hicieron todo lo posible por mantener en secreto sus rutas comerciales del Atlántico, ante griegos y egipcios, pero especialmente ante los romanos. Cuando ya no bastaron las leyendas acerca de los monstruos para impedir la competencia, recurrieron a menudo a medidas más resolutivas. La historia nos relata incidentes en que los barcos cartagineses eran deliberadamente hundidos, para no revelar su destino, cuando los barcos romanos los seguían más allá de Gibraltar.

Entre las tierras que frecuentaron estos antiguos marinos en el Atlántico figuró, según

informa Aristóteles, la isla de Antilla, que tenía un nombre similar al de Atiántida. Los cartagineses tenían tal afán de mantener el secreto sobre su existencia, que la sola mención de su nombre fue castigada con la pena de muerte. Se cree que conquistaron Tartessos, una rica y civilizada ciudad de la costa occidental de España, cerca de la desembocadura del Guadalquivir, que era tal vez la Tarshish mencionada en la Biblia por Ezequiel, quien dijo "Tarshish fue vuestro comerciante, en razón de la multitud de toda clase de riquezas; con plata, hierro, estaño y plomo que ofrecían en vuestras ferias..." En todo caso, Tartessos y su cultura desaparecieron en el siglo VI a.C. Si como se ha sugerido fue una colonia de la Atiántida, su destrucción significa la pérdida de otro posible vínculo con la isla sumergida y sus memorias, ya que, según se dice, conservaba documentos escritos de una antigüedad de seis mil años.

Los mitos acerca de los territorios e islas desaparecidas que cultivaron los pueblos que poblaban las costas del Atlántico oriental hacen referencia a lugares con nombres que suelen evocar recuerdos de la Atiántida, como es el caso de Avalon, Lyonesse, Antilla y otros muy distintos, como la isla de san Brandan y el Brasil. En otros casos se les describe simplemente como "la isla verde bajo las olas".

Hasta tal punto creyeron los irlandeses en la existencia de la isla de san Brandan, que enviaron media docena de expediciones a buscarla durante la Edad Media y se firmaron acuerdos por escrito determinando su división, una vez que hubiere sido hallada.

Antilla, que es el mismo nombre —si no la misma isla— que los cartagineses con tanto afán procuraron mantener en secreto, fue considerada por los pueblos hispánicos como el lugar de refugio durante la conquista de España por los árabes. Se cree que los refugiados que escapaban de ellos navegaron hacia Occidente, conducidos por un obispo, y llegaron sanos y salvos hasta Antilla, donde construyeron siete ciudades. En los antiguos mapas se la sitúa generalmente en el centro del Océano Atlántico.

Los esfuerzos de fenicios y cartagineses por cerrar el Atlántico a otros pueblos marineros dieron como resultado la perpetuación de la idea de que el Atlántico era un mar condenado. Sin embargo, la Humanidad nunca olvidó las Islas Afortunadas y otros territorios perdidos. En los mapas anteriores a Colón aparecen una y otra vez, ya sea cerca de España o en el borde occidental del mundo: Atlántida, Antilla, las Hespérides y las "otras islas". Como dijo Platón, "y desde las islas se podría pasar hacia el continente opuesto, qué bordea el verdadero océano".

Mientras la Humanidad recuerda la Atlántida a través de las leyendas, algunos animales, pájaros y criaturas marinas parecen haber conservado también un recuerdo instintivo de la isla continente. El leming, un roedor noruego, se conduce de una manera muy curiosa. Cada vez que se produce un exceso en la población de estos animales y por consiguiente se produce un problema de escasez de alimentos, se reúnen en manadas y se precipitan a través del país, cruzando los ríos que encuentran en el camino, hasta que llegan al mar. Luego, penetran en el agua y nadan hacia Occidente, hasta que todos se ahogan. Las leyendas confirman lo que los atlantólogos sugerirían: que la manada de turones trata de nadar hacia un territorio que solía encontrarse hacia Occidente y donde podían encontrar comida cuando se les agotaban las provisiones locales.

En las bandadas de aves migratorias que procedentes de Europa, cruzan anualmente el océano en dirección a Sudámerica se ha observado un comportamiento aún más notable, motivado tal vez por un instinto conservado en la memoria. Al aproximarse a las Azores, las aves comienzan a volar en grandes círculos concéntricos, como si buscasen un territorio donde descansar. Cuando no lo encuentran, prosiguen su camino. Más tarde, en el viaje de regreso repiten la maniobra.

No ha podido establecerse si los pájaros buscan tierra o comida. El aspecto más interesante de este hecho es que el hombre atribuye a las aves su propia convicción, lo que es sin duda una actitud muy imaginativa, digna de la época de la leyenda, cuando hombres y animales intercambiaban sus pensamientos mediante el habla.

Hay otra muestra de memoria animal que resulta aún más sorprendente, aunque no constituye una prueba definitiva. Es la relativa al ciclo vital de las anguilas europeas. Aunque resulte extraño, Aristóteles, tan escéptico frente al relato de Platón sobre la Atlántida, aparece envuelto en esta cuestión que a menudo se citaba como demostración de la existencia de la isla sumergida.

Aristóteles, interesado como estaba en todos los fenómenos naturales, fue el primer naturalista que se sabe que planteó el problema de la multiplicación de las anguilas.

¿Dónde se reproducen? Aparentemente, en algún lugar situado en el mar, ya que abandonan sus estanques, arroyos y ríos cada dos años y nadan a lo largo de los grandes ríos que desembocan en el mar. Esto era todo lo que se sabía acerca del lugar en que se reproducían las anguilas, desde que Aristóteles planteó la cuestión, hace más de dos mil años. No se pudo llegar a determinar el lugar hasta hace veinte años, y resultó ser el Mar de los Sargazos, una masa de agua llena de algas, situada en el Atlántico Norte, que rodea las Bermudas y que tiene una extensión equivalente aproximadamente a la mitad de los Estados Unidos.

La travesía de las anguilas, bajo la forma de un enorme cardumen migratorio, ha podido conocerse con exactitud gracias al vuelo de las gaviotas que lo siguen y a los tiburones que nadan junto a él y que *se* alimentan de anguilas a medida que la migración se hace mayor. El cardumen tarda más de cuatro meses en cruzar el Atlántico. Después de desovar en el Mar de los Sargazos, a una profundidad de más de 500 metros, las anguilas hembras mueren y las jóvenes emprenden el viaje de regreso a Europa, donde permanecen durante dos años, para luego volver a repetir el fenómeno.

Se ha sugerido que esta migración de las anguilas podría tener una explicación en el instinto de desove que las mueve a retornar a su hogar ancestral, que tal vez era la desembocadura de un gran río que fluía a través de la Atlántida hasta llegar al mar, como el Mississippi en su travesía por los Estados Unidos. Dicho instinto podría compararse en cuanto a su dificultad con el del salmón de Alaska, que debe remontar los ríos contra la corriente, sorteando represas, ya que la anguila debe seguir el curso de un río que ya no existe y que alguna vez fluyó a través de un continente que se hundió hace miles de años.

Muchos han dicho que el Mar de los Sargazos constituía el emplazamiento de la Atlántida o el mar que se hallaba al Occidente de la isla sumergida. Un estudio del fondo de dicho mar podría demostrar válida una de las dos teorías, ya que una parte de los Sargazos cubre las enormes profundidades de las llanuras abisales de Hattaras y Nares, mientras otra se extiende sobre el promontorio de las Bermudas, con sus islas y montañas marinas.

Los fenicios y cartagineses contaban que ciertas algas marinas del Atlántico se desarrollaban de tal manera que *entorpecían el uso de los remos de las galeras y retenían a los barcos.* Si hacían referencia al actual Mar de los Sargazos, no hay duda que eran capaces de navegar durante largas distancias. Sin embargo, las algas de este mar no son lo bastante densas como para retener un barco y parece, pues, que los fenicios hubieran inventado semejante historia como otro recurso para disuadir a sus competidores.

Sea que las algas del Mar de los Sargazos constituyan restos de la vegetación sumergida de la Atlántida o no, lo cierto es que dicho mar en sí mismo, y sobre todo su ubicación, son temas fascinantes para la especulación.

Hacia el abismo del Océano

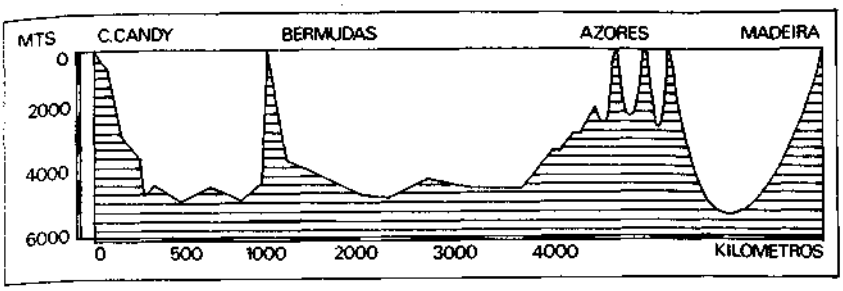
Si queremos determinar con certeza si la Atlántida existió alguna vez, ¿por qué no examinar hasta donde nos sea posible el fondo del océano, cerca del lugar donde se supone que se hundió la isla-continente?

Donnelly, que contribuyó no poco a que renaciera el interés popular por la Atlántida, desde 1880 hasta nuestros días, escribió un informe acerca de los sondeos marinos de su época, en el contexto de lo que le sugería su propio estudio sobre el problema de la Atlántida. Supo expresar sus puntos de vista con una fuerza y convicción que no dejaron lugar a dudas:

Supongamos que hallamos frente al Mediterráneo y en medio del Atlántico, en las proximidades de las Azores, los restos de una inmensa isla sumergida, de 1600 kilómetros de anchura y 3200 o 4800 de longitud ¿No significaría eso la confirmación de las afirmaciones de Platón de que más allá del estrecho

donde se encuentran las Columnas de Hércules existía una isla mayor que Asia (Menor) y Libia juntas, llamadas Atlántida? Y supongamos que descubrimos que las Azores eran las cumbres de las montañas de esta isla sumergida, destrozadas y partidas por terribles convulsiones volcánicas, que alrededor de ellas y en dirección al mar encontrásemos grandes capas de lava y que toda la superficie de la tierra hundida estuviese cubierta por miles de kilómetros de restos volcánicos, ¿No nos veríamos entonces obligados a confesar que todos esos hechos eran pruebas muy consistentes de la veracidad de la afirmación de Platón de que "durante un día y una noche fatales acaecieron fortísimos terremotos e inundaciones que hicieron desaparecer aquel vigoroso pueblo? La Atlántida desapareció bajo el mar y luego el océano se hizo inaccesible, debido a la cantidad de lodo que quedó en lugar de la isla".

Todo esto ha sido demostrado en forma concluyente por las últimas investigaciones. Barcos de distintas nacionalidades han efectuado sondeos a gran profundidad: el *Dolphin,* de Estados Unidos, la *Grazelle,* una fragata alemana y los británicos *Hydra, Porcupine* y *Challenger* han trazado el mapa del fondo del Atlántico y el resultado ha sido la revelación de un gran promontorio, que se extiende desde un punto en la costa de las islas británicas hacia el Sur, hasta las costas de Sudámerica, hasta Cape Orange, luego hacia el Sudeste, hasta las playas de África y por fin hacia el Sudoeste, hasta Tristán de Acuña... La tierra sumergida... se eleva a unos tres mil metros desde las grandes profundidades atlánticas que la rodean, y en las Azores, en las Rocas de San Pablo, la Ascensión y Tristán de Acuña alcanza hasta la superficie del Océano...



Perfil oceánico según Donnelly en que se describe la altura del fondo del océano, desde las Bermudas hasta las islas Madeira.

He aquí, pues, la columna vertebral del antiguo continente que alguna vez ocupó la totalidad del océano Atlántico y desde cuyas orillas se construyeron Europa y América. Las zonas más profundas de este mar, que alcanzan unas 3500 brazas, son las áreas que se hundieron antes; a saber, las llanuras al Este y al Oeste de la cadena montañosa central; algunas de las más altas cimas de esta cordillera, como las Azores, San Pablo, La Ascensión, y Tristán de Acuña, están aún sobre el nivel del mar, mientras que la gran masa de la Atlántida yace a una profundidad de unos centenares de brazas de agua. En esta cadena de montañas vemos la senda que alguna vez existió entre el Nuevo y el Viejo Mundo, a través del cual se trasladaban de un continente a otro las plantas y los animales y que sirvió también para que los hombres negros se desplazaran desde África hacia América y los rojos (los indios) desde América hasta el África.

Tal como he señalado, la misma gran ley que provocó el descenso gradual del continente atlántico y levantó las tierras situadas a Oriente y Occidente de él, está vigente todavía: la costa de Groenlandia, que podría ser el extremo Norte del continente sumergido, está hundiéndose tan rápidamente que los viejos edificios construidos sobre las bajas islas rocosas están ahora sumergidos y los habitantes han aprendido por experiencia propia que no deben volver a construir cerca del borde del agua. Puede advertirse la misma depresión a lo largo de la costa de Carolina del Sur y Georgia, mientras el norte de Europa y la costa atlántica de Sudamérica se están levantando rápidamente. En estas últimas se ha advertido el surgimiento de costas de 1.888 kilómetros de largo y de alturas que van desde los 30 hasta los 390 metros.

Cuando estas cordilleras se prolongaban desde América hasta Europa y África, impedían el flujo *de* las aguas tropicales del océano hacia el Norte y no existía la Corriente del Golfo. La tierra encerraba el océano, que bañaba las playas del Norte de Europa y era intensamente frío. El resultado fue el período de las glaciaciones. Cuando la barrera de la Atlántida se hundió lo suficientemente como para permitir la expansión natural de las aguas calientes de los trópicos hacia el Norte, el hielo y la nieve que cubrían Europa desaparecieron gradualmente; la Corriente del Golfo fluyó alrededor de la isla-continente y aún conserva el movimiento circular que adquirió originalmente debido a la presencia de la Atlántida.

Los oficiales del *Challenger* hallaron la totalidad de la superficie de la cordillera atlántica cubierta de residuos volcánicos, que eran los restos del barro que, según nos cuenta Platón, hicieron imposible atravesar el mar, después de la destrucción de la isla.

De esto no se desprende que las cordilleras que la conectaban con América y África se elevaran sobre el nivel del mar en la época en que la Atlántida quedó definitivamente sumergida. Es posible que se deslizaran gradualmente hacia el mar, o que se desplomaran debido a cataclismos semejantes a los que se describen en los libros centroamericanos. La Atlántida de Platón puede haberse reducido a la "Cordillera del Delfín" de nuestra época.

El barco norteamericano *Gettysburg* también ha realizado algunos descubrimientos notables en un área vecina... "El descubrimiento de un banco de sondeos localizado en los puntos N. 85° O., y a una distancia de 209 kilómetros del cabo San Vicente, anunciado recientemente por el comandante Gorringe,

del *Gettysburg,* de los Estados Unidos, y que fue realizado en su última travesía del Atlántico, puede relacionarse con los sondeos previamente obtenidos en la misma región del Atlántico Norte.

"Dichas pruebas sugieren la probable existencia de una plataforma o cordillera submarina que conecta la isla de Madeira con la costa de Portugal y la probable conexión de la isla, en tiempos prehistóricos, con el extremo sur-occidental de Europa..."

Sir C. Wyville Thomson descubrió que los ejemplares de la fauna de la costa brasileña eran similares a los de la costa occidental de la Europa meridional. Esto se explica por la existencia de cordilleras que unen Europa con Sudamérica.

Un miembro de la tripulación del *Challenger* opinó, poco después del término de la expedición, que la gran meseta submarina no es otra cosa que los restos de "la Atlántida perdida".

Cuando escribió estas líneas, Donnelly no conocía los últimos descubrimientos realizados en este campo. De haberlos conocido, su convicción habría sido aún mayor, si cabe.

Desde la época de Donnelly, el fondo del mar ha sido estudiado con mucha mayor precisión, gracias al sonar y a la investigación submarina. Durante este período se ha descubierto también alguna información muy curiosa acerca de la plataforma continental de ambos lados del Atlántico. Dicha plataforma es el territorio próximo a la costa que aún forma parte, geológicamente, del continente, antes de deslizarse hacia las profundidades del mar para luego reaparecer en lo que se llama la llanura abisal. Un examen de las profundidades de los zócalos continentales reveló que los lechos de los ríos que fluyen hacia el Atlántico prolongan su curso a lo largo de la plataforma y que algunas veces atraviesan por cañones, de la misma forma en que los ríos erosionan la roca y la tierra. Esto ocurre con los ríos de Francia, España, el Norte de África y Estados Unidos, que desembocan en el Atlántico Norte y prosiguen por el fondo del mar, a lo largo de valles sumergidos, hasta alcanzar una profundidad de 2500 metros. El fenómeno es particularmente notable en el caso del cañón del Hudson, que extiende el lecho de dicho río a través de barrancos submarinos y a lo largo de unos 300 kilómetros, hasta el borde del zócalo continental. Ello parecería indicar que estos cursos fluviales que ahora se hallan a miles de metros bajo el mar fueron excavados cuando aquella parte de la plataforma continental era tierra firme y que, o bien la tierra se ha hundido, o bien ha aumentado el nivel del agua, provocando esta inundación de los lechos de los ríos.

Al referirse a estos cañones fluviales submarinos, un boletín de la Sociedad Geológica de los Estados Unidos (1936) sugería que dichas "subidas y descensos mundiales del nivel del mar ...que equivalen a más de 2500 metros, deben haberse producido desde fines de la era terciaria..." En otras palabras, el período llamado plioceno, o sea, la era de la aparición del hombre.

La ruptura de un cable submarino ocurrida en 1898, cuando se estaba instalando el cable trasatlántico, a unos 800 kilómetros al norte de las Azores, acarreó otro hallazgo extraordinario. Mientras se realizaba la búsqueda del cable se descubrió que el fondo marino de la zona estaba compuesto de ásperas salientes, cúpulas y profundos valles que recordaban más a la tierra que el fondo del mar. Utilizando hierros con garfios se logró recoger muestras de rocas a una profundidad de 1700 brazas, que al ser examinadas resultaron ser taquilita, una lava basáltica vítrea que se enfría *fuera del agua* cuando está sometida a la *presión atmosférica.*

Según el geólogo francés Fierre Termier, que estudió del caso, si la lava se hubiese solidificado bajo el agua habría sido cristalina en lugar de vitrificada. Aún más, Termier supuso que la lava se había sumergido poco después de su enfriamiento, como lo demostraba la relativa aspereza del material recogido. Más aún, puesto que la lava tarda en descomponerse unos quince mil años, el hecho de que las muestras submarinas no se hayan descompuesto aún, así como el aparente enfriamiento ocurrido sobre el agua, encajan perfectamente con la teoría de la Atlántida, e incluso con la época en que según Platón, habría ocurrido la catástrofe.

Termier dice además que "...toda la zona al norte de las Azores, y tal vez la propia zona donde se emplazan las islas —de las que podrían quedar sólo ruinas visibles— quedó sumergida muy recientemente, quizá durante la época que los geólogos llaman el presente". También recomienda "...un dragado muy cuidadoso hacia el sur y el sudoeste de las islas".

La arena existente en los zócalos submarinos, frente a las Azores, algunas veces a miles de metros de profundidad, nos proporciona otra de las piezas perdidas del rompecabezas. Aparece en aguas poco profundas y ha sido formada por la acción de las

olas sobre las rompientes.

¿Qué sabemos hoy acerca del fondo del Océano Atlántico, cuando tantos años han pasado y tantos descubrimientos se han hecho desde la época de Donnelly y Termier? Mucho más, gracias al sonar, a los cálculos de profundidad mediante el empleo de explosivos para realizar la triangulación y la investigación del fondo del mar. Las llanuras, mesetas, elevaciones, cañones, cordilleras, grietas profundas, conos y las misteriosas montañas marinas han sido descritas en mapas igual que las islas de la superficie, aun cuando puede ocurrir que una nueva isla volcánica surja ocasionalmente del fondo del mar para luego volver a hundirse antes de que ningún país llegue a declarar su soberanía sobre ella.

Contamos, por ejemplo, con una carta más exacta de la cordillera del Delfín, comúnmente llamada la cordillera del Atlántico Medio, que es una cadena montañosa gigante con forma de doble S, una sobre la otra y que se extiende desde Islandia hasta el extremo de Sudamérica. Esta cordillera o meseta con montañas submarinas, flanqueada por llanuras abisales, adquiere gran anchura en las secciones semicirculares de la S, entre España, el Norte de África y las Bermudas. Luego se estrecha frente a la punta de Brasil, al sur del Ecuador, donde es cruzada por la zona de la Fractura Romanche y luego vuelve a ensancharse entre el sur de Brasil y África. La característica más notable de la cordillera del Atlántico Medio es que sigue el contorno general de América del Norte y del Sur, como si fuese un débil reflejo de los continentes americanos en el fondo del océano.

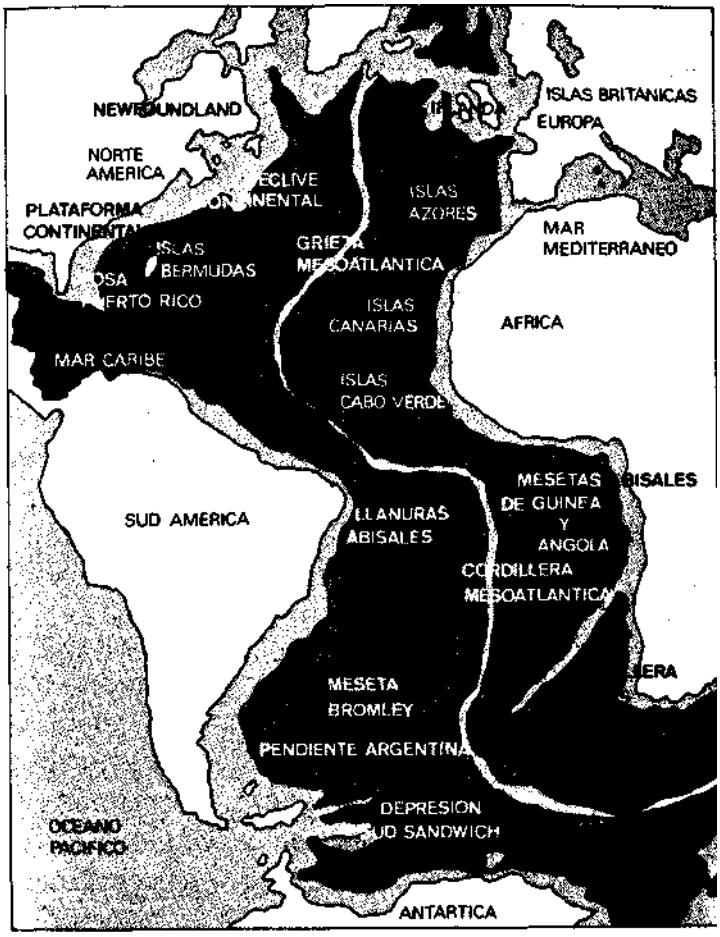
Cuando se examinan las profundidades en torno a las islas Azores se advierte que aunque las islas mismas se alzan verticalmente desde el fondo, están situadas sobre una especie de doble meseta. La base de esta meseta está ubicada en una zona que va aproximadamente desde los 30 a los 50 grados de latitud Norte, y la parte más alta en un área que se extiende desde los 36 a los 42 grados Norte, con una anchura de 800 kilómetros. La profundidad, desde la llanura hasta la meseta inferior, varía entre 1000 y 500 brazas; es decir, si la profundidad abisal es, por ejemplo de 2400 brazas, la de la cordillera podría ser de 1800 brazas, a menos que la cumbre submarina de algún monte sumergido alcance 400 brazas o menos, o emerja a la superficie como una isla, que es lo que ocurre con las Azores. La segunda meseta indica una elevación aún más sorprendente, de 1420 a 400 brazas; de 1850 a 300 brazas y desde 1100 a 630 brazas. Es interesante anotar que algunos estudiosos de la teoría de la Atlántida han pensado que el continente Atlántico se hundió por etapas y tal vez en tres inmersiones sucesivas. La formación de una meseta doble bajo las Azores parecería corroborar esta teoría.

Al sur de las Azores encontramos algunas importantes montañas submarinas, que no se hallan a muchas brazas de profundidad. Dos de ellas fueron designadas, con bastante propiedad, con los nombres de Platón (205 brazas) y Atlántida (145 brazas).

La ruptura del cable trasatlántico que causó tanto furor en los estudios sobre el continente de la Atlántida a comienzos de siglo se produjo a unos 800 kilómetros al norte de las Azores y al este del monte submarino Altair. Algunas investigaciones más recientes acerca de dicha cordillera han aportado nuevos temas para la especulación.

Los exámenes de partículas del fondo marino o "núcleos", tomadas en esta cordillera en 1957 permitieron extraer plantas de agua dulce que crecían sobre materiales de sedimentación a una profundidad de casi tres kilómetros y medio y el examen de las arenas de la fosa de la Romanche hizo pensar que se habían formado a la intemperie, en ciertas partes de la cordillera que en un momento determinado fueron proyectadas sobre la superficie.

A una distancia de 1600 kilómetros de esta meseta encontramos el promontorio submarino de Bermuda, que culmina en las islas Bermudas, situadas en la cima de inmensas montañas sumergidas.



Los tonos más oscuros señalan mayores profundidades
Las zonas en blanco señalan las tierras sobre el nivel del mar
Este sería el aspecto del océano Atlántico, si fuese desecado.

Frente a la Florida, en la plataforma continental americana, algunos estudios hidrográficos realizados por el U.S. Geodectic Survey constataron depresiones de 120 metros de profundidad a lo largo de fondos marinos situados a 150 metros de profundidad y que "fueron presumiblemente lagos de agua dulce situados en zonas que luego se sumergieron".

Directamente al este de la meseta de las Azores encontramos la cordillera Azores-Gibraltar (con profundidades reducidas, de sólo cuarenta a ochenta brazas) y siguiendo hacia el Sur y conectadas a esta cadena montañosa a lo largo de la costa de África, a poca profundidad (también aproximadamente de cuarenta brazas), hallamos otra serie de cimas y montañas sumergidas que incluyen las islas Madeira y Canarias. Las islas de Cabo Verde, frente a Dakar, aparecen aisladas y sin cadenas que las conecten a otras.

Muchos de los hipotéticos "puentes de tierra firme" existentes entre el Viejo y el Nuevo Mundo aparecen como algo perfectamente posible cuando examinamos la información de que ahora disponemos acerca de la configuración del fondo del mar. Por ejemplo, la plataforma continental europea se conecta con Islandia por medio de cordilleras y luego se une con Groenlandia a través del promontorio de Groenlandia-Islandia. En el Atlántico Medio la cadena Azores-Gibraltar se une con la meseta de las Azores, y una parte de la cordillera meso-atlántica llega casi a las Bermudas, mientras otra cadena un poco menor se abre hacia las Antillas y hacia la parte más profunda del Atlántico: la fosa de Puerto Rico.

Otras cadenas de unión en el Atlántico Sur son: el puente que parte desde África a través de la Sierra Leona, la cordillera meso-atlántica que va desde las rocas de San Pedro y San Pablo hasta Brasil, la de Walvis, que sale de Sudáfrica y cruza la cordillera del Atlántico Medio hacia Brasil, atravesando las islas Trinidad y Martín Vaz o el promontorio de Río Grande o la meseta de Bromley.

Las grandes transformaciones ocurridas en el fondo del Atlántico, que fueron

provocadas por perturbaciones volcánicas, permiten suponer la existencia de conexiones entre el Viejo y el Nuevo Mundo, en forma de puentes terrestres o islas que posteriormente quedaron sumergidas y que podrían haber sido usadas como puntos de apoyo (lo cual explicaría muchas curiosas similitudes en la vida animal y vegetal, como la presencia de elefantes prehistóricos, camellos y caballos en América).

La expedición organizada en 1969 por la Universidad de Duke, con el fin de estudiar el fondo del mar Caribe, ha realizado un importante descubrimiento relacionado con los continentes desaparecidos. Gracias a la realización de algunos dragados, sacaron a la superficie en cincuenta sitios distintos a lo largo de la cordillera Aves, un cordón montañoso submarino que va desde Venezuela a las islas Vírgenes, cierta cantidad de rocas graníticas. Estas piedras ácido-ígneas han sido catalogadas dentro del tipo "continental", que sólo se encuentra en los continentes o en los lugares donde han existido éstos. El doctor Bruce Heezen, del observatorio geológico Lamont, dijo a este respecto lo siguiente: "Hasta ahora, los geólogos creían, en general, que las rocas graníticas ligeras, o ácido-ígneas, quedaban limitadas a los continentes, y que la corteza terrestre que se encuentra bajo el mar estaba compuesta de rocas basálticas más oscuras y pesadas... De esta forma, la presencia de rocas graníticas de color claro podría apoyar la vieja teoría de que antiguamente existió un continente en la zona del Caribe oriental y que estas rocas constituirían el núcleo dé un continente perdido y sumergido".

El lecho del Atlántico es una de las regiones más inestables de la superficie terrestre. Se ha visto con-mocionado por perturbaciones volcánicas a lo largo de los siglos y de hecho, sigue sufriéndolas aún. La falla volcánica se extiende desde Islandia, donde en 1788 pereció una quinta parte de la población a consecuencia de un terremoto a lo largo de toda la extensión de la cordillera Atlántica. En Islandia, en 1845, la erupción del volcán Hecla se prolongó durante un lapso de siete meses.

Islandia sufre aún en ocasiones una furiosa actividad volcánica. Una espectacular erupción submarina, que se prolongó desde noviembre de 1963 a junio de 1966 provocó la formación de una nueva isla, que lleva el nombre de Surtsey y se encuentra a 36 kilómetros de la costa sudoccidental de Islandia. La lava solidificada se transformó en tierra y en la isla, que sigue creciendo, comenzó a aparecer vegetación permanente. Desde su emergencia, Surtsey se ha visto acompañada por otras dos islas. La misma Islandia, como ocurre en la descripción que de la Atlántida hiciera Platón, posee manantiales calientes. Su altísima temperatura, que proviene de las fuerzas termales subterráneas, permite que sean utilizadas para el sistema de calefacción de la capital, Reykjavik.

Encontramos continuas referencias escritas respecto a movimientos sísmicos en Irlanda y más tarde hacia el Sur, en una misma línea en relación con las Azores, un violento terremoto sacudió Lisboa en 1775, causando la muerte de 60.000 personas en pocos minutos y provocando un descenso en el nivel del muelle principal, mientras los diques y el resto de los muelles se sumergían 180 metros bajo el mar. La actividad sismológica es un fenómeno constante en la región de las Azores, donde todavía existen cinco volcanes activos. En 1808, uno de ellos se alzó en San Jorge a una altura de varios miles de pies, y en 1811 emergió del mar una isla volcánica, creándose una gran superficie a la que se dio el nombre de Sambrina, durante su breve existencia en la superficie, y antes de que volviera a hundirse en el océano. Las islas Corvo y Flores, en el archipiélago de las Azores, que figuran en los mapas desde 1351, han cambiado constantemente su forma; y amplias secciones de Corvo han desaparecido en el mar.

En otro grupo de islas, las Canarias, cuyo gran volcán central, el Pico del Teide, entró en erupción en 1909, el índice de perturbaciones volcánicas es muy elevado. En 1692 un terrible terremoto hundió la mayor parte de Port Royal, arrastrando incluso a los piratas que estaban utilizando la ciudad como refugi0, mercado y centro de rebelión. Este hundimiento en el mar de una ciudad pecadora mueve nuestros recuerdos hacia lo ocurrido en tiempos históricos en el mismo océano, donde, según la leyenda, la Atlántida se hundió "debido al disgusto divino".

En el Caribe y dentro de la zona volcánica atlántica, se produjo un terremoto aún mayor, en 1902, cuando el Mont Pelee, de la Martinica, estalló con tal fuerza que, según se dice, causó la muerte de todos los habitantes de Saint-Pierre, la ciudad vecina, salvo a uno (¿como la salvación de Noé?).

En 1931, la actividad volcánica produjo la aparición de dos nuevas islas en el grupo de

las Fernando de Noronha, que Inglaterra se apresuró a reclamar, aun cuando su pretensión fue discutida por varias naciones del vecino continente sudamericano. Los británicos se ahorraron el tener que adoptar una decisión peligrosa gracias al nuevo hundimiento de las islas cuando aún se estaba discutiendo su propiedad.

En las islas cerca de Madeira, surgieron a la superficie en 1944 algunos pequeños promontorios, que eran las cimas de algunos volcanes que se elevaron desde el fondo del mar hasta la superficie o por sobre ella. El Atlántico ha sido una zona volcánica activa durante siglos, desde Islandia hasta las costas del Brasil. Según el doctor Maurice Ewing, del observatorio geográfico Lamont, 'sus grietas más profundas "forman el sitio de un cinturón sísmico oceánico". Parece lógico por ello que hace miles de años tuviera lugar una actividad volcánica aún mayor, sobre todo porque tal actividad se da todavía en las mismas regiones en que la leyenda ha situado el continente de la Atlántida.

Existe un consenso general de que la Tierra ha sufrido apariciones y desapariciones de terreno a lo largo de toda su superficie. Hay numerosas pruebas de que el Sahara fue alguna vez un mar y que el Mediterráneo, con sus cumbres y valles submarinos, fue antes tierra firme. Las herramientas de la Edad de Piedra y los dientes de mamut obtenidos del fondo del Mar del Norte indican que esa zona fue en otra época territorio costero. En las montañas Rocosas se han hallado fósiles de tiburones, en los Alpes, restos de peces y en las estribaciones de los montes Allegheny, conchas de ostra. La mayoría de los geólogos coincide en que alguna vez existió el continente de la Atlántida, pero no están de acuerdo si existió dentro de la Era del hombre.

Ha habido considerable especulación en torno a si la explicación de la leyenda de la Atlántida está en otros terremotos y en las olas de las mareas que ellos provocaron, como ocurrió en el caso de la inundación por el mar del antiguo valle mediterráneo, o la separación de Sicilia de Italia, la catástrofe que hundió a la isla de Tera en el Egeo, o los terremotos de Creta que ocurrieron en la Antigüedad. También se ha sugerido que la Atlántida estaba en el Norte, en los zócalos continentales de escasa profundidad del Mar del Norte, o incluso en el Sahara y en otros lugares.

K. Bilau, un científico alemán estudioso de la isla continente, que dedicó mucho tiempo al examen del fondo del mar y de los cañones submarinos, se muestra partidario de la tradición que sitúa la Atlántida en el Atlántico cuando expresa en lenguaje más poético que científico sus sentimientos acerca de la ubicación del continente perdido:

La Atlántida reposa ahora en las profundidades de las aguas oceánicas y sólo son visibles sus más altas cimas, bajo la forma de las Azores. Sus manantiales fríos y calientes, descritos por los autores antiguos fluyen todavía, como hace muchos milenios. Los lagos de montaña se han transformado en lagos submarinos. Si seguimos exactamente las indicaciones de Platón y buscamos el lugar en que se hallaba Foseidón, entre las cimas semisumergidas de las Azores, la encontraremos hacia el sur de la isla Dollabarata. Allí, sobre un promontorio, en medio de un valle largo y comparativamente recto, bien protegida de los vientos, se alza la capital, centro de una cultura prehistórica desconocida. Entre nosotros y la ciudad de la Puerta Dorada existe una extensión de agua de tres kilómetros y medio de profundidad. Es curioso que los científicos hayan buscado la Atlántida por todas partes y que en cambio no hayan prestado la menor atención a este lugar, que después de todo, fue claramente señalado por Platón.

De cómo la Atlántida cambió la historia del Mundo

Considerando que se trata de un territorio que pudo o no haber existido, la Atlántida ha tenido una repercusión considerable, tanto en la historia como en la literatura. Cuando la cultura clásica volvió a difundirse en Occidente, después de la caída de Constantinopla, en 1453, tanto el relato de Platón como los demás documentos acerca de las islas que habían existido en el Atlántico volvieron a estimular la imaginación del hombre. Colón, que era un ávido lector de relatos de viaje y que mantenía correspondencia con los cartógrafos, no era el único que pensaba que el mundo era redondo. Su verdadera circunferencia había sido calculada en Alejandría, en épocas antiguas, con un error de sólo ochocientos kilómetros. Sin embargo, aunque los estudiantes de la escuela alejandrina podían medir la Tierra, nunca, que se sepa, navegaron a su alrededor para demostrar que era redonda.

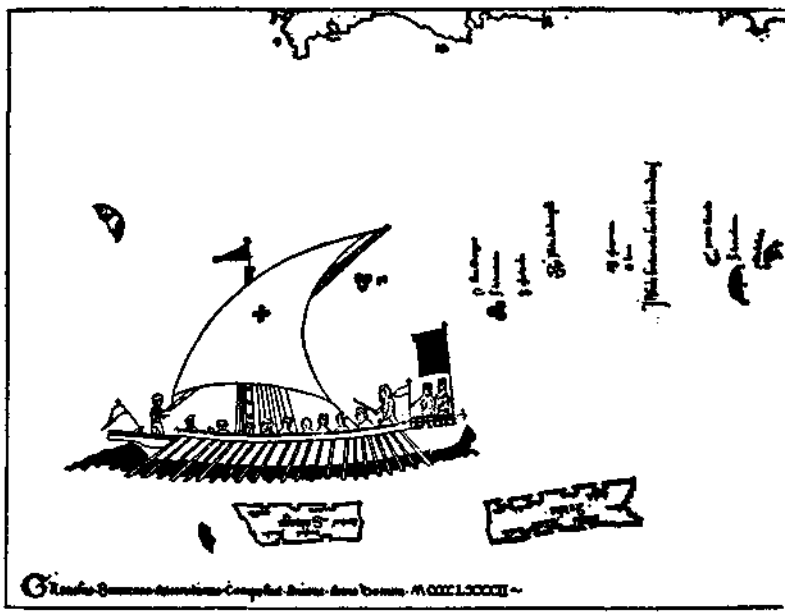
En la época de Colón existían numerosos mapas del "mundo", aunque la distinta información que proporcionaban y el hecho de que las líneas de navegación se trazaran de acuerdo con la distribución de las estrellas en el cielo nos lleva a pensar que la gran hazaña de Colón no consistió en haberse atrevido a enfrentar la posibilidad de encontrar los monstruos del mar, o en correr el riesgo de caerse desde el borde del mundo, sino en dejarse guiar por los mapas que tenía a su disposición.

Algunos de dichos mapas mostraban la Antillia, Antilla, Antilha o Antigua, posibles nombres alternativos de la Atlántida, o de las Fortunatas, las Hespérides y otras islas. El mapa de Toscanelli, que era, según se cree, el que llevaba Colón en su viaje al Nuevo Mundo, muestra Antillia. Años antes de que el descubridor hiciera su viaje, Toscanelli le escribió sugiriéndole Antillia como un lugar donde podría hacer escala en su viaje hacia las Indias. En su mapa, la China y las Indias aparecían en la costa occidental del Atlántico, mientras Antillia y otras islas constituían las etapas intermedias.

Parece razonable pensar que Colón estudió, o llevaba con él en su viaje, el mapa de Becario, de 1435, y los posteriores de Branco (1436), Pereto (1455), Rosseli (1468) y Bennicasa (1482). También es probable que llevara material o sugerencias tomadas del mapa de Benheim (1492). En todos ellos aparecía Antillia, con sus diversas denominaciones, y generalmente la situaban en pleno Atlántico, en línea paralela a Portugal. En este aspecto cobra sentido lógico el nombre portugués: Antilha (ante ilha), que significa "la isla frente *a",* "antes de" u "opuesta a" y se refiere a la gran isla situada en medio del océano, la de las "siete ciudades". Ya sea que ésta fuese la verdadera razón de su nombre, o que se tratara simplemente de otra forma de escribir Atlántida, el hecho es el mismo: la gran isla de la que se habló a Colón y que figuraba en todos los mapas importantes, estaba situada en la posición que el consenso general atribuía a la Atlántida, y, pese a que se conocía la noticia de su hundimiento, todavía se le daba la forma descrita por Platón.

También se ha sugerido que influyó en Colón un extraño pasaje de una obra del autor romano clásico, Séneca, escrita muchos siglos antes. La cita, tomada del acto segundo de *Medea,* es la siguiente: "Llegará una época, en la última era del mundo, en que el océano aflojará las cadenas de lo que (ahora) contiene y la tierra aparecerá en toda su gloria. Tetis (el mar) dejará al descubierto nuevos continentes y Tule no será ya el fin del mundo..."

¿De dónde obtuvo Séneca la idea de los continentes sumergidos en el Océano? ¿De su imaginación, de Platón o de otras fuentes? ¿Cuan generalizada era esta creencia en la época clásica? Actualmente sólo podemos hacer conjeturas, pero hay fuertes indicios de que Colón estuvo influido por los autores clásicos en sus propias especulaciones.



Sección del mapa de Bennicasa (1482). La Península Ibérica está en la parte superior; el barco apunta hacia el Norte. Hacia el costado superior derecho del barco aparecen indicadas las "islas Fortunatas de san Brandan", y bajo el barco, a la izquierda, se muestra el conglomerado llamado "Isla Salvaje"y "Antilla".

Una de las fuentes que nos lleva a creer en esta sugerencia es alguien que estaba personalmente relacionado con el Almirante y conocía sus ideas: su hijo Fernando, que escribió estas palabras en un ejemplar de *Medea:* "Esta profecía fue cumplida por mi padre, el Almirante Cristóbal Colón, en 1492".

López de Gomara, autor de la *Historia General de las Indias* (1552) atribuye especialmente a Colón las hazañas de haber "leído *Timeo y Critias,* de Platón, donde obtuvo información acerca de la gran isla y de un territorio sumergido que era mayor que Asia y África".

Fernández de Oviedo afirmó incluso que los monarcas españoles poseían los derechos sobré las nuevas tierras americanas *(Historia General y Natural de las Indias,* 1525), ya que, según él, Héspero, un rey prehistórico español, era hermano de Atlas, gobernante del territorio opuesto de Marruecos, y Héspero también reinaba sobre las Hespérides, "las islas de Occidente":

> ...A cuarenta días de navegación, como todavía se encuentran, más o menos, en nuestra época... y como las halló Colón en su segundo viaje... deben por ello ser consideradas estas Indias tierras de España desde la época de Héspero... las cuales revirtieron a España (por medio de Colón)...

Fray Bartolomé de Las Casas, sacerdote y escritor contemporáneo, tenía sus razones personales para disentir de Fernández de Oviedo. Su propósito, muy laudable, era proteger a los indios del Nuevo Mundo, cuyo trato por parte de los conquistadores españoles estaba desembocando en un genocidio. Las Casas objetó ese derecho de dominio basado en las Hespérides o la Atlántida. Sin embargo, al comentar acerca de Colón, en su *Historia de las Indias* (1527), observó:

> ...Cristóbal Colón pudo naturalmente creer y esperar que aun cuando aquella gran isla (la Atlántida) estaba perdida y sumergida, quedarían otras, *o* por lo menos, quedaría tierra firme, que él podría encontrar, si la buscaba...

Otro de los autores de la época del descubrimiento del Nuevo Mundo, Pedro Sarmiento de Gamboa, escribió en 1572: las Indias de España eran continentes al igual que la isla Atlántica, y en consecuencia, la propia isla Atlántica, que estaba frente a Cádiz y se extendía sobre el mar que atravesamos para venir a las Indias, el mar que todos los cartógrafos llaman océano Atlántico, ya que la isla Atlántica estaba en él. Y así hoy navegamos sobre lo que antes fue tierra firme.

Cuando los invasores españoles de México supieron que los aztecas provenían de una tierra llamada Aztlán, llegaron a la convicción de que descendían de los atlantes y esto vino a reforzar el derecho de los españoles a la conquista, aunque nunca pensaron que

necesitaban justificación para llevarla a cabo. La palabra "azteca" significa gentes de Az o Aztlán (los aztecas solían llamarse a sí mismos tenocha o nahua).

Si los invasores españoles del Nuevo Mundo se vieron influidos en algún sentido por el recuerdo de la Atlántida o de las Hespérides, la población india de la zona central de Sudamérica estaba convencida, por otra razón, pero relacionada con la misma mística histórica o legendaria, de que los españoles eran sus dioses civilizadores o sus héroes, que habían regresado de las tierras orientales. Tanto fue así que se vio psicológicamente incapaz de oponerles resistencia, hasta que ya fue demasiado tarde.

Durante muchos años, los toltecas, mayas y aztecas y otros grupos mesoamericanos, así como los chibcha, aymará y quechua, de Sudamérica han conservado leyendas acerca de misteriosos hombres blancos extranjeros provenientes del Este, que les enseñaron las artes de la civilización y posteriormente partieron, diciendo que volverían de nuevo. Según la tradición, Quetzalcóatl, el barbado dios blanco de los aztecas, y sus predecesores, los toltecas, habían navegado de regreso a su propio país en el mar de Oriente —Tollán-Tlapalan— después de haber fundado la civilización tolteca. Dijo que algún día habría de volver para gobernar nuevamente aquella tierra. Este mismo Quetzalcóatl, "la serpiente emplumada", era adorado entre los mayas con el nombre de Kukulkán.

Relato gráfico azteca que muestra la confusión del emperador Moctezuma al tratar de establecer, mediante amuletos y profecías, si los conquistadores eran mensajeros de Quetzalcóatl.

Cuando los españoles llegaron a México, Moctezuma (Montezuma), el emperador azteca, al igual que muchos de sus súbditos, creían que Quetzalcóatl, o al menos sus mensajeros, habían reaparecido repentinamente. Incluso llamaban a los españoles "teules" "los dioses", especialmente porque su llegada había sido anunciada por numerosos portentos y profecías. Debido a la más notable coincidencia, los españoles aparecieron en 1519, a finales de uno de los cincuenta y dos ciclos del calendario azteca. Uno de los aspectos de este ciclo era el relacionado con el reiterado nacimiento de Quetzalcóatl, lo que hizo pensar a los desconcertados aztecas que él o sus mensajeros habían vuelto en el aniversario de su nacimiento.

Papantzin, la hermana de Moctezuma, había tenido una visión de hombres blancos que llegaban desde el océano, que fue interpretada por Moctezuma y los sacerdotes aztecas como un presagio del prometido retorno de Quetzalcóatl. Moctezuma esperaba ya el regreso del dios cuando los españoles aparecieron frente a él. El emperador dio instrucciones a sus primeros enviados de que los recibieran con presentes "para darles la bienvenida al hogar", a México.

Los aztecas se sorprendieron luego, al advertir que los dioses que regresaban al hogar comían "alimentos terrenales" y que mostraban una preferencia muy poco divina por las doncellas locales, a las que querían vivas y no como víctimas sacrificadas en su honor. La población indígena de México que sobrevivió a la masacre española tendría que aprender muchas más cosas aún acerca de los "dioses" en el proceso de su conquista por dos continentes.

El bien organizado imperio de los incas, en el Perú, también conservaba una profecía

que se atribuía al duodécimo inca. Según contó su hijo Huáscar a los españoles, su padre había dicho que durante el reino del decimotercer inca vendrían hombres blancos desde "el sol, nuestro padre" para gobernar el Perú. (El decimotercer inca fue el hermano de Huáscar, Atahualpa, quien mientras era ahorcado por los españoles, tuvo tal vez un momento para comprender la profunda verdad que encerraba la profecía.)

En casi todos los lugares que conquistaron, los españoles se vieron ayudados por leyendas y creencias de los propios indios acerca de sus orígenes, el origen de su civilización y respecto al hecho de que los dioses volverían para reinar sobre sus tierras, procedentes del Este. En el estudio acerca de la Atlántida, las leyendas amerindias (o indoamericanas) respecto a un origen oriental son un tema constante a considerar, y que a menudo produce confusión.

Los antropólogos consideran, en general, que los indios procedían (como suelen creerlo ellos mismos) de Siberia y que pasaron al continente americano por el estrecho de Behring para descender luego hacia el Sur. Sus características raciales —pelo liso y negro, escaso vello en el rostro y el "punto mongólico" en los recién nacidos— parecen confirmar esta teoría. Entonces, ¿a qué se deben estas persistentes leyendas sobre su origen oriental y acerca de una civilización que procedía del Este, o la leyenda común sobre una gran inundación, que habitualmente están relacionadas con la destrucción o el hundimiento de una tierra situada en el Este?

Una posible explicación es que una parte de la población amerindia proceda del Este o que, por lo menos, de allí llegaron influencias culturales importantes. Tal vez por esta razón, las tribus se enorgullecían de esta asociación cultural que constituía el equivalente prehistórico del orgullo de los norteamericanos actuales respecto a sus "antepasados que llegaron en el Mayflower". Se han advertido algunas trazas culturales entre los amerindios del Atlántico, o que poseen antecedentes atlánticos, como por ejemplo la momificación de los cadáveres atlánticos, algunas leyendas comunes y prácticas religiosas similares a las de Europa y del antiguo mundo mediterráneo: el uso de cruces, el bautismo, la absolución de los pecados y la confesión, el ayuno, la mortificación de sí mismo y la consagración de las vírgenes al culto. Estas similitudes de sus religiones hicieron que los españoles las considerasen trampas diabólicas. También se encuentran analogías arquitectónicas con Egipto —la construcción de pirámides y otras—, al igual que la escritura en forma de jeroglíficos. En los restos arqueológicos que se han conservado hasta ahora, estatuas y relieves, cuya época aún no ha sido definida con exactitud, representan a elementos no indios, blancos y negros, que a menudo están vestidos de una manera que recuerda el mundo mediterráneo. Por ejemplo, las enormes cabezas de piedra que se han hallado en Tres Zapotes, cerca de Veracruz, que muestran claros rasgos negros y otras estatuas más pequeñas, correspondientes a la cultura olmeca y las representaciones mayas de estatuas y cerámica halladas en La Venta, donde aparecen hombres blancos de barba, con nariz semítica, y que usan ropas, zapatos y en ocasiones yelmos que son completamente distintos a los de los mayas. Los sellos cilindricos y los ataúdes de momias con anchas bases encontradas en Palenque, Yucatán, son también característicos de esta parte de México, más próxima al Atlántico y a la corriente ecuatorial Norte, que fluye hacia el Oeste.

Debemos observar también que los habitantes del Nuevo Mundo han estado aquí durante un largo período. La fecha de la aparición del hombre en América está siendo constantemente modificada en la historia y se sitúa actualmente entre 12.000 Y 30.000 años. Además, todas las características indígenas no corresponden a las de las razas del Norte de Asia, especialmente la nariz aguileña. Existen numerosos testimonios de los primeros conquistadores y exploradores españoles, que hablan de indios blancos y negros y de muchos matices intermedios en el color de su piel. También describen otaros amerindios de cabello castaño. De este último tipo se han hallado algunos ejemplares al examinar momias del Perú.

La afirmación de que todos los amerindios y su cultura provienen de Asia, constituye una simplificación excesiva. Un estudioso del tema nos ha legado un comentario muy sugestivo acerca de este supuesto tráfico en una sola dirección. Afirma que las tribus indígenas no llevaban consigo animales domésticos asiáticos, en su aparente emigración desde Asia, ya que los españoles no encontraron ninguno cuando llegaron a América, con excepción de un perro, antecesor directo del chihuahua, que es originario de México. Al examinar los animales que existían en el continente americano en la época del

descubrimiento surge la cuestión de si los indios emigrantes habrían transportado o arrastrado lobos, panteras, leopardos, ciervos, cocodrilos, monos y osos cuando atravesaron el estrecho o la que entonces era península de Behring. Si estos animales no aparecieron espontáneamente en el continente americano, ello significa, obviamente, que llegaron por sus medios, desde Europa o África, desplazándose sobre puentes terrestres, que actualmente se hallan sumergidos. Y si los animales pudieron hacerlo, ¿por qué no los indios?

La Atlántida estuvo a punto de tener de nuevo cierta influencia en la historia durante el siglo XIX, cuando Lord Gladstone, Primer ministro británico durante el reinado de la reina Victoria, trató de hacer aprobar una ley por el Parlamento en la que se destinarían fondos para la búsqueda de la Atlántida. El proyecto de ley fue derrotado por miembros del gobierno que aparentemente no compartían el entusiasmo de Lord Gladstone.

Durante el siglo XX se han formado en Europa algunas sociedades interesadas en la Atlántida (véase el capítulo 9), pero todavía no han alcanzado una importancia "histórica". Una de ellas, llamada *Principado de la Atlántida,* fue organizada por un grupo de científicos daneses y llegó a contar con muchos miles de miembros. Como máxima figura representativa se escogió al príncipe Cristian de Dinamarca, con el título de Príncipe de la Atlántida. Como era descendiente directo de Leif Ericson, marino vikingo y uno de los primeros descubridores de territorios oceánicos, la elección pareció muy acertada.

Aunque el tema de la isla-continente parece lejos de haber muerto, su influencia futura en la historia adoptará tal vez la forma de una nueva apreciación de nuestra historia y nuestros orígenes. Salvo que ocurriesen hipotéticos conflictos entre países, acerca de las tierras atlánteas emergidas, en caso de que se cumpliera la predicción de Cayce. La prehistoria del hombre es llevada cada vez más atrás a lo largo de las brumas del tiempo.

Desde la interpretación bíblica ofrecida por el obispo de Dublín, James Usher, en el siglo XVII, según la cual el mundo comenzó en el año 4004 a.C., hemos progresado hasta el punto en que ahora se cree que el hombre capaz de utilizar herramientas estuvo presente sobre la tierra desde hace varios millones de años. La arqueología está también empeñada en el proceso de revaluar los datos respecto a la primera aparición del hombre "civilizado", que se considera en la actualidad muy anterior a lo que antes se suponía. Quedan aún muchos espacios en blanco en la historia de la Humanidad, y la Atlántida podría ser uno de ellos.

La explicación atlántica

Si se considera como el "eslabón perdido" entre el Viejo y el Nuevo Mundo, la Atlántida (o los puentes terrestres atlánticos) constituye una explicación tan fácil para tantas cosas, que podría decirse, parafraseando a Voltaire, que de no haber existido habría sido necesario inventarla.

Desde el punto de vista cultural, nos permite comprender ciertos conocimientos existentes en épocas antiguas que resultan mucho más fácilmente explicables si suponemos la existencia de una civilización más antigua, que desarrolló originariamente una cultura y sabiduría que luego traspasó a unos herederos que en algunos casos resultaron menos hábiles para desarrollarlas! Como podemos apreciarlo en la Edad Media y en otros ejemplos más actuales, el progreso y la civilización no siempre avanzan de manera progresiva. En ocasiones parecen dudar, estancarse e incluso retroceder.

Ciertos aspectos específicos de la información que poseemos indican que en el mundo de la Antigüedad existía un conocimiento científico mayor de lo que suponíamos. Aparte del saber geográfico demostrado por los escritos clásicos en sus referencias a otros

continentes, las alusiones a la astronomía, que suelen aparecer confusas o disfrazadas bajo la forma de leyendas, son expresión de una educación y una cultura que posteriormente se perdieron a lo largo de las civilizaciones, hasta que fueron redescubiertas por el mundo moderno.

Por ejemplo, ¿cómo podían los antiguos saber, sin ayuda de telescopios, que el planeta Urano cubría regularmente con su superficie a sus lunas durante su movimiento de rotación alrededor del Sol? El fenómeno se explicaba en forma mítica afirmando que el dios Urano comía y vomitaba alternadamente a sus hijos. Hasta épocas relativamente modernas no existió un telescopio lo bastante poderoso como para advertir este fenómeno ¿De qué fuente obtuvo Dante Alighieri su "visión anticipada" de la Cruz del Sur, doscientos años antes de que el primer europeo la hubiese visto o hubiese sabido acerca de ella? En *La Divina Comedia* describió lo que apareció ante sus ojos después de abandonar el infierno en la montaña del purgatorio. Lo que sigue es una traducción libre: "...Me volví hacia la derecha, mirando hacia el otro polo, y vi cuatro estrellas, nunca antes contempladas excepto por los primeros pueblos. El cielo parecía centellear con sus rayos. ¡Oh, desolada región del Norte, incapaz de verlas...!" Aparte del misterio de la Cruz del Sur, ¿a qué primeros pueblos se refería Dante?

Cada cierto tiempo aparece algún artefacto perteneciente a una antigua cultura que suele hallarse tan fuera de lugar respecto a su época que casi resulta increíble. En la *British Association for the Advancemente of Science* se puso en exhibición en 1853 una lente cristalina similar a las modernas lentes ópticas. Era una verdadera curiosidad porque fue encontrada en una excavación hecha en Nínive, la capital de la antigua Asiría, y correspondía a una época anterior en mil novecientos años al advenimiento de la técnica moderna para el pulimento del cristal.

En Esmeralda, frente a la costa de Ecuador, entre los restos precolombianos extraídos del fondo del océano y considerados por los arqueólogos como objetos de una gran antigüedad, apareció una lente de obsidiana de unos cinco centímetros de diámetro, que funciona como un espejo y que reduce pero no distorsiona la reflexión. En las excavaciones de La Venta, correspondientes a la cultura olmeca en México, se han encontrado otros pequeños espejos cóncavos de hematita, un mineral magnético de hierro que admite un elevado índice de pulimento. Se considera en la actualidad que la cultura olmeca es la más antigua de México. El examen demostró que estos espejos habían sido esmerilados mediante un proceso desconocido que los hacía más curvos cuanto más cercano al borde. Aunque no se sabe con certeza para qué se utilizaban, ciertos experimentos han demostrado que pueden ser utilizados para encender el fuego, reflejando el sol. En unas excavaciones en Libia, en el norte de África, se han encontrado unos utensilios que parecían ser lentes, y Arquímedes, el científico inventor siciliano de la Antigüedad, utilizó también instrumentos ópticos, según afirma Plutarco, "para que el ojo humano pudiera contemplar el tamaño del Sol".

Algunas veces no se sabe en qué consisten los hallazgos arqueológicos. El caso de la computadora marina de Grecia es un buen ejemplo. Fue hallada en el año 1900 en unas antiguas ruinas del fondo del Egeo, junto a una notable colección de estatuas; entre ellas la muy famosa de bronce, de Poseidón, que ahora se encuentra en el museo de Atenas junto a la computadora. Parecía una combinación de placas de bronce en las que aparecía una escritura irregular. Daban la impresión de que el mar hubiera soldado las placas con el transcurso del tiempo. Después de limpiarla y someterla a un estudio más completo se concluyó que era una calculadora, con un sistema de engranajes sincronizados que aparentemente servía como una especie de regla de cálculo para "captar" el sol, la luna y las estrellas, con fines de navegación. Este solo hallazgo ha provocado un cambio considerable en nuestra actitud hacia la navegación de la Antigüedad.

Otro caso es el mapa de Piri Reis, un plano del mundo que pertenecía a un capitán de marina turco del siglo XVI y que mostraba las costas de Sudamérica, África y partes de la Antártida, pese a que resulta inimaginable pensar cómo pudo ser incluido este continente helado. Más increíble resulta aún el hecho de que los estudios antárticos modernos confirman la exactitud del mapa.

El Piri Reis (Reis o Rais era el rango de capitán o patrón de un navío) habría sido diseñado a partir de los antiguos mapas griegos perdidos en la destrucción de la biblioteca de Alejandría. Si hubiese sido copiado de otros mapas más antiguos, ello significaría que durante la Edad Media se perdieron u olvidaron importantes conocimientos geográficos

que estaban a disposición del mundo de la Antigüedad.

Desde el pasado nos llegan ciertos indicios misteriosos acerca del uso de otros "inventos" que hasta ahora no se creía que hubieran existido en épocas antiguas. El uso de explosivos es un buen ejemplo, ya que el descubrimiento de la pólvora y el fuego griego parecen perderse en las brumas de los tiempos. Los chinos utilizaban explosivos como algo corriente, antes que la pólvora fuera conocida en Europa. Edgerton Sykes, la más importante autoridad británica en el tema de la Atlántida, cita a R. Dikshitar, de la Universidad de Madras, quien afirmaba que el uso de explosivos ya era conocido en la India en el año 5000 a. de C. El fuego griego de Bizancio que ayudó a los bizantinos a conservar su imperio durante el milenio posterior a la caída del Imperio romano de Occidente, era un misterio ya entonces. Parece que lo lanzaban desde las galeras en vainas o proyectiles y al chocar contra otras galeras seguía ardiendo, aunque le echasen agua.

Es posible que los explosivos fueran utilizados en Europa en varias ocasiones, durante los ataques de Aníbal contra los romanos. En todo caso, si ése era el material empleado, lo mantuvieron secreto para que los romanos pensaran que se trataba de poderes sobrenaturales al servicio del enemigo. Los romanos contaban que las rocas eran destruidas por el fuego y por un tratamiento posterior con agua y vinagre. Más tarde, en la batalla de Tresimeno, la tierra tembló y grandes piedras cayeron sobre los romanos, que fueron derrotados por los cartagineses. Hay que observar que si se trató de un terremoto, los cartagineses no lo sufrieron y que, además, se aprovecharon de él inmediatamente.

Algunos años antes, en la India, las tropas de Alejandro Magno habían vivido una experiencia aterradora. Los defensores de una ciudad hindú les lanzaron "truenos y rayos" desde las murallas de la población que estaban atacando.

Se ha sugerido incluso que la caída de las murallas de Jericó fue ocasionada en realidad por los explosivos colocados en túneles excavados bajo ellas por los atacantes hebreos y no por el estruendo de sus trompetas.

En todo caso, éstas y otras referencias a algo que guarda un asombroso parecido a los explosivos aparecen una y otra vez en los documentos antiguos. Normalmente, esas armas secretas parecen haber sido utilizadas por culturas más antiguas-, que las heredaron de otras, sin que se sepa quiénes fueron los primeros en hacer uso de ellas.

Cuando se estudia la gran pirámide de Gizeh se tiene la impresión de que alguna raza superior de artesanos del pasado hubiese dejado un documento para épocas futuras, ya fuese con fines educativos o como prueba de sus conocimientos científicos.

Aparte de su tamaño no se había advertido nada extraordinario en la gran Pirámide, hasta la ocupación francesa, cuando los agrimensores de Napoleón comenzaron a trazar un mapa de Egipto. Como es natural, eligieron la gran pirámide como punto inicial de su triangulación, y al usarla como base notaron primero que, si seguían las líneas diagonales del cuadrado de la base, trazaban con toda exactitud el Delta del Nilo, y que el meridiano pasaba exactamente por el ápice de la pirámide, cortando el Delta en dos partes iguales. Era obvio que alguien había dispuesto que la pirámide estuviese en aquel lugar por una razón especial. Ulteriores estudios de las medidas del monumento demostraron que si el perímetro de su base es dividido por el doble de su altura se obtiene la cifra 3,1416, ó "TC". Su orientación es exacta, dentro de los 4 minutos 35 segundos. La pirámide tiene su centro en el paralelo 30, lo cual es de por sí desusado, puesto que separa la mayor parte de la superficie terrestre del planeta de la mayor porción cubierta por el océano. Desde el lado que da hacia el Norte sale una galería que lleva a la cámara real. Desde el final de esta galería, y *a* través de millones de toneladas de rocas perfectamente dispuestas, se puede ver en línea recta la estrella polar, que en la época de la construcción de la pirámide pertenecía a la constelación del dragón. La altura de la gran pirámide multiplicada por un billón da la distancia de la Tierra al Sol. Cada lado resultó igual, en codos, al número de días que tiene el año. Otros cálculos indican el peso de la Tierra y su radio polar, y el estudio de un receptáculo oblongo de granito rojo hallado en la cámara real sugiere todo un sistema de medidas de volúmenes y dimensiones.

Los estudios de la gran pirámide han sido el tema de muchos libros y ahora se hallan hasta cierto punto desacreditados, debido al exceso de entusiasmo de algunos escritores que pretendieron encontrar ciertas profecías en las medidas del monumento y en sus galerías interiores. La mayor de las pirámides egipcias es aparentemente la única que contiene tales "medidas de registro", y no existen indicios de que los egipcios pensaran, a

lo largo de los siglos, que hubiese allí nada, excepto tesoros, o tuviera otra finalidad que la de ser la tumba del faraón.

Hay un aspecto misterioso en el origen de la civilización egipcia: aproximadamente en la época de la primera dinastía, alrededor del 3200 a.C., Egipto pasó repentinamente de una cultura neolítica a otra avanzada —casi de un día para el otro, en términos históricos — con herramientas de cobre muy eficaces, que les permitieron construir grandes templos y palacios y con las que desarrollaron una civilización avanzada y una escritura muy elaborada. Aparentemente, no pasaron por una etapa intermedia. ¿Cómo alcanzaron los egipcios ese estadio cultural? Maneto, un historiador de la época de Ptolomeo, afirmaba que había sido obra de los dioses que gobernaron el país antes de Menes, el primer faraón.

Los *Upanishads,* antiquísimos libros religiosos de la India, contienen algunos pasajes que durante siglos parecieron oscuros y difíciles de interpretar. En cambio, si se consideran desde el punto de vista de la composición molecular de la materia, resultan bastante sencillos. Constituyen otro caso de conocimiento científico conservado gracias a libros sagrados. A la antigua India le debemos nuestro conocimiento del cero, o más bien nuestro *uso* del cero. Nos llegó desde allí a través de los árabes, que lo escribían como un punto.

Sin embargo, los mayas de México y Guatemala también lo conocieron y lo utilizaron con asombrosa exactitud en cálculos astronómicos y cronológicos.

En los calendarios del antiguo Egipto y de México se advierte una interesante coincidencia astronómica. Ambos calcularon —o tal vez recibieron la información de otra fuente— que el año está compuesto de 365 días y seis horas, basándose en una división de los meses que dejaba cinco días complementarios al final de cada año y una cantidad adicional en cada ciclo, que en el caso de los aztecas era de 52 años, y en el de los egipcios de 1460 años. Nuestra fecha equivalente al comienzo del año azteca y egipcio (iniciaban el suyo en el mes de Tot) era para ambos el 26 de febrero.

Sin embargo, junto a estos notables conocimientos, matemáticos y de otra naturaleza, nos encontramos con que los mayas y otros pueblos amerindios no conocían las posibilidades que ofrecía la rueda para el transporte. Se pensaba que ninguno de ellos había conocido el uso de la rueda, hasta que se encontraron ciertos juguetes mexicanos antiguos, *con ruedas.* Tal vez la conocieron en una época y luego la olvidaron. Era como si la cultura hubiese retrocedido. Cuando los conquistadores españoles llegaron a América, la civilización maya se hallaba en un período de decadencia, y también la gran cultura tolteca de México se había eclipsado, lo mismo que la de los primeros constructores sudamericanos del Cuzco y Tiahuanaco.

Desde que se descubrieron las ruinas mayas pudo advertirse la sorprendente similitud entre la arquitectura maya y la del antiguo Egipto. Los mayas construyeron pirámides, columnas, obeliscos y estelas (pero no el verdadero arco), usaron jeroglíficos y bajorrelieves como elementos decorativos y describieron incidentes históricos en frisos de piedra. Aunque otras arquitecturas amerindias también recuerdan a la egipcia, con sus pirámides y construcciones masivas que se extienden por Centro y Sudamérica, la maya es a la vez la que más se adentra hacia el mar y la que más se asemeja a la de Egipto.

Al estudiar el origen de las culturas maya, olmeca y tolteca y el de las civilizaciones de otros pueblos precolombinos de América Central, advertimos que Sahagún, un cronista de la conquista española, consigna un curioso informe tomado de fuentes antiguas, en el sentido de que sus culturas se exportaron a México y América Central desde otro lugar. Y cita el siguiente párrafo de un documento indígena: "... vinieron atravesando las aguas y desembarcaron cerca (en Vera-cruz)... los ancianos sabios que tenían todos los escritos, los libros, las pinturas".

En su edición comentada del libro de Dorihelly, Edgarton Sykes ofrece una interesante explicación respecto a la costumbre maya de abandonar sus ciudades y construir otras nuevas. Si los mayas llegaron desde territorios situados al este de la América Central —dice— sin duda, vivieron en esas regiones que posteriormente quedaron sumergidas, lo cual les habría obligado a abandonarlas y a construir otras que finalmente también se hundieron. Este hábito de huir de los territorios inundados podría explicar la costumbre maya de abandonar una ciudad tras otra antes de que el mar les alcanzara. Naturalmente, sigue en pie la teoría generalmente aceptada de que los mayas dejaban sus asentamientos después de haber agotado las tierras que los rodeaban y que habían

cultivado tras desbrozar la selva. Sin embargo, frente a la costa mexicana y bajo las aguas del Caribe, existen ruinas mayas, y algunos especialistas piensan que las numerosas ruinas "nuevas" Crecientemente descubiertas en una prospección aérea corresponderían también a esa cultura o tendrían un origen aún más antiguo.

El aparente retroceso cultural, o más bien la ausencia de progreso desde un punto de partida muy avanzado, son también evidentes en el Imperio incaico. En efecto, los pueblos que precedieron a los incas en Sudamérica dejaron construcciones que resultan inexplicables. Cuando examinamos los restos arquitectónicos de Perú y Bolivia nos resulta imposible comprender cómo fueron construidos. Los bloques de piedra del Cuzco son de dos tipos distintos: los que utilizaron los incas en sus templos y palacios y los que aparecen en las construcciones básicas, perfectamente escuadradas, de enormes proporciones y que encajan exactamente unos con otros. Estos habrían sido obra de los predecesores de los incas, de quienes sólo quedan algunas leyendas. ¿Cómo pudieron los pueblos primitivos cortar y transportar por terrenos montañosos estas piedras ciclópeas, mayores que las de las pirámides egipcias? ¿Y cómo pudieron los predecesores de los incas encajar los bloques con tanta perfección, si su técnica era muy primitiva? ¿Y, si podían dar forma a los bloques de piedra, como obviamente lo hicieron, por qué no los cortaron en líneas rectas, en lugar de usar extraños ángulos para luego hacerlos coincidir como si se tratara de un enorme rompecabezas? Una posible respuesta a la última pregunta sería que intentaban dotar a los edificios de una mayor resistencia a los terremotos, ya que en la región andina se han producido terribles movimientos terrestres, en épocas relativamente recientes.

La ciudad de Tiahuanaco, a orillas del lago Titicaca, en Bolivia, constituye otra inexplicable ruina ciclópea. A su llegada, los primeros españoles la encontraron abandonada. Estaba construida con enormes bloques de piedra, algunos de los cuales pesan hasta doscientas toneladas, y estaban unidos por pernos de plata. Dichos pernos fueron sacados por los conquistadores españoles, lo que provocó que los edificios se desplomaran en los terremotos subsiguientes. Se han encontrado piedras de cien toneladas enterradas para servir de cimientos a las murallas que sostenían las construcciones y también se hallaron marcos de puertas de tres metros de altura y setenta centímetros de ancho, esculpidas en bloques de una sola pieza. Según las leyendas locales, la ciudad fue construida por los dioses, y se diría que los constructores eran superhombres, ya que estas enormes ruinas se hallan a 4000 metros de altura y en una zona árida, incapaz de proporcionar los alimentos necesarios para alimentar a la gran población indispensable para levantar construcciones tan inmensas.

Algunos arqueólogos sudamericanos creen que Tiahuanaco (nadie sabe cómo llamaban a la ciudad quienes la levantaron, ya que no existen documentos al respecto) fue construida en una época en que el suelo estaba a un nivel casi 3200 metros por debajo del actual. De hecho, en los alrededores existe un antiguo puerto abandonado. Esta teoría se basa en los cambios que ha experimentado la cordillera de los Andes y que vienen atestiguados por los depósitos de piedra caliza o líneas de demarcación del agua que han quedado en laderas y montañas. Además se apoya en el supuesto de que la región de los Andes y del lago Titicaca fue levantada, destruyendo y despoblando Tiahuanaco y otros centros de esta cultura prehistórica. Los restos de mastodontes, toxodones y perezosos gigantes encontrados en lugares cercanos sugieren esta variación en la altura. Esos animales no podrían haber vivido en la altura que dichos territorios tienen en la actualidad. Y tampoco la población necesaria para construir una ciudad como aquélla, habría podido subsistir en una zona tan árida y elevada. Entre las ruinas se han encontrado representaciones de estos animales en cerámicas, debidas a la mano de los habitantes de la región, posteriormente desaparecidos.

Los arqueólogos locales calculan que Tiahuanaco fue abandonada hace unos diez o doce mil años, pero todavía queda mucho trabajo por hacer hasta determinar una fecha más exacta. No obstante, dicho cálculo resulta muy verosímil, ya que en general coincide con el que los sacerdotes egipcios comunicaron a Platón como época del hundimiento de la Atlántida. Mientras una parte del mundo se hunde, otra se levanta, como si se produjeran grandes pliegues o balanceos de la superficie de la Tierra. Se cree que en este "repliegue" también fue afectada la costa occidental sudamericana.

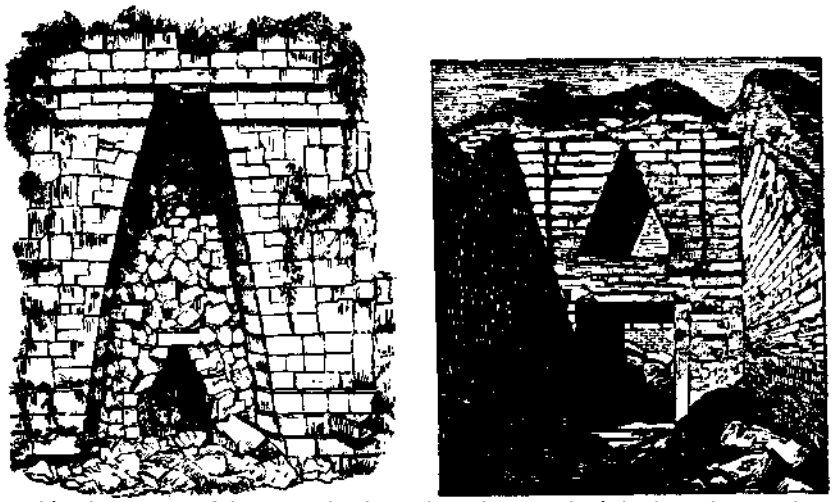
Durante el programa de investigación oceanógrafica de Duke, realizado en 1966, las cámaras de gran profundidad fotografiaron columnas excavadas en la roca y situadas en

una meseta submarina frente a la costa del Perú, a 2000 metros de profundidad. Las grabadoras de sonido detectaron otras variaciones insólitas y un fondo marino muy llano.

El doctor Maurice Ewing, del Observatorio Geológico Lamont, hizo la siguiente declaración, refiriéndose al sistema de fallas y cordones sísmicos del océano: "...El efecto opuesto a la tensión es la compresión, que da como resultado el pliegue de la superficie terrestre. Los sistemas montañosos continentales, como las Montañas Rocosas y los Andes, tuvieron su origen probablemente en uno de esos pliegues".

Existen otros indicios acerca de las civilizaciones prehistóricas de Sudamérica que resultan desconcertantes, como por ejemplo los juguetes con ruedas correspondientes al antiguo México, y hay una tradición que afirma que los antiguos habitantes de la región peruana desarrollaron un sistema de escritura por jeroglíficos similar a las de las civilizaciones centroamericanas. Sin embargo, los incas lo prohibieron, tal vez por no ser productivo, e introdujeron su propio sistema de memorización, a base de cuerdas anudadas y coloreadas. Estas cuerdas, que servían para llevar un registro de los tributos, los impuestos y el censo, es posible que constituyeran de por sí un sistema de escritura o computación.

Por otra parte, algunas de las construcciones antiguas son tan enormes que resultan casi inverosímiles. En Cholula, México, hay una colina que fue originalmente una pirámide y ahora está coronada por una iglesia. Se cree que fue construida como refugio, en prevención de futuras inundaciones, pero una confusión de idiomas provocó la dispersión de los constructores (una leyenda que resulta bastante familiar).



Comparación de un arco falso en tai ruinas de Palenque (México) y Micenas (Grecia).

En las afueras de Quito, Ecuador, hay una montaña que tiene una forma tan regular que algunos observadores piensan qué se debe a la mano del hombre, es decir, que se trata de una pirámide gigantesca. De todos modos, la impresión general es que resulta demasiado grande como para haber sido hecha por el hombre. Las enormes pirámides toltecas y aztecas eran *bases* de templos levantados en la cumbre, y maravillaron a los españoles, que las llamaron "mansiones del cielo". En el mundo atlántico y en el Mediterráneo primitivo encontramos monumentos y construcciones de piedra de análogas proporciones masivas. Los misteriosos círculos monolíticos de Stonehenge, los dólmenes de Bretaña y Cornualles, los fuertes neolíticos de Irlanda, Aran y las islas Canarias, las murallas ciclópeas del sur de España, la continuación del "cinturón de pirámides", que se inicia en América y atraviesa Etruria, el norte de África y Mesopotamia, los palacios de piedra, las tumbas, templos y conjuntos de cavernas de Cerdeña, Malta y las islas Baleares, y la existencia en la Grecia y Micenia arcaicas de restos de una arquitectura ciclópea similar y de idénticos arcos a los utilizados en el Yucatán.

Algunas de estas estructuras megalíticas pudieron responder a una finalidad concreta por parte de sus constructores, pero a nosotros no nos resultan claros a primera vista. Los grandes círculos de piedra de Stonehenge, en Inglaterra, son interesantes, no sólo por el tamaño de las piedras y el problema de cómo fueron transportadas y colocadas, sino más aún por la forma racional en que fueron erigidas. El eje central de Stonehenge coincidía exactamente con la salida del sol en pleno verano. Otros hallazgos parecen confirmar el

propósito de que fuera un enorme reloj astronómico, y sus correlatos exactos demuestran que sus constructores no sólo tenían conocimientos de astronomía sino también de trigonometría.

En Avebury encontramos otra serie de construcciones de piedra destinadas a servir de calendario y grandes dibujos planos que fueron trazados en la tierra pero que sólo resultan visibles desde *arriba.* Estos grabados son tan grandes que su diseño pétreo sólo puede ser advertido mediante la fotografía aérea. Cornualles, zona en la que están situados muchos misteriosos dólmenes, es una península, y es la porción de Inglaterra que más se adentra en el Atlántico, avanzando tal vez hacia el lugar, de donde llegaron los constructores originales para levantar los que parecen enormes "relojes planetarios" de piedra.

Al otro lado del Atlántico, en la región desértica que se encuentra a unos 200 kilómetros al sur de Lima, Perú, existe una sorprendente serie de formas geométricas que aparecen junto a inmensas figuras de pájaros, animales y personas dibujadas en la tierra.

Sus dimensiones son tan enormes que sólo pueden apreciarse desde el aire, y uno se pregunta cómo podían los artistas comprobar el trabajo que estaban realizando, sin disponer de algún medio que les permitiera observarlo con una perspectiva aérea.

Más insólito resulta aún el conjunto de líneas y franjas trapezoidales. Al igual que los dibujos, no fue advertido hasta 1939, cuando las observó desde un avión un profesor de historia que estudiaba las técnicas antiguas de regadío.

Se cree que estas figuras se deben a los nazcas, un pueblo indio anterior a los incas y posteriormente desaparecido. Una de las teorías respecto a ellas afirma que están en conexión con las relaciones entre las estrellas y las líneas del solsticio y el equinoccio de la era nazca. En otras palabras, que serían un enorme calendario astronómico que hace pensar en Stonehenge y Avebury. Las leyendas locales las atribuyen a la diosa Orichana, que descendió a la Tierra en un "barco del cielo, tan brillante como el Sol". Podría sugerirse que la diosa necesitaba un vehículo espacial para apreciar las figuras, o que tal vez los dibujos y rayas formaban parte de un sistema de aterrizaje..

En todo caso, es evidente que los descendientes de los nazcas o los habitantes indígenas actuales de las zonas donde se encuentran estos insólitos y tal vez "funcionales" monumentos han olvidado la finalidad con que fueron construidos.

Las largas hileras de menhires (enormes piedras dispuestas verticalmente) y los dólmenes (rocas dispuestas sobre un conjunto de bloques de piedra verticales), cuyo equilibrio es un misterio, podrían tener relación también con observaciones, tiempo o las estaciones. Pero uno de los dólmenes, llamado "la roca parlante", fue utilizado recientemente para que predijera el futuro y según parece, al preguntársele respondía "sí" o "no" mediante una inclinación de su enorme masa.

Arte prehistórico de la época de las cavernas. Se encuentra en Altamira (cerca de Santander, España), y es una muestra muy elaborada de la pintura rupestre.

Cabeza de caballo aurignaciense procedente de la cueva de Le Mas d'Azil (Francia).

No podemos dejar de mencionar la incógnita cultural que constituyen las antiquísimas pinturas de las cavernas de Europa, en Lascaux, Altamira y otros lugares, lo mismo que las del Sahara, en África, que datan de la época en que esa región no era todavía un desierto. Dichas pinturas mágicas, que representan la cacería de animales, aparecen en diversas cuevas de España, Francia y África y generalmente se consideran obra del hombre de Cromagnon, correspondiente a una cultura preglacial que habría existido hace treinta mil años. Algunas de esas pinturas son elementales, pero otras resultan muy elaboradas en cuanto a estilo, composición y tratamiento del tema, de modo que parece que las cavernas en que se hallan hubiesen sido utilizadas por grupos prehistóricos muy diversos. Entre ellos había algunos que poseían una técnica artística muy estilizada y desarrollada, que debe haber tardado varios siglos en configurarse. Al examinarlas ahora, al cabo de más de treinta mil años, parecen extrañamente modernas, a diferencia de lo que ocurre con muchos de los períodos artísticos de los siglos intermedios. ¿Cómo y de dónde llegó repentinamente a Europa occidental y al norte de África esta raza de artistas tan desarrollados? ¿No podrían ser refugiados de una región sumergida en el océano Atlántico?

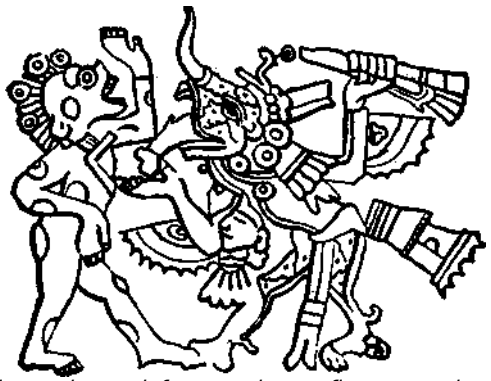
Sin embargo, ninguna de las similitudes arriba descritas, ni las formas arquitectónicas aparentemente relacionadas con ellas aportan prueba alguna de la existencia de la Atlántida. Actualmente es sólo una presunción, una hipótesis de trabajo, que si resulta cierta, haría que muchos aspectos aparentemente desconectados encajaran perfectamente.

Bosquejo de un gran "elefante" precolombino hallado en Wisconsin y pipa encontrada dentro de un túmulo en lowa (Estados unidos).

Podríamos decir que ésta es la "explicación atlántica" de la Piahistoria, basada en la presunta existencia de un antiguo continente atlántico, o especie de puente terrestre entre América y Europa. Esta supuesta conexión terrestre explicaría también los hallazgos de huesos de mamuts o elefantes, leones, tigres, camellos y caballos primitivos que se han encontrado en América. Aunque ninguno de esos animales estaba allí cuando llegaron los españoles, sus restos han sido positivamente identificados. Bochica, el maestro que llevó la civilización a la nación chibcha de Colombia, habría llegado allí, según las leyendas, con su mujer y cabalgando a lomos de camellos.

El elefante, o quizás el mamut, es un motivo que aparece con frecuencia en el arte y la arquitectura amerindia. ¿Los vieron acaso los indios precolombinos, o simplemente los reconstruyeron después de examinar sus huesos? En todo caso, parecían conocer que los elefantes poseían una trompa. En Palenque, Yucatán, se encontraron adornos con forma

de cabeza de elefante y máscaras en bajorrelieve representando el enorme animal, y en Wisconsin existe aún un promontorio que luce claramente la figura de un paquidermo en sentido vertical. Con razón se le conoce como el montículo del elefante. También se han descubierto pipas de esa forma en otro promontorio indio, en Iowa. En la América Central precolombina se hallaron pequeñas reproducciones de elefantes alados, fabricados en oro, que se usaban como adornos para el cuello colgando de una cadena. En relación con este último caso, un crítico italiano sostuvo que si los elefantes no tienen alas hoy, probablemente tampoco las tenían entonces. Pero entonces, ¿cómo se explican los caballos alados, como el Pegaso, que encontramos en nuestras propias artes y leyendas?



Antigua representación mexicana de un elefante, o de una figura ornada con una máscara de elefante.

En su libro *The Shadow of Atlantic,* A. Braghine sugiere la existencia de otra relación entre elefantes y mamuts y las variaciones ocurridas en la superficie terrestre en la misma época del supuesto hundimiento de la Atlántida, y traza un paralelo entre los numerosos mamuts que se han hallado congelados en Siberia, de una antigüedad de unos doce mil años, y un campo entero de huesos de mastodonte que ha aparecido en Colombia, cerca de Bogotá. Braghine piensa que todos esos animales murieron a consecuencia de un súbito cambio climático. Algunos de los mamuts siberianos aparecieron de pie, congelados y con restos de comida sin digerir en sus estómagos. Pero este tipo de alimentos ya no existe en aquella región. Por otra parte, se ha sugerido que pudieran haberse ahogado en un mar de lodo que posteriormente se congeló. Braghine piensa que la repentina muerte de los mastodontes se debió a una súbita elevación del terreno en que pastaban, como lo indica la cantidad de huesos hallados en un solo lugar cerca de Bogotá. Se calcula que ambos fenómenos —la elevación de Sudamérica y la inundación de los pantanos siberianos— fueron acontecimientos contemporáneos aproximadamente al momento en que, según Platón, se habría producido el hundimiento de la Atlántida.

Se ha citado el caso de animales menores que también servirían de prueba para la teoría de que la tierra estaba unida allí donde hoy hay océanos. En Europa, el Norte de África y en las islas del Atlántico, aparece el mismo tipo de gusanos de tierra. Tanto en América como en Europa se puede encontrar un mismo crustáceo de agua dulce, y hay ciertas especies de escarabajos excavadores que sólo se desarrollan en América, África y el Mediterráneo. De las mariposas halladas en las islas Azores y Canarias, dos terceras partes son iguales a las de Europa y alrededor de una quinta parte a las de América. Hay un molusco, llamado *oleacinida,* que sólo existe en América Central, las Antillas, Portugal y en las Azores y Canarias. Dado que los moluscos están pegados a las rocas y salientes próximos a la costa y sólo se desplazan a otros lugares cuando encuentran determinadas temperaturas, tienen que haber existido algunos puentes terrestres que explicarían la presencia de estos moluscos, en puntos tan distantes unos de otros.

En una caverna de la isla de Lanzarote, cerca de la Cueva de los Verdes, en las islas Canarias, existe un estanque de agua salada en el que habitan unos pequeños crustáceos llamados *munidopsis polymorpha* que son ciegos y que no existen en ningún otro lugar. Otras especies, similares a la anterior pero no ciegas, los *munidopsis tridentata,* viven en lo que podría ser la salida submarina de esta laguna atlántica, situada casi a una milla de distancia, en el océano. Los científicos que han estudiado este fenómeno piensan que los munidopsis ciegos quedaron atrapados en el estanque subterráneo hace miles de años y perdieron gradualmente la vista.

Cuando el descubrimiento de las islas Azores, se encontraron allí conejos, lo que

sugiere la existencia de algún tipo de conexión terrestre, a no ser que los cartagineses los hubiesen importado, cosa que parece improbable.

Volviendo a los animales de gran tamaño, la presencia de hombres, vacunos, ovejas y perros en las islas Canarias, en la época de su descubrimiento en el siglo XIV sería más fácil de explicar, ya que las islas se encuentran relativamente cerca de África. Sólo un punto oscuro: cuando fueron descubiertas, los habitantes de las islas Canarias *no poseían embarcaciones,* lo que no deja de extrañar tratándose de isleños.

Por otra parte, mar adentro frente a las Azores suelen verse focas, a pesar de que generalmente esos animales no suelen abandonar la costa. La hipótesis atlántica explicaría que, probablemente, las focas habrían seguido una línea costera que prácticamente unía el Viejo y el Nuevo Mundo, para luego quedar prisioneras, como otras especies, a causa de la catástrofe. A este respecto cabe recordar el informe de Aeliano acerca de los "carneros de mar", con cuyas pieles se confeccionaban las cintas que llevaban en torno a la cabeza los "gobernantes de la Atlántida".

¿Es posible que toda la fauna de las islas atlánticas -moluscos, crustáceos, mariposas, conejos, cabras, focas y personas— corresponda a sobrevivientes en cumbres montañosas de un continente sumergido?

Por último, hay que considerar la cuestión de la propia Edad de Bronce. El hombre comenzó a usar esta aleación de cobre y estaño muchos siglos antes de utilizar el hierro. Por otra parte, el uso del bronce era común en el norte de Europa y en Europa occidental, así como en el Mediterráneo, y tanto los incas del Perú como los aztecas de México lo conocían. Las culturas de la Edad de Bronce de España, Francia, Italia, África del Norte, e incluso Europa del Norte, nos están proporcionando constantemente pruebas de la existencia de una civilización mucho más avanzada de lo que antes se suponía.

Si bien, por lo que sabemos, los indios de América nunca utilizaron el bronce, en cambio produjeron ciertas amalgamas de cobre. Las minas cercanas al lago Superior presentan indicios de minería cuprífera que datan del año 6000 a.C. Otros pueblos indios eran hábiles metalúrgicos, y los de México y América Central nos han legado hermosos y complejos utensilios y joyas fabricadas con metales preciosos. Los incas extrajeron enormes cantidades de oro y plata de sus minas y no las utilizaron para acuñar moneda, sino para fabricar artículos de gran belleza en los que se advierte un afán religioso de dar realce a la Casa imperial. Al oro le llamaban "Lágrimas del Sol" y a la plata "Lágrimas -de la Luna". Según los primeros testimonios de los conquistadores españoles, en los jardines del inca existían árboles de plata admirablemente labrados en los que se posaban pájaros de oro.

Aparentemente, el uso del hierro forjado tuvo su origen en Asia Central y se difundió hacia el Este y el Oeste, mientras su predecesor, el bronce, se extendió por un gran círculo alrededor del Atlántico, que parte desde América hacia Europa del Norte y se adentra en el Mediterráneo.

La cultura etrusca constituye un ejemplo particularmente interesante del bronce mediterráneo, con carretas y armas de ese metal que no pudieron resistir a los romanos, y a partir de entonces se desvanecieron en la historia, dejando documentos escritos en un alfabeto que aún no había sido traducido. No deja de ser una extraordinaria coincidencia que Platón mencione específicamente el país de los etruscos, Liguria, como una de las colonias de la Atlántida.

La cultura de la Edad de Bronce se extendió por el norte de África y llegó hasta Nigeria, donde el antiguo pueblo Yoruba desarrolló una avanzada y elaborada civilización. Entre otras estatuas de bronce encontradas en Ife, Nigeria, una de las más interesantes es la cabeza de Olokun, dios del mar y, como Poseidón, señor también de los mares... y de los terremotos.

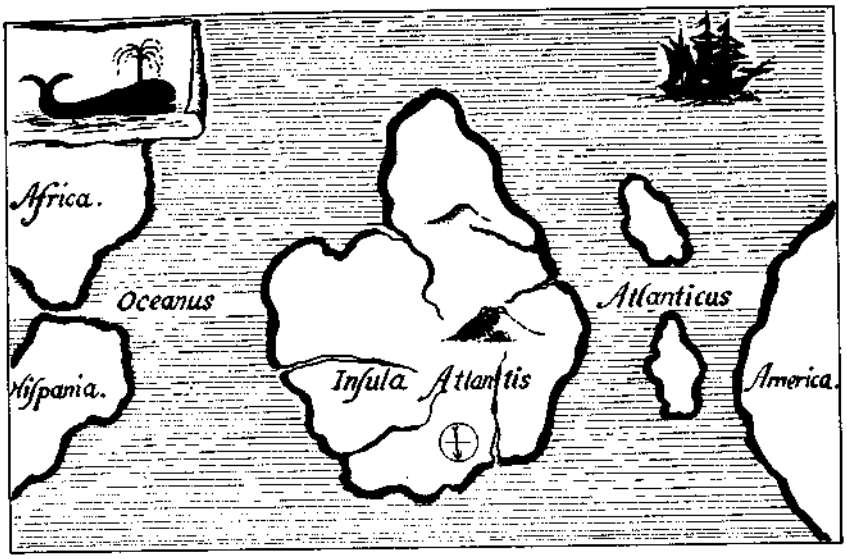
Cuando uno considera las similitudes que existen entre las diversas culturas de la Edad de Bronce prehistórica en términos de un arco extendido alrededor del Atlántico oriental y su "entrada", el Mediterráneo, habría que recordar también la similitud de nombres que describen en líneas gruesas el mismo arco: Atlas, Antilla, Avalón, Arallu, Ys, Lyonesse, Az, Ad, Atlantic, Atalaya, y otros "americanos", como Aztlán, Atlán, Tlapallan, etc. Son nombres que se aplican a una tierra o paraíso perdidos, al emplazamiento original o al territorio desde el cual llegaron los maestros, que estaría localizado en el mar de Oriente u Occidente, según la orilla del océano de donde provienen las leyendas. ¡Cuántas cosas explicaría la Atlántida si estuviésemos tratando de resolver algunos de los misterios de la

Prehistoria! Siguiendo la hipótesis de un punto central en el Atlántico desde el que habría crecido y a partir del cual se habría difundido una importante civilización prehistórica, desaparecida posteriormente a causa de una catástrofe, podríamos explicar ciertas asombrosas coincidencias culturales y algunas leyendas comunes sobre inundaciones en el Nuevo y el Viejo Mundo, la distribución de algunos animales y pueblos; la elevación y hundimiento de masas terrestres, los indicios de retrocesos de la civilización; de conocimientos y técnicas perdidas que sólo se conservan en leyendas; las evidencias de un arte muy elaborado que habría existido en períodos prehistóricos, y en una palabra, el origen y propagación de la civilización misma. Sin embargo, por muy plausible que nos resulte esta hipótesis, queda aún en el terreno de la pura teoría debido a la falta de pruebas más concluyentes. Y las teorías necesitan demostración.

A lo largo de nuestra investigación científica del presente, mirando hacia el futuro, hemos alcanzado una situación en que estamos inconmensurablemente mejor equipados para reexaminar el pasado. La fecha del origen de la civilización ha sido llevada más y más atrás en el tiempo, hasta un punto que antes era del dominio de las leyendas, hasta una antigüedad tan remota que resulta más o menos equivalente a la época que señalara Platón para el hundimiento de la Atlántida. En otras palabras, por medio del conocimiento moderno y de la investigación arqueológica, las técnicas de precisión del tiempo, la interpretación de textos in-descifrados gracias al uso de computadoras, y los nuevos recursos al alcance de la investigación submarina, ahora nos encontramos en mejor posición que nunca en nuestra historia para descubrir el punto de partida de la civilización. Al mismo tiempo, también podemos comprobar o descartar la teoría de la Atlántida, porque aun cuando algunos supuestos anteriores acerca de la isla-continente se han visto desacreditados por nuevos estudios, otros descubrimientos y aconteceres han venido a reafirmar ciertos aspectos de la teoría atlántica y a sugerir otros completamente nuevos.

Algunas teorías sobre la Atlántida

Desde la época del descubrimiento de América hasta hoy, filósofos y escritores nos han ofrecido sus teorías acerca de la Atlántida. Por ejemplo, Francis Bacon, en *The New Atlantis* (1638) opinaba que la Atlántida de Platón era, sencillamente, América. La trama de Shakespeare en "La Tempestad", que tiene lugar en una isla del Atlántico, se atribuye algunas veces al renovado interés en el continente sumergido y en las islas perdidas de ese océano. Más tarde, en 1665, el padre Kircher, un jesuita y estudioso de esta cuestión, opinó en favor de la teoría de que la Atlántida era una isla del Atlántico y nos leyó un famoso mapa en que la hace aparecer en su relación con Europa y América. Desde nuestro punto de vista, el mapa está al revés, ya que el Sur aparece en la parte superior.



Mapa del padre Kircher (siglo XVII), que representa la Atlántida ¿on una inscripción en la que se lee: "Lugar donde se hallaba la isla de la Atlántida, ahora sumergida en el mar, según la creencia de los egipcios y la descripción de Platón".

El propio Voltaire entra aquí en escena, o por lo menos eso parece, ya que existe una dedicatoria al filósofo en un estudio sobre la Atlántida del astrónomo Jean Bailly, que vivió antes de la Revolución Francesa y que situaba la isla-continente en el extremo Norte, cuando el Ártico era tropical. Al parecer, Voltaire compartía la opinión de Bailly, aunque es difícil comprobarlo, debido a su falta de fe en la mayor parte de las instituciones de su época.

Es bien sabido que ciertas zonas del Ártico y el Antártico *eran* tropicales. En Alaska, el norte de Canadá y Groenlandia, en algunas excavaciones se han descubierto tigres de Bengala y otros animales cuyo hábitat exige un clima más cálido. Sin embargo, esta circunstancia en sí misma no está inmediatamente relacionada con el tema de la Atlántida, salvo porque constituye otro indicio de los grandes cambios climáticos ocurridos en el mundo.

En el siglo XIX aparecieron entre otras teorías más modernas, dos escuelas importantes: una se basaba en el supuesto de que el continente sumergido sería una isla atlántica, un puente entre América y Europa, y la otra presumía que había estado situada en el norte o el noroeste de África, cuando el Sahara no era todavía un desierto.

La primera teoría recibió un impulso considerable en 1882, a raíz de la publicación del libro de Ignatious Donnelly *Atlantis, Myths of the Antediluvian World,* del que se hicieron cincuenta ediciones y que aún se sigue publicando. La obra ha tenido tanta influencia sobre los estudios realizados en esta materia que, pese a sus frecuentes errores y entusiastas exageraciones merece ser considerada atentamente e incluso con simpatía, teniendo en cuenta la época en que fue escrita. El brío y la convicción con que está escrita no han sido igualados.

Posiblemente Donnelly se vio influido por Bory de Saint-Vincent, autor de un artículo publicado en 1803 en que indicaba que las Azores y las Canarias eran restos de la Atlántida, y de un mapa de la isla sumergida que se apoyaba en la información recibida de los autores clásicos. Es probable que también influyeran en él dos estudiosos franceses, Brasseur de Bourbourg y Le Plongeon, que vivieron en México y Guatemala, aprendieron la lengua maya y luego hicieron traducciones interpretativas y no comprobadas de partes de los documentos mayas, para demostrar que ese pueblo era descendiente de fugitivos de la Atlántida. Donnelly pudo también tener en cuenta a Hosea (1875), un estudioso norteamericano que comparó las culturas indias de América con la de Egipto.

Donnelly formuló la teoría de que la Atlántida fue la primera civilización mundial, la potencia colonizadora y civilizadora del litoral atlántico, de las costas del Mediterráneo, el Caucase, América Central y del Sur, el valle del Mississippi, el Báltico e incluso la India y partes de Asia Central. Fue también el lugar donde se inventó el alfabeto. Su catastrófico hundimiento habría sido un hecho histórico, inmortalizado en las leyendas de las inundaciones, y los mitos y leyendas de la Antigüedad constituirían simplemente una

versión oscura y confusa de la verdadera historia atlántica.

También intentó una aproximación científica al tema, examinando la viabilidad de la versión de Platón y estudiando los terremotos y hundimientos con caracteres de cataclismo que registra la historia, así como el surgimiento y desaparición de islas en el mar.

Como prueba de que es posible que se produzcan desapariciones tan colosales como aquélla, examina algunos terremotos que provocaron hundimientos de tierra en el pasado, en Java, Sumatra, Sicilia y en una zona de 5000 kilómetros cuadrados en el Indico.

Sin embargo, para él, el océano Atlántico es la zona más inestable y cambiante de todas. Menciona los terremotos del siglo XVIII en Islandia y la aparición de una isla que fue reclamada por el rey de Dinamarca pero que volvió a sumergirse, Durante el siglo XIX, las islas Canarias, que "probablemente formaban parte del imperio atlántico original", fueron sacudidas durante cinco años por terremotos. Describiendo el terremoto de Lisboa, en el siglo XVIII, dice:

...En seis minutos murieron 60.000 personas. Muchas de ellas trataron de ponerse a salvo sobre un nuevo muelle construido enteramente de mármol, pero repentinamente se hundió, arrastrándoles consigo y sin que ninguno de sus cadáveres volviera a la superficie. Cerca de allí había una gran cantidad de pequeñas embarcaciones y lanchas, llenas de gente. De pronto, desaparecieron como tragadas por un remolino.

Jamás se encontraron fragmentos de estos naufragios. En el punto donde se hundió el muelle el agua tiene ahora doscientos metros de profundidad. La zona afectada por el terremoto era muy grande. Humboldt dice que una parte de la *superficie de la Tierra, cuatro veces mayor que Europa, fue sacudida al mismo tiempo.* Esta zona se extendía desde el Báltico hasta las Indias Occidentales y desde Canadá hasta Argelia. La tierra se abrió a ocho leguas de Marruecos, se tragó una ciudad de diez mil habitantes y luego volvió a cerrarse sobre ella.

Es muy posible que el centro de la convulsión estuviese en el fondo del Atlántico y que se tratara de la continuación de la gran agonía terrestre que, miles de años antes, acarreó gran destrucción sobre aquella tierra.

La descripción que Donnelly hace del cinturón sísmico del Atlántico prosigue así:

Mientras Lisboa *e* Irlanda, situadas al este del Atlántico, están sometidas a estas grandes sacudidas sísmicas, las islas de las Indias Occidentales, que se encuentran al oeste del mismo centro, han experimentado repetidamente fenómenos similares. En 1692, Jamaica sufrió un violento temblor... Una franja de tierra próxima a la ciudad de Port-Royal, de una extensión aproximada de 400 hectáreas, se hundió en menos de un minuto y el mar lo cubrió todo, inmediatamente.

Aunque Donnelly, que escribía en 1882, no podía prever la destrucción de la Martinica ocasionada por el monte Pelee en 1901, cabe presumir que su tristeza por las muertes se habría visto mitigada por el refrendo que la catástrofe prestaba a sus teorías. Cuando se refiere a las Azores, "indudablemente las cumbres de las montañas de la Atlántida", considera que los volcanes que hundieron la isla-continente podrían reservarnos una sorpresa en el futuro:

...En 1808 surgió repentinamente un volcán en San Jorge, alcanzando la altura de 1.100 metros. Estuvo en erupción durante seis días, causando la desolación de toda la isla. En 1811 apareció otro desde el mar, cerca de San Miguel, dando lugar a una isla de cien metros de altura que recibió el nombre de Sambrina pero que rápidamente se hundió en el océano. Erupciones similares habían ocurrido en las Azores entre 1691 y 1720.

Hay una gran línea, una vasta fractura en la superficie del globo, que se extiende de Norte a Sur por el Atlántico y en la que hallamos una serie ininterrumpida de volcanes activos o extinguidos. En Islandia se halla el Oerafa, el Hecla y el Rauda Kamba, hay otro en Pico, en las Azores, luego está la cumbre de Tenerife y Fuego, en una de las islas de Cabo Verde. En cuanto a volcanes extinguidos, hallamos varios en Islandia y dos en Madeira. Por otra parte, Fernando de Noronha, la isla de Ascensión, Santa Helena y Tristán de Acunha son todas de origen volcánico...

Estos hechos parecen demostrar que los grandes fuegos que destruyeron la Atlántida están todavía latentes en las profundidades del océano; que las intensas oscilaciones que provocaron el hundimiento en el mar del continente de Platón, podrían provocar de nuevo su inmersión con todos sus tesoros escondidos...

Además de dar a entender que la difusión de ciertos animales es una prueba de la existencia de los "puentes terrestres" a través del Atlántico, Donnelly sugiere que el

plátano y otras plantas sin semilla fueron llevadas a América por el hombre civilizado, y cita al profesor Kuntze:

Una planta que no posee semillas debe haber sido cultivada *durante un período muy largo.* No tenemos en Europa una sola planta cultivada que carezca de semillas, y por lo tanto es quizás acertado suponer que dichas plantas *fueron cultivadas ya en los comienzos de la segunda parte del período diluvial.*

Donnelly agrega, de manera categórica:

...Encontramos esa civilización, tal como lo indica Platón, y precisamente en un clima como ése, en la Atlántida y en ningún otro sitio. Se extendía, a través de las islas contiguas, hasta una distancia de 390 kilómetros de la costa de Europa por un lado y por el otro casi tocaba las islas de las Indias Occidentales, mientras que por intermedio de sus cadenas montañosas realizaba la unión de Brasil y África.

Donnelly examinó detalladamente las leyendas sobre inundaciones existentes en el mundo y su similitud, que para él es una prueba más del hundimiento de la Atlántida, y señaló un detalle: la formación de lodo que siguió a la inundación y que según Platón (y los fenicios) imposibilitó la navegación por el Atlántico, después de la desaparición de la isla.

Este es uno de los puntos de la narración de Platón que provocó la incredulidad y la burla de los antiguos e incluso de la época moderna. En la leyenda caldea encontramos algo semejante: Kasiastra dice: "Miré atentamente hacia el mar, y la Humanidad entera había retornado al barro". En las leyendas del Popol Vuh se nos dice que "desde el cielo se precipitó una sustancia espesa como resina".

Las *exploraciones del barco* Challenger *muestran que la totalidad de la cordillera sumergida de la que forma parte la Atlántida sigue hasta hoy cubierta de restos volcánicos.*
Basta con recordar las ciudades de Pompeya y Hercula-no, que estaban cubiertas con tal masa de cenizas volcánicas, debidas de las erupciones del año 79 a.C., que permanecieron durante diecisiete siglos enterradas a una profundidad de entre cinco y diez metros...
...En 1783 la erupción volcánica de Islandia cubrió el mar de piedra pómez, en un diámetro de 240 kilómetros y los barcos tenían grandes dificultades para navegar.
...La erupción de la isla de Sumbawa, en abril de 1815, arrojó ...una masa de setenta centímetros de altura y varios kilómetros de extensión, por la cual los barcos tenían gran dificultad para avanzar.
Hay que pensar, entonces, que la afirmación de Platón, que ha sido ridiculizada por los estudiosos, es uno de los elementos que corroboran su versión. Es probable que los barcos de los atlantes, en su regreso después de la tempestad, hallaran el océano infranqueable, debido a las masas de cenizas volcánicas y piedra pómez, y retornaran horrorizados a las costas de Europa. La conmoción que experimentó la civilización se tradujo probablemente en uno de esos periodos de retroceso en la historia de la Humanidad en que se perdió todo contacto con el hemisferio occidental.

Llevado de su entusiasmo por esta teoría atlántica como interpretación de la historia, Donnelly sostuvo que hasta una época muy reciente,

...casi todas las artes esenciales de nuestra civilización proceden de los tiempos de la Atlántida, sin duda de aquella antigua cultura egipcia que coincidió con la atlántica y fue resultado de ella.
Durante seis mil años, el mundo no hizo ningún progreso respecto de la civilización que habían legado los Atlantes.

Al subrayar la antigüedad de los importantes adelantos que consiguió la primitiva civilización, sugiere que todos provienen de un punto central y afirma:

...No puedo creer que los grandes inventos se realizaron en varios lugares, a la vez de forma espontánea, como algunos quisieron hacernos creer. No hay verdad alguna en la teoría de que los hombres, urgidos por la necesidad, siempre han de inventar las mismas cosas para satisfacer sus necesidades. Si así fuese, todos los salvajes habrían inventado el boomerang, todos poseerían objetos de cerámica, arcos y flechas, hondas, tiendas y canoas. En una palabra, todas las razas habrían alcanzado la civilización, porque sin duda las comodidades de la vida resultan igualmente agradables para todos los pueblos.
...Cada una de las razas civilizadas del mundo ha tenido algún tipo de civilización, incluso en su época más primitiva, y de la misma forma que todos los caminos llevan a Roma, todas las líneas convergentes de la civilización conducen a la Atlántida...

Como prueba de la expansión de la cultura atlántica hacia ambas orillas del Atlántico, argumenta:

...Si en ambas orillas del Atlántico encontramos precisamente las mismas artes, ciencias, creencias religiosas, hábitos, costumbres y tradiciones, resulta absurdo decir que los pueblos de los dos continentes alcanzaron en forma separada y siguiendo exactamente los mismos pasos, justamente los mismos fines...

Luego prosigue indicando numerosos paralelismos muy convincentes entre la América India y el Viejo Mundo en materia de leyendas, religión (especialmente la adoración del Sol), magia, creencia en espíritus y demonios, la tradición del Jardín del Edén, la reiterada presencia de ciertos símbolos, como la cruz y la svástica, ritos fúnebres y momificación, e incluso tradiciones seudomédicas, como la circuncisión, el parto simulado del padre —coincidiendo con el parto real de la madre—, y el fajado de las cabezas de los niños para producir cráneos alargados. Todo ello era común a pueblos tan distantes como los mayas, los incas, los antiguos celtas y los egipcios. En esto puede haberse visto directamente inspirado por Platón. Al discutir la leyenda de Faetón, que condujo el carro solar de su padre a través de los cielos y que, al no poder controlar los caballos fue destruido, dice el filósofo: "Aunque en forma de mito, estaba realmente relacionado con las acciones de los cuerpos celestes y los reiterados desastres de las conflagraciones". Para Donnelly, todos los mitos griegos son parte de la historia. Sostiene que la Atlántida es la clave de la mitología griega, y que los dioses y diosas griegos, "que nacen, comen y beben, hacen el amor, fascinan, roban y mueren", eran un confuso recuerdo de las hazañas de los gobernantes atlánticos. "La mitología griega es una historia de reyes, reinas y princesas, de amores, adulterios, rebeliones, guerras, asesinatos, viajes por mar y colonizaciones de palacios, templos, talleres y herrerías; de fabricación de espadas, de grabado y metalurgia; de vino, cebada, trigo, vacunos, ovejas, caballos y agricultura en general. ¿Quién puede dudar de que la mitología griega en su conjunto es el recuerdo que una raza degenerada conservó de un imperio vasto, poderoso, y muy civilizado, que en un pasado remoto cubrió grandes extensiones de Europa, Asia, África y América?..."

Propone una atractiva explicación de la forma en que las figuras históricas atlánticas se convirtieron en dioses de otras naciones y sugiere este ejemplo (recordemos que escribía en una época en que el Imperio Británico estaba en el apogeo de su poderío): "... Supongamos que Gran Bretaña sufre mañana un destino semejante. ¡En qué terrible consternación se verían sumidas las colonias y la familia humana toda!... Guillermo el Conquistador, Ricardo Corazón de León, Alfredo el Grande, Cromwell y la reina Victoria podrían sobrevivir solamente como los dioses o demonios de las razas posteriores, pero la memoria del cataclismo en que pereció instantáneamente el centro de un imperio universal jamás se borraría; sobreviviría en fragmentos, más o menos completos, en cada región de la Tierra..."

Cincuenta años más tarde, el escritor francés Edgar Daqué se hizo eco de la teoría de Donnelly en el sentido de que los relatos sobre los dioses griegos eran verdadera historia. Daqué estudió, entre otras teorías geográficas, la leyenda de las Pléyades, las hijas de Atlas que se convierten en estrellas. Para él se trataba de una alegoría para explicar la desaparición de algunos fragmentos de la cadena montañosa del Atlas bajo el mar. En otras palabras, ciertas partes del cuerpo de Atlas, sus hijas, desaparecieron y se convirtieron en estrellas —las Pléyades— mientras sus formas anteriores, de la época en que eran montañas, yacen todavía sumergidas en el Atlántico. Explica también la petición de oro que hizo Hércules a las Hespérides, como una alegoría del comercio griego con una cultura más avanzada del Atlántico. En su opinión, las manzanas de oro eran naranjas o limones, y la cultura occidental (la Atlántida) tenía probablemente grados distintos y "variedades mejor desarrolladas de frutas y productos que habrían provocado la envidia de las razas mediterráneas más pobres...". Viene a la memoria la teoría del supuesto cultivo del plátano y la pina en la Atlántida, y es de notar que en italiano el tomate —desconocido en Europa antes del descubrimiento de América— se llama *pomodoro,* "manzana de oro".

Donnelly afirmó también que los dioses fenicios eran recuerdos de los gobernantes de la Atlántida y que los fenicios estaban más cerca de los atlantes que los griegos y, de hecho, sirvieron de vehículo para la transmisión de los elementos de la cultura más antigua a griegos, egipcios, hebreos y otros. "... El territorio que cubría el comercio de los fenicios representa, hasta cierto punto, el área del viejo imperio atlántico. Sus colonias y centros comerciales se extendían hacia Oriente y Occidente, desde las costas del Mar Negro, a través del Mediterráneo, hacia la costa occidental de África y España y alrededor

de Irlanda e Inglaterra. Por el Norte y el Sur llegaban desde el Báltico hasta el Golfo Pérsico... Estrabón calculaba que contaban con trescientas ciudades a lo largo de la costa occidental de África..."

Relaciona claramente a Colón —que, según cierta teoría que circula en el mundo de habla española era de origen judío— con los semitas fenicios y dice:

"...Cuando Colón se hizo a la mar para descubrir el Nuevo Mundo, o redescubrir uno viejo, partió de un puerto fenicio fundado por aquella gran raza, dos mil quinientos años antes. Este marino atlántico, de rasgos fenicios y que navegaba desde un puerto atlántico, simplemente volvió a cubrir la ruta del comercio y la colonización que había" quedado cerrada cuando la isla de Platón se hundió en el mar...".

Donnelly considera el imperio atlántico como un mundo prehistórico que se extendía por la mayor parte de la tierra. Casi toda su obra está dedicada a rastrear leyendas, influencias e incluso reliquias de los atlantes, especialmente en Perú, Colombia, Bolivia, América Central, México y el Valle del Mississippi, en que relacionó la cultura de los constructores de promontorios con la isla-continente. Las buscó en Irlanda, España, África del Norte, Egipto y especialmente en la Italia pre-romana, Gran Bretaña, las regiones del Báltico, Arabia, Mesopotamia, e incluso la India.

Con gran elocuencia, escribió:

"... Un imperio que llegaba desde los Andes hasta Indostán...; en su mercado se encontraba maíz del valle del Mississippi, cobre del lago Superior, oro y plata de Perú y México, especies de la India, estaño de Gales y Cornualles, bronce de Iberia, ámbar del Báltico, trigo y cebada de Grecia, Italia y Suiza..."

Sus entusiastas opiniones son casi contagiosas, cuando habla de los atlantes como "...los fundadores de casi todas nuestras artes y ciencias; eran los padres de nuestras creencias fundamentales; los primeros civilizadores, navegantes, mercaderes y colonizadores de la Tierra; su civilización tenía ya gran antigüedad en los primeros tiempos de la civilización egipcia, y habrían de pasar miles de años antes de que nadie soñara con Babilonia, Roma o Londres. Este pueblo perdido era nuestro antepasado; su sangre corre por nuestras venas, las palabras que usamos a diario fueron escuchadas en su forma primitiva en sus ciudades, cortes y templos. Cada rasgo de raza, y pensamiento, de sangre y creencia, nos hace retornar a ellos...".

Llevado por su afán de demostrar la teoría que con tanto entusiasmo creía Donnelly —y muchos otros que la comparten— imaginó a menudo similitudes culturales y raciales que posteriormente han sido desmentidas. En especial, las relaciones lingüísticas, que frecuentemente han resultado erróneas. La traducción del código troano maya, es un buen ejemplo de los extremos en que pueden desembocar los investigadores llevados de una idea preconcebida. El código es la primera parte de los únicos tres documentos mayas escritos que escaparon a la conflagración general iniciada por el obispo Landa, que ocupaba la diócesis de Yucatán en el siglo XVI. La traducción fue intentada por Brasseur de Bourbourg y luego por Le Plongeon, ambos en el siglo XIX, durante su investigación sobre el tema de la Atlántida y en su intento de relacionar la civilización maya del Yucatán con la de los atlantes. Brasseur de Bourbourg descubrió en los archivos de Madrid, en 1864, un alfabeto maya recopilado por el obispo Landa, quien paradójicamente fue el que más hizo por destruir toda la literatura maya. Este alfabeto estaba basado en un concepto totalmente erróneo, debido a que Landa, cuando intentó descifrarlo, no advirtió que los mayas probablemente carecían de abecedario y tal vez utilizaban una mezcla de jeroglíficos y símbolos fonéticos. De ahí que, al preguntar por el equivalente de las letras *a, b, c,* etc., Landa sólo obtuvo que los indios le dijeran *la palabra* maya que más se acercara al sonido de la palabra española equivalente a *a, b, c,* etc., y le entregaran simplemente una colección de sonidos breves que no tenían relación alguna con un alfabeto ni con un sistema fonético. Esto ilustra sobre el peligro de trabajar con "informadores nativos" que no entienden el propósito de las preguntas que se les hacen. Brasseur de Bourbourg aplicó este alfabeto erróneo al idioma maya, que él hablaba, e hizo una traducción del código troano, que posteriormente influyó de manera notable en Donnelly y otros. Esta es su versión:

En el sexto año de Can, en el undécimo Muluc del mes de Zac, hubo pavorosos terremotos que continuaron hasta el decimotercero Chuen. La tierra de las colinas de arcilla, Mu, y la tierra de Moud sufrieron el seísmo. Se vieron sacudidas dos veces y por la noche desaparecieron repentinamente. La

corteza de la Tierra fue repetidamente levantada y hundida en varios puntos por las fuerzas subterráneas, hasta que no pudo resistir las tensiones y muchos países quedaron separados por profundas grietas. Finalmente, ninguna de las dos provincias pudo resistir y ambas se hundieron en el océano, arrastrando a 64 millones de habitantes. Ocurrió hace 8060 años.

Augustus Le Plongeon, otro arqueólogo francés que conocía la lengua maya y que se dedicó a la exploración y excavación de ciudades de aquella civilización, también inventó una traducción del mismo material; su versión es la siguiente: "En el año 6 Kan, en el undécimo Muluc, en el mes Zac, hubo terribles terremotos, que continuaron sin interrupción hasta el decimotercero Chuen. El país de las colinas de barro, la tierra de Mud, fue sacrificado: luego de ser levantado en dos ocasiones, desapareció durante la noche y el valle se vio continuamente sacudido por fuerzas volcánicas. Como era un lugar muy estrecho, la tierra se levantó y hundió varias veces en distintos sitios. Por último, la superficie cedió y diez países resultaron partidos y separados. Incapaces de soportar la fuerza de la convulsión se hundieron con sus 64 millones de habitantes, 8060 años antes de que este libro fuera escrito".

Además, Le Plongeon intentó una traducción interpretativa, basada en el antiguo sistema egipcio de jeroglíficos de la pirámide Xochicalco, cercana a Ciudad de México. Así decía la traducción: "Una tierra del océano es destruida y sus habitantes son asesinados para convertirlos en polvo..."

Estas "traducciones" de Brasseur y Le Plongeon se citaban muy frecuentemente y, sin duda, eran conocidas por Donnelly.

No se puede menos que preguntar cómo es posible que unos especialistas tan serios, que se tomaron el trabajo de aprender lenguas indígenas americanas y exploraron activamente las ruinas selváticas del imperio maya, pudieron traducir en forma deliberadamente errónea ciertas inscripciones para obtener fama o ventajas personales. Tal vez no las tradujeron mal a conciencia, y únicamente las interpretaron de acuerdo con la tesis que estaban tratando de demostrar. En otras palabras, vieron en las inscripciones lo que querían ver, cosa que no les ocurre solamente a los atlantólogos.

Hasta hoy, ninguno de los manuscritos o inscripciones mayas han podido ser descifrados, aunque parece que los arqueólogos rusos están tratando de hacerlo por medio de computadoras.

Lewis Spence, un estudiante escocés de mitología que escribió cinco libros sobre la Atlántida, entre 1924 y 1942, cree que no existió una isla-continente, sino dos: una en el lugar señalado por Platón y otra cerca de las Antillas (llamada Antillia), en los alrededores del actual Mar de los Sargazos. Esta tesis que sostiene la existencia de varias masas terrestres atlánticas es compartida por otros teóricos, que suponen que la isla no se hundió toda de una vez, sino tras una serie de cataclismos espaciados en el tiempo que produjeron una remodelación de la superficie de la Tierra que todavía está en curso.

Spence dedicó gran parte de su investigación a la mitología comparativa, especialmente con el fin de relacionar las leyendas precolombinas de las tribus y naciones americanas con leyendas del Viejo Mundo, no sólo las de las culturas mediterráneas, sino también las del Norte celta, que él, como mitólogo escocés, estaba perfectamente capacitado para representar.

Desde su privilegiada posición, Spence destacó tantos puntos coincidentes entre estas leyendas, que uno no puede por menos que llegar a la convicción de que, o existió una intensa comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo antes del descubrimiento de Colón, o cada Hemisferio desarrolló sus leyendas a partir de un punto central, que luego desapareció. Por ejemplo, véanse las similitudes que se señalan entre Quetzalcóatl, el dios tolteca que llevó la civilización a México y que regresó a Tlapallan, su lugar de origen en el mar oriental, y Atlas, tan importante en las leyendas que se refieren a la Atlántida. El padre de Atlas era Poseidón, dios del mar, en tanto que el padre de Quetzalcóatl era Gucumatz, una deidad del océano y del terremoto, "la serpiente antigua... que vive en la profundidad del océano". Quetzalcóatl y Atlas eran mellizos, ambos se representaban con barba y cada uno de ellos *sostenía el cielo.*

Un aspecto particularmente interesante de las teorías de Spence acerca de la Atlántida se refiere a las oleadas de inmigración cultural que aparentemente llegaron a Europa desde Occidente en ciertos períodos y especialmente alrededor de los años 25.000, 14.000 y 10.000 a.C. Esta última fecha coincide con la del supuesto hundimiento de la Atlántida.

Estos tipos de culturas prehistóricas europeas han recibido los nombres de las localidades en que fueron originalmente descubiertas, como Cro-Magnon o Aurignac, la más antigua, que fue llamada así porque apareció en Cro-Magnon y en una gruta de Aurignac, en el sudoeste de Francia. Esta civilización sorprendentemente avanzada data de hace más de 25.000 años y se difundió a través de ciertos sectores de la Europa sudoccidental, el norte de África y el Mediterráneo oriental. Las pinturas y grabados que aparecen en las paredes de las cavernas sugieren una cultura muy desarrollada que poseía un profundo conocimiento de anatomía. Estas pinturas o bajorrelieves de las cavernas muestran gran preocupación por el toro, que ocupaba un lugar importante en el relato de Platón acerca de la religión atlántica y en las civilizaciones de Creta y de Egipto, donde existía el buey sagrado, Apis. Incluso hoy, 25.000 años después, pese a que ya no es un símbolo religioso, el toro es todavía un elemento importante de la cultura española.

Los cráneos de Cro-Magnon indican que el tipo humano al que pertenecían poseía una capacidad cerebral mucho mayor que la de los habitantes de Europa de la época, casi como si se tratase de una raza de superhombres.

Spence interpreta la cultura magdaleniense de hace alrededor de 16.000 años como una segunda oleada de la inmigración atlántica e indicios de una organización tribal y religiosa bastante desarrollada. Esta oleada también llegó a Europa procedente del Oeste y el Sudoeste.

La tercera oleada, llamada aziliense-tardenoi-siense (por los descubrimientos realizados en Le Mas d'Azil y Tardenois, Francia), data de hace unos 11.500 años; según Spence, eran los antecesores de los iberos que se difundieron por España y otras partes del Mediterráneo, como las montañas Atlas. Los azilienses enterraban a sus muertos mirando hacia Occidente, que era aparentemente el punto desde el cual habían llegado.

En tiempos de los romanos, los habitantes de Italia llamaban "atlantes" a los antiguos iberos. Spence cita a Bodichon, quien observó: "Los atlantes eran, entre los pueblos antiguos, los hijos favoritos de Neptuno (Poseidón). Dieron a conocer (su) culto a otras naciones, como los egipcios, por ejemplo. En otras palabras, los atlantes fueron los primeros navegantes conocidos...".

Las culturas aziliense, magdaleniense y de Cro-magnon son hechos, no teorías. Spence hizo una interesante contribución al estudio de la Atlántida al relacionar las fechas aproximadas que se atribuían a la aparición de esas culturas con la salida de emigrantes de la isla-continente, a raíz de las inmersiones periódicas ocasionadas por la actividad volcánica, inundaciones provocadas por el derretimiento de capas de hielo del período glacial, o por una combinación de ambos fenómenos.

Dado que dichas culturas aparecieron repentinamente en Europa sudoccidental, en distintas épocas, sin duda debían proceder de algún otro lugar, y su expansión hacia Oriente desde la región pirenaica vizcaína indica que su lugar de origen era el Oeste, y más concretamente, una tierra en medio del océano.

La última cultura, la aziliense, parece haber poseído, aparte de una insólita forma de arte "geométrico", una especie de escritura o símbolos trazados en piedras, guijarros y huesos. En el siglo XIV fue descubierto en las islas Canarias lo que pudo ser tal vez una reliquia viva de esas culturas. Los guanches eran blancos, se parecían en estatura a los hombres de Cro-Magnon, adoraban al Sol, tenían una cultura muy desarrollada y correspondiente a la Edad de Piedra y un sistema de escritura, y conservaban una leyenda acerca de una catástrofe universal, de la que eran únicos sobrevivientes.

Desgraciadamente para ellos, su descubrimiento por los europeos constituyó una catástrofe definitiva, de la que no podrían sobrevivir mucho tiempo. Al escribir acerca de la coincidencia en el tiempo entre la supuesta desaparición de la Atlántida y la última aparición de una cultura prehistórica en Europa, Spence dice: "... El hecho de que la fecha del advenimiento de los azilienses-tardenoisienses, según la han calculado las más fiables autoridades en la materia, coincida en general con la que Platón da para la destrucción de la Atlántida puede ser una simple coincidencia". Sin embargo, sigue diciendo que "algunas coincidencias son más extraordinarias que los hechos comprobados".

En general, Spence difundió las teorías de Donnelly pero "rebajando" en cierta forma la Atlántida a una civilización "de la Edad de Piedra", un tanto similar a la del antiguo México y a la de Perú, pero responsable del "complejo cultural" atlántico, algunos de cuyos restos son todavía evidentes en la zona atlántica.

En sus últimos años Spence llegó a obsesionarse con la tradición que se repite en

tantas leyendas y en la Biblia y que se refiere al mundo anterior a la inundación, sosteniendo que los atlantes habían sido destruidos por la ira divina provocada por su maldad. En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, publicó su último libro sobre el tema, con un título que resultaba muy apropiado, dadas las circunstancias: *Wül Europe Follow Atlantis?* ("¿Seguirá Europa a la Atlántida?").

También sugirió que una de las razones que explican la supervivencia de la teoría atlántica es que el "recuerdo de raza" relativo a la isla sumergida fue tal vez heredado, al igual que el que se atribuye a las bandadas de pájaros que todavía parecen buscar el continente perdido como escala en su vuelo migratorio anual a través del océano.

Otras teorías sostienen que cada una de las culturas antiguas cuya existencia se conoce con certeza, como la de la costa occidental de España, la del norte de África, la de África occidental, o la de algunas islas mediterráneas (Creta y recientemente Tera) fueron, según quien fuera el investigador, la verdadera Atlántida y la razón por la que existía la tradición atlántica.

Algunas de estas teorías no niegan la de la isla-continente, ya que la misma existencia de estos antiquísimos y desconocidos centros culturales podría explicarse considerándolos originalmente como colonias atlánticas o lugares de refugio.

Tartessos es uno de los principales "sustitutos" del continente perdido. Se piensa que estaba localizada en la costa atlántica de España, en la desembocadura del río Guadalquivir o en sus alrededores, o en el lugar por donde discurrió el curso del río anteriormente. Era el centro de una próspera y muy desarrollada cultura, especialmente rica en minerales. Tartessos fue capturada por los cartagineses en el año 533 a.C. y posteriormente quedó aislada del resto del mundo.

Los arqueólogos alemanes, especialmente Jos profesores Schultan, Jessen, Hermán y Henning, iniciaron su investigación sobre Tartessos en 1905. Con un verdadero sentido germánico del orden, Jessen dispuso en un cuadro las "pruebas" de que la "Venecia de Occidente" era el modelo de la Atlántida platónica. Elabora una lista de once puntos para demostrar su tesis, comparando lo que dijo el filósofo con lo que Schulten, él mismo y otros descubrieron o concluyeron acerca de Tartessos. Resumidos, sus principales puntos son los siguientes:

Lo que dijo Platón	***Hechos (y supuestos) sobre Tartessos***
1.La Atlántida estaba frente a las Columnas de Hércules.	1.Tartessos era una isla en la desembocadura del Guadalquivir (más allá de las Columnas de Hércules-Gibraltar).
2.Era mayor que el conjunto de Libia y Asia Menor.	*2.*No era una isla sino un enorme monopolio comercial.
3.Era un puente hacia otras islas y hacia el continente que se extendía al otro lado del gran océano.	3.Quienes participaban en el comercio del estaño con Gran Bretaña y otras islas concibieron la idea de que Tartessos era un continente.
4.Su imperio se extendía desde África hasta Egipto y Etruria (en Italia).	4.Tartessos abastecía de metales a todo el Mediterráneo.
5.Desapareció en un solo día, sumergiéndose en el océano.	5.Desapareció al ser conquistada y no dejó rastros que los marinos griegos pudieran advertir.
6.El mar que se extiende sobre ella es inaccesible y no puede ser explorado.	6.Es inaccesible, debido a razones políticas.
7.Un barro muy sólido impide la navegación.	7.Propaganda cartaginesa.
8.La tierra tenía ricos depósitos minerales.	8.Sierra Morena era uno de los depósitos minerales más ricos de la Antigüedad.
9.En la Atlántida existió una extensa red de canales, como nunca había sido vista en Europa.	9.Desde el Guadalquivir irradiaba una notable red de
10.El rey atlántico era el más viejo de su pueblo.	10.Argantonio, el último rey de Tartessos, gobernó durante ochenta años.
11.Había muchas antiguas leyes escritas en la Atlántida, que según se dice fueron promulgadas hace ocho mil años.	11. Estrabón* dice que los turdetanos (Tartessos) "son los más civilizados de los iberos. Conocen la escritura y tienen libros antiguos y también poemas y leyes en verso cuya antigüedad se estima en siete mil años".

* Estrabón, geógrafo e historiador griego (63 8.C.-21 d.C).

Henning, Schulten, y otros especialistas alemanes pensaban que Tartessos no era una colonia atlántica, sino germana, y basaban su creencia en parte en el ámbar del Báltico hallado en los alrededores de Tartessos y en parte en las teorías de otro estudioso alemán que tenía el insólito nombre de Redslob y postulaba que las tribus germánicas de la prehistoria habían navegado frecuentemente por el océano.

La propia Tartessos no ha sido definitivamente localizada, aunque se han encontrado grandes bloques de construcciones en terrenos de sedimentación que estaban demasiado cerca del nivel del agua como para realizar excavaciones prácticas. (¿No nos parece oír un eco del relato platónico acerca del lodo que impedía la navegación?) Los restos de Tartessos pueden hallarse bajo el mar o cubiertos de sedimentación, bajo la tierra misma.

La señora E. M. Wishaw, directora de la escuela Anglo-Hispano-Americana de Arqueología y autora de *Athlantis in Andalusia* (La Atlántida en Andalucía) estudió la zona durante veinticinco años. El descubrimiento de un "templo del Sol" a nueve metros de profundidad en las calles de Sevilla le hizo pensar que Tartessos podría estar enterrada bajo la actual ciudad. De hecho, gran parte de la antigua Roma está enterrada bajo la Roma moderna, Tenochtitlán yace bajo la parte vieja de Ciudad de México, y Herculano se halla debajo de Resina, para mencionar sólo algunos casos en que los arqueólogos desearían destruir el presente para alcanzar el pasado.

En las minas de cobre de Río Tinto, cuya antigüedad se calcula en ocho o diez mil años, pueden observarse otros restos relacionados con la cultura de Tartessos. Algo parecido ocurre con las obras de ingeniería hidráulica próximas a Ronda y con un puerto interior en Niebla, que nos hace pensar en la descripción de Platón de las obras hidráulicas de la Atlántida.

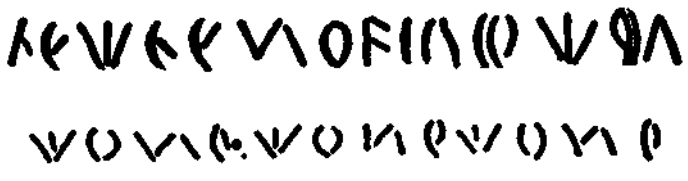
Lejos de coincidir con los investigadores alemanes, que sostenían que la propia Tartessos fue el centro de la leyenda atlántica, la señora Wishaw creía que Tartessos era simplemente una colonia de la verdadera Atlántida:

> Para expresarla concisamente —escribió— mi teoría es que el relato de Platón ha sido corroborado en todas sus partes, por lo que hemos encontrado aquí, incluso el nombre atlántico de su hijo Gadir, que heredó aquella parte del reino de Poseidón que se encuentra más allá de las Columnas de Hércules y que gobernó en Gades (Cádiz)...

Y luego:

> ...Aquel pueblo prehistórico maravillosamente culto, cuya civilización he documentado, resultó de la fusión de los libios de la Antigüedad, que en una etapa anterior a la historia de la Humanidad vinieron a Andalucía desde la Atlánti-da para comprar el oro, la plata y el cobre extraído por los mineros neolíticos de Río Tinto, y en el curso de las generaciones... fundieron las culturas ibérica y africana hasta tal punto, que África y Tartessos resultaron en una raza común, la libio-tartessa.

Se estima que la civilización tartessa contaba con documentos escritos de hasta 6.000 años de antigüedad, y en una aldea de pescadores española cercana a Tartessos, Schulten encontró un anillo con una inscripción que se ha considerado una excelente prueba de la existencia de la escritura.



"Letras" aún no descifradas, encontradas en un anillo cerca del lugar donde estuvo emplazada Tartessos.

La señora Wishaw ha reunido otras inscripciones ibéricas prerromanas (que nadie ha podido todavía traducir) y afirma que alrededor de 150 de estos Signos alfabéticos pueden verse también en las paredes de las cuevas excavadas en roca, en Libia.

Puede que esto no constituya una prueba de la existencia de la Atlántida, pero en cambio sí parece demostrarla existencia de una civilización mediterránea occidental muy antigua y muy poco conocida. Esta cultura presenta muchos aspectos similares a la de la antigua Creta, con la cual tuvo posiblemente algunos contactos. Uno de los hallazgos más notables de la cultura ibérica es el busto llamado "La Dama de Elche", que fue descubierto en el Sur de España, cerca de la ciudad de ese nombre. Algunos piensan que es un retrato

de una sacerdotisa de la Atlántida, y constituye por sí sola una prueba del alto grado de civilización alcanzado por los antiguos habitantes de España.

Se ha sugerido con frecuencia que Esqueria, la tierra de los feacios situada "en el fin del mundo" y que Hornero menciona en *La Odisea,* sirvió a Platón de modelo para su relato de la Atlántida. Muchos aspectos de Esqueria recuerdan la narración platónica: el maravilloso y resplandeciente palacio de Alcino, "hecho de metal"; "las gigantescas y sorprendentes murallas"; el poder marítimo de los feacios, la ciudad construida en una llanura flanqueada por grandes montañas en el Norte e incluso la mención de dos manantiales en el jardín del palacio real.

Subsisten las dudas acerca del emplazamiento de Esqueria. Hornero, al describir la tierra o isla visitada por Ulises en su viaje de regreso después de la guerra de Troya, en el que hizo muchas escalas, estaba repitiendo quizá los relatos que había escuchado en alguno de los diversos lugares que habían conservado una antigua y muy desarrollada civilización. Por ejemplo, Creta, Corfú, Tartessos, Cades, o la propia Atlántida, como sugiere Donnelly.

Sin embargo, y dado que el nombre de Esquena sólo aparece en *La Odisea,* la respuesta podría estar en el significado del nombre.

En fenicio *esquera* significa "intercambio" o "comercio", de manera que la palabra pudo ser utilizada simplemente como una expresión general para describir cualquier centro comercial poco conocido en la época, y tal vez se utilizó para designar lejanos centros occidentales, como Tartessos o Cades, o alguna isla o isla-continente del océano Atlántico.

Pinturas africanas que muestran una forma de arte sorprendentemente elaborada y realizada por algún pueblo hace miles de años, en plena Prehistoria. Resulta especialmente interesante observar que el artista, dotado de un sentido de la línea y la perspectiva muy desarrollado, representó a los animales como un estudio decorativo, pastando pacíficamente, mientras la tosca figura del cazador, que aquí aparece sólo en parte, fue agregada miles de años después.

Hay otras teorías muy misteriosas según las cuales la Atlántida nunca se hundió, que está todavía en tierra firme y que bastaría con llevar a cabo una excavación para encontrarla. Una de las más importantes de estas versiones de "tierra firme" se basa en los cambios climáticos ocurridos en el norte de África. En las montañas Tassili, de Argelia, y en la vecina cadena Acasus, en Libia, hay cavernas con pinturas que datan de hace diez mil años y en las que se reproduce una tierra placentera, muy poblada, llena de ríos y bosques y en la que abundan toda clase de animales africanos, como los que ahora han desaparecido, pero que alguna vez existieron en una región que en la actualidad es tan árida como la superficie de la Luna. Además de los indicios de un completo cambio climático como lo sugieren las pinturas de las cavernas, en su ejecución vemos ciertas similitudes respecto a las de la Europa prehistórica que constatan la existencia de una cultura evolucionada y un largo período preparatorio de desarrollo artístico, que se advierte en el uso de la perspectiva y en la libertad formal. La presencia de una otra gran población coincide con la teoría generalmente aceptada de que, en el actual emplazamiento del desierto existieron alguna vez grandes ríos, bosques e incluso mares interiores. Los restos de estos cursos de agua todavía fluyen bajo las arenas del desierto y las tribus de la región aún conservan el recuerdo de tierras más fértiles. La progresiva aridez del actual norte de África y la supervivencia de gran parte de la costa son las bases de otras teorías francesas que sostienen que tanto Túnez como Argelia poseían un mar interior, abierto al Mediterráneo e incluso conectado con el del Sahara. Otro de estos

mares, el de Túnez, tiene relación con el lago Tritonis, mencionado por diversos autores clásicos, que perdió el agua cuando los diques se quebraron durante un terremoto y finalmente se secaron, convirtiéndose en lo que ahora es un lago pantanoso y poco profundo, el Chott-el-Djerid, en Túnez.

Se cree que el Sahara era el lecho de un antiguo mar y que formaba parte del océano. Los estudios geodésicos realizados bajo los auspicios del gobierno francés demuestran que la depresión formada por los *chots,* o lagos pantanosos y poco profundos de Argelia y Túnez, está por debajo del nivel del mar y se llenaría de agua si se eliminasen una serie de dunas de la costa.

Ya en 1868 el arqueólogo francés Godron elaboró la teoría de que la Atlántida estaba enterrada en el Sahara. En 1874 el geógrafo francés Etienne Berlioux también se inclinó a situar en África la isla-continente, pero afirmó que la verdadera Atlántida estaba en el norte de África, en las montañas del Atlas, frente a las islas Canarias.

Berlioux pensaba que Cerne, la ciudad mencionada por el autor clásico Diodoro de Sicilia como capital de los atlantioi, se hallaba aproximadamente en ese mismo punto. Cerne aparece mencionada también en el curso del viaje realizado por el navegante cartaginés Hanno, que concluyó en el lugar de aquel nombre.

Asimismo aparece también en uno de los mapas de la época de Colón.

En su estudio de los tipos raciales, Berlioux subrayó el hecho de que los bereberes de los montes Atlas suelen tener piel blanca, ojos azules y pelo rubio, lo que denota un origen celta (o atlántico). Posteriormente, algunos escritores franceses se han servido de esto para justificar el control de África del Norte por los europeos de ascendencia celta (es decir, los franceses). Sin embargo, puesto que los franceses ya han perdido dicho control, no merece la pena discutir el punto.

P. Borchard, un escritor alemán, adoptó en 1926 la teoría nordafricana y pensó que la capital de la Atlántida estaba situada en las montañas Hoggar, asentamiento de la tribu tuareg, una raza de origen misterioso, que usa túnicas y velos azules, conoce (como los bereberes) la escritura y está en proceso de extinción.

Dado que consideraba a los bereberes como posibles reliquias de los atlantes norteafricanos, Borchard intentó buscar en los nombres de las tribus bereberes de la actualidad los de los diez hijos de Poseidón; es decir, los clanes de la Atlántida. Encontró dos extraordinarias coincidencias: que una de las tribus se llamaba *Uneur,* lo que coincidía perfectamente con *Euneor,* mencionado por Platón como el primer habitante de la Atlántida, y que las tribus bereberes de Chott el Ha-maina de Túnez, tenían el nombre de *Attala* (hijos de la fuente).

Los arqueólogos franceses Butavand y Jolleaud han suscrito esta teoría, pero también sitúan una gran parte del imperio atlántico como una tierra sumergida frente a la costa de Túnez, en el golfo de Cabes. Fran-gois Roux comparte la creencia de que en tiempos prehistóricos África del Norte era una península fértil: "...La verdadera Atlántida, atravesada por muchos ríos y densamente poblada por hombres y animales...". En su investigación, Roux estableció una íntima relación entre la cultura prehistórica de África del Norte y las de Francia, España y Portugal, basándose en el descubrimiento de ciertos guijarros y cerámicas que mostraban símbolos que según él constituían un lenguaje escrito (véase pág. 216).

Si consideramos las diversas teorías modernas acerca de la isla-continente y su localización, se advierte cierto carácter "nacionalista" en las investigaciones, especialmente en las que se han llevado a cabo en el siglo XX. Muchos investigadores franceses la buscaron en las colonias francesas del Norte de África, y algunas autoridades en la materia la han situado en la propia Francia. Los arqueólogos españoles han tratado de situarla en España o en los dominios españoles norteafricanos, y un escritor catalán afirmó que estaba emplazada en Cataluña. Como si las Azores portuguesas no fueran suficiente, un investigador lusitano declaró que la Atlántida era el propio Portugal. Los científicos rusos piensan que estaba bajo el mar Caspio, o tal vez cerca de Kerch, en Crimea, mientras los científicos y arqueólogos alemanes pretenden haberla localizado bajo el Mar del Norte, en Mecklenberg, o bajo la forma de Tartessos, una "colonia alemana" situada en España. Hay un libro muy extenso en alemán, titulado *La Atlántida, hogar original de locarias.* Los autores ingleses e irlandeses han dicho que la "isla de Platón" era Inglaterra e Irlanda, respectivamente. Un especialista venezolano piensa que estaba en Venezuela, y un estudioso sueco sostiene haberla localizado en Upsala, Suecia.

Actualmente los arqueólogos griegos creen que la leyenda atlántica tiene sus orígenes en la isla de Tera, que en el año 1500 a.C. explotó, cuando una gran parte de ella se hundió en el mar Egeo. Antes de que surgiera la candidatura de Tera como posible emplazamiento de la Atlántida, Creta era también considerada por numerosos estudiosos como la verdadera isla sumergida, debido al gran desarrollo que alcanzó su civilización primitiva, repentinamente desaparecida, y a la existencia de cenizas volcánicas y huellas de fuego en sus ruinas. Sin embargo, es evidente que la erupción volcánica y el terremoto que destruyeron Tera pudieron afectar también a Creta, y ambas civilizaciones habrían sido quizá destruidas por la misma catástrofe.

El filólogo, orientalista y teórico alemán Karst, especialista en el tema de la Atlántida, amplió considerablemente el problema de la localización de la isla cuando ideó la teoría de la existencia de dos islas-continentes, una en Occidente, que se extendía desde el norte de África hasta España y el Atlántico, y otra en Oriente, en el océano Indico, al sur de Persia y Arabia. Además, mostró en detalle varios puntos subsidiaríos de una civilización regional existente en las montañas Altai de Asia y en otras regiones, que él relaciona en virtud de similitudes de lenguaje, nombres de localidades, tribus y pueblos.

Frente a esta multiplicidad de "Atlántidas", Bramwell, un escritor excelente, que adopta una posición neutral, resume hábilmente los problemas planteados por las numerosas teorías, respecto del emplazamiento real de la Atlántida, cuando sugiere, en su libro Lost *Atlantis* (La Atlántida perdida) que, o se parte de la base de que el continente sumergido era una isla del Atlántico, "o sencillamente no se trata de la Atlántida". En todo caso, los múltiples restos culturales existentes en torno del Mediterráneo, en el Oeste y Norte de Europa y en el continente americano, no excluyen necesariamente la existencia de la isla. Por el contrario, muchos de ellos, cualquiera, o todos, podrían ser vestigios de colonización atlántica, precisamente como lo sugirió Donnelly.

Un caso interesante es la extraña cultura Yoruba o Ife, que existió en Nigeria alrededor del 1600 a.C. El explorador Leo Frobenius, después de realizar un serio estudio de esta extraña cultura africana y al haber encontrado en ella lo que le parecieron similitudes indudables con el relato de Platón, declaró:

> Creo, por lo tanto, haber hallado nuevamente la Atlántida, centro de... una civilización situada más allá de las Columnas de Hércules y de la que Solón nos djjo... que estaba cubierta de frondosa vegetación, en la que plantas frutales proporcionaban alimentos, bebida y medicinas, que fue el lugar en que crecieron el árbol de la fruta de rápida descomposición (el plátano) y algunas especies muy agradables (como la pimienta), donde había elefantes, se producía cobre y donde los habitantes usaban ropas de color azul oscuro...

Además, Frobenius basaba su teoría de una Atlántida nigeríana en ciertos símbolos etnológicos; es decir, el uso de símbolos comunes a otras tribus, como por ejemplo la swástica, la adoración de Olokun, dios del mar, la organización tribal, ciertos tipos de artefactos, utensilios, armas y herramientas, tatuajes, ritos sexuales y costumbres funerarias. En sus comparaciones descubrió sorprendentes similitudes con otras culturas, como la etrusca, la ibérica de la Prehistoria, la libia, la griega y la asiría. Aunque sostuvo que había encontrado la Atlántida, Frobenius pensaba que la cultura Yoruba era originaria del Pacífico y que había llegado a través de Asia y África. Por consiguiente, al afirmar que había encontrado la Atlántida, probablemente quería decir que había hallado lo que los antiguos escritores describían cuando hablaban del pueblo atlántico: una misteriosa civilización existente más allá de las Columnas de Hércules.

Este último ejemplo ilustra la tendencia, ciertamente comprensible, de exploradores y arqueólogos a relacionar la escasamente conocida cultura que han "descubierto" con el concepto de la Atlántida, especialmente si el centro cultural está en el mar o cerca o debajo de él. Puesto que los límites de la prehistoria están retrocediendo cada vez más en el tiempo, quizás estemos cerca del momento en que podremos comprobar si la verdadera civilización se originó en un mismo lugar o en varios a la vez, y si hubo una gran isla atlántica cuya influencia se extendió a los otros continentes o si las extrañas similitudes entre civilizaciones prehistóricas fueron simplemente una coincidencia fortuita.

La Atlántida y los científicos

Aristóteles, que fue alumno de Platón y luego fundó una escuela filosófica en competencia con la de éste, tomó el abrupto final del relato platónico acerca de la Atlántida como prueba concluyente de que la isla sumergida sólo había existido en la imaginación del filósofo, y observó sucintamente: "Aquel que la creó la ha destruido..."

A partir de entonces, Aristóteles se convirtió en el primero de una larga lista de escépticos respecto a la existencia del continente perdido, en una polémica que se ha prolongado durante siglos e incluso milenios.

La comunidad académico-histórica oficial y, en menor grado, el mundo científico, han observado desde hace tiempo el problema de la Atlántida con escepticismo, incredulidad e incluso hilaridad. Los historiadores, como es natural, muestran muy poco entusiasmo por la "historia intuitiva", basada en "memorias de *raza",* que es la base de una gran parte de la literatura que se ha vertido acerca de la isla de Platón. Además, cualquier examen serio de la teoría atlántica, incluso si estuviera fundamentado en lo que ya ha sido descubierto, echaría por tierra muchos de los dogmas existentes acerca de la civilización primitiva y obligaría a una reelaboración de nuestra historia antigua. Sin embargo, gracias a las nuevas técnicas de investigación arqueológica, en la tierra o en pantanos o bajo el mar, de restauración y especialmente de precisión de fechas históricas, gran parte del misterio debe quedar resuelto en un futuro no muy lejano.

Acepte uno la teoría de la Atlántida o no, el estudio del problema tiene un efecto casi hipnótico, no sólo en aquellos interesados en demostrar la existencia de la isla, sino también en quienes se han dedicado a demostrar que se trata de un sueño o una falsedad. Por ejemplo, uno de los mejores y más completos libros sobre la materia escritos en español concluye que el estudio del problema es una pérdida de tiempo, pese a los años que el propio autor le ha dedicado. Algunas veces, obras "anti-atlánticas" como ésta han proporcionado inadvertidamente nuevas pruebas que refuerzan la teoría atlántica, tras hacer un examen detallado de las distintas-fuentes y estudios.

No obstante, el hecho cierto es que el mundo oficial de la investigación y la historia sigue sin convencerse, debido a la falta de pruebas más concretas. Pero los modernos partidarios de la Atlántida tienen una respuesta para ello en la obra del gran autor del siglo XIX, Donnelly, cuando dice:

> Durante mil años se creyó que las leyendas de las ciudades enterradas de Pompeya y Herculano eran mitos. Se hablaba de ellas como de "las ciudades fabulosas" y, durante mil años también, el mundo de la cultura no dio crédito a las narraciones de Heródoto acerca de las maravillas de las antiguas civilizaciones del Nilo y de Caldea. Le llamaron "el padre de los mentirosos" e incluso Plutarco se burló de él. Ahora, ...cuanto más profundas y completas se hacen las investigaciones modernas, mayor es el respeto que se siente por Heródoto...

Donnelly anota también que la circunnavegación de África por los egipcios, en tiempos del faraón Ne-cao, merecía dudas, debido a que los exploradores informaron que el Sol estaba al norte de ellos tras cierto período de navegación a lo largo de la costa, dando a entender que habían cruzado el Ecuador. En otras palabras, la prueba misma de su viaje fue la causa de la posterior incredulidad. (Sin embargo, ahora nos demuestra que los navegantes egipcios anticiparon en más de dos mil cien años el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza por Vasco de Gama.)

Podrían agregarse numerosos ejemplos de incredulidad a éste que nos proporciona Donnelly: la negativa a creer en la existencia del gorila y el okapi antes de que se encontrasen ejemplares de estos animales "míticos". Recientemente, se hallaron también los "dragones" de Komodo. En el campo de la ciencia, recordemos sólo una de las muchas creencias refutadas: la posibilidad de transmutar metales, algo que es posible, según ha demostrado la ciencia moderna, y que ha resultado digno de los esfuerzos realizados

durante todas las épocas por los alquimistas.

En arqueología, además de los casos de Pompeya y Herculano, en que los descubrimientos reivindicaron la leyenda, habría que señalar también las dudas muy generalizadas que existían acerca de los informes sobre "ciudades indígenas perdidas" en la jungla de América Central antes de su descubrimiento en el siglo XIX y antes del verdadero furor arqueológico que los hallazgos desencadenaron. Por otra parte, durante mucho tiempo se creyó que las inscripciones persas, babilónicas y asirías del Oriente Medio eran elementos decorativos, y no signos de un lenguaje escrito, hasta que fueron descifradas y proporcionaron una historia detallada de una zona que los habitantes nativos de la época habían ignorado u olvidado por completo.

Tal vez la más notable de todas las evidencias obtenidas en arqueología fue la de Heinrich Schliemann, quien, en 1871, descubrió Troya, o al menos una serie de ciudades superpuestas en Hissarlik, Turquía, el lugar donde se supone que se hallaba emplazada. Y, durante mucho tiempo, Troya también había sido considerada un mito. Cuando era joven, Schliemann se vio influido por un litograbado de la guerra troyana que mostraba las enormes murallas de la ciudad. Su tamaño le llevó a creer que era imposible que hubiese desaparecido por completo. Mientras desarrollaba una brillante carrera como hombre de negocios, prosiguió sus estudios sobre la época homérica, hasta que finalmente abandonó su carrera en 1863, en busca de Troya, cosa que consiguió basándose fundamentalmente en los escritos clásicos de que disponía. Su descubrimiento sirvió para dar un enorme impulso a la arqueología moderna. Posteriormente hizo importantes descubrimientos en Micenas y en otros lugares. Algunos especialistas le han criticado por su excesiva prisa por afirmar que sus hallazgos —sin duda importantes— correspondían en realidad a lo que buscaba, al objeto de su investigación. Por ejemplo, la hermosa máscara de oro de Agamenón, en Micenas, es sin duda máscara de alguien, pero no se ha demostrado aún que fuera la de Agamenón.

Debido a una serie de circunstancias muy curiosas, las actividades de un nieto de este famoso e intuitivo arqueólogo han acarreado un considerable desprestigio a la teoría de la Atlántida. En un artículo escrito para los periódicos de la cadena Hearst, en 1912, Paul Schliemann sostuvo que su abuelo, que durante mucho tiempo había estado interesado en el tema de la isla sumergida, escribió poco antes de su muerte, en 1890, una carta sellada que debía ser abierta por un miembro de su familia, el cual habría de dedicar su vida a las investigaciones que en ella se señalaban.

Paul afirmó también que una hora antes de su muerte, su abuelo agregó un post-scriptum abierto con las siguientes instrucciones: "Rompa el cántaro con la cabeza en forma de búho. Examine su contenido. Se refiere a la Atlántida". Según él, no abrió la carta, que estuvo depositada en un banco francés hasta 1906. Cuando finalmente la abrió, supo que su abuelo había encontrado durante sus excavaciones en Troya un cántaro de bronce que contenía algunas tabletas de barro, objetos metálicos, monedas y huesos petrificados. El cántaro tenía una inscripción en que se leía en escritura fenicia: "Del rey Cronos de la Atlántida".

Según Paul Schliemann, su abuelo había examinado un vaso de Tiahuanaco y encontrado en el interior restos de cerámica de la misma composición química, y objetos metálicos de una aleación idéntica, compuesta de platino, aluminio y cobre. Llegó a la convicción de que estos diversos objetos estaban relacionados por medio de un punto central de origen: la Atlántida. Según el mismo Paul Schliemann, su abuelo prosiguió sus muy productivas investigaciones, encontrando diversos papiros manuscritos en San Petersburgo referentes a la prehistoria de Egipto. Uno de ellos hablaba de una expedición por mar realizada por los egipcios en busca de la isla-continente. Estos trabajos fueron realizados en secreto (cosa que, en realidad, sería bastante impropia de Heinrich Schliemann) hasta su muerte.

El joven Schliemann escribió que había realizado sus propias investigaciones antes de regresar a París y rompió el cántaro con la cabeza en forma de búho, en el que encontró un disco metálico blanco, mucho más ancho que el cuello del cántaro "en uno de cuyos costados había grabados extraños signos y figuras que no se parecen a nada que yo haya visto, en escrituras o jeroglíficos". En el otro lado había una inscripción fenicia arcaica: "...Procedente del templo de las murallas transparentes". Entre otras piezas de la colección de su abuelo, Paul afirmó haber encontrado un anillo de aleación desconocida, una estatuilla de elefante labrada en un hueso petrificado y un mapa que había utilizado

un navegante egipcio que andaba a la búsqueda de la Atlántida. (¿Sería posible que lo hubiese obtenido en préstamo en el museo de San Petersburgo durante sus investigaciones?) Prosiguiendo sus propias pesquisas en Egipto y África, Paul Schliemann halló otros objetos del misterioso metal que le llevaron a pensar que había reunido cinco eslabones de una cadena: "Las monedas de la colección secreta de mi abuelo, la moneda del cántaro de la Atlántida, las monedas del sarcófago egipcio, la moneda del cántaro de América Central y la cabeza (metálica) de la costa de Marruecos".

Un observador neutral podría equiparar la preocupación de Paul Schliemann por encontrar monedas misteriosas con un deseo muy comprensible de ganar más dinero moderno, especialmente porque primero ofreció su historia a una cadena de periódicos y luego ninguno de sus hallazgos resistió una investigación seria. Las palabras finales de su artículo acerca de sus descubrimientos fueron: "Si quisiera decir todo lo que es, se acabaría el misterio".

Esta es sin duda una de las declaraciones más insólitas de la historia de la investigación científica. Si las afirmaciones de una persona están respaldadas por reliquias o utensilios que pueden tocarse y examinarse, no hay duda de que están dentro de un terreno sobre el cual las instituciones oficiales, históricas y científicas, poseen autoridad para rechazarlas o aceptarlas como verdaderas. Pero gran parte de la investigación atlántica se ha orientado en otras direcciones, como la de una memoria colectiva de raza, los recuerdos basados en la reencarnación, los recuerdos heredados e incluso el espiritismo. Tales investigaciones están necesariamente fuera, tanto del alcance como del campo propio del trabajo académico. Estas formas espirituales o incorpóreas de abordar la cuestión de la Atlántida desde varias fuentes han suscitado una gran variedad de información. Parte de ella coincide con las teorías atlánticas generales, pero otra es sorprendentemente distinta.

Edgar Cayce constituye un ejemplo de lo que acabamos de decir. Profeta clarividente e investigador en psiquiatría, murió en 1945, pero su colección de "entrevistas psíquicas" se ha convertido en la base de la fundación que lleva su nombre y que también se llama Asociación para la Investigación y la Cultura. Esta institución tiene su sede en Virginia Beach y cuenta con centros en diversas ciudades norteamericanas y en Tokio, y presenta las características de un movimiento en el que la Atlántida ocupa un lugar importante.

Las entrevistas de Gayce son el resultado de sus recuerdos personales acerca de encarnaciones anteriores propias y las de otros individuos "leídas" por él. Alrededor de setecientas de las entrevistas concedidas por este vidente a lo largo de varios años, para responder a preguntas que se le formulaban mientras se hallaba en trance, se refieren específicamente a acontecimientos de la historia ocurridos en la época de la Atlántida y a predicciones que aún deben cumplirse, como en el caso del templo "atlántico" submarino, frente a las costas de las Bimini. Un hallazgo futuro particularmente interesante ha de ser el de una cámara sumergida que contiene documentos atlánticos, que se producirá como anticipación de la nueva emersión de la isla-continente. La cámara sellada será descubierta siguiendo las líneas de las sombras proyectadas por el sol de la mañana al caer sobre las patas de la esfinge.

En las conferencias de Cayce, la isla de Platón se sigue desde sus orígenes hasta su edad de oro, con sus grandes ciudades de piedra provistas de todas las comodidades modernas, como medios de comunicación de masas, transporte aéreo, marítimo y terrestre, y algo que aún no hemos alcanzado, como es la neutralización de la gravedad y el control de la energía solar por medio de cristales eléctricos o "piedras de fuego".

El mal uso de estos cristales provocó dos de los cataclismos que acabarían por destruir la Atlántida. A diferencia de lo que ocurre en nuestra época, existía una conexión entre las invenciones materiales y la fuerza espiritual, así como una mayor comprensión y comunicación con los animales, hasta que el materialismo y la perversión pusieron fin a la edad de oro.

El deterioro de la civilización atlántica hizo que su destrucción resultara segura, de acuerdo con los relatos de Cayce. El descontento de la población, la esclavitud de los obreros y las "mezclas" (productos de cruces de hombres y animales), el conflicto entre los "hijos de la Ley de Uno" y los depravados "hijos de Belial", los sacrificios humanos, el adulterio y la fornicación generalizados y el mal uso de las fuerzas de la naturaleza, especialmente la utilización de "piedras de fuego" para el castigo y la tortura, fueron algunos de los elementos que contribuyeron al desastre.

Otros investigadores en ciencias ocultas y psiquiatría, como W. Scott Elliot, Madame Blavatsky y Ru-dolph Steiner, se basan en el ocultismo para obtener su información. Su opinión general es que la Atlántida provocó su propia destrucción, porque se dejó ganar por el mal. Esta es una opinión que comparten no sólo Spence y el historiador ruso Merezhowski, sino también Platón y los autores del *Génesis* y de las leyendas de inundaciones cuando describen la perversidad del mundo anterior a la inundación.

En cuanto al relato de Cayce acerca del deterioro o autodestrucción de la Atlántida, basta sustituir las palabras "maldad" por "materialismo" y "los cristales" o las "piedras de fuego" por "la bomba" y se obtiene un mensaje muy interesante, que proviene de una época *anterior* al comienzo de la era atómica, pero que resulta aplicable a nuestro tiempo. Las profecías de Cayce sobre el resurgimiento de la Atlántida serían muy dudosas bendiciones si se cumplieran, ya que la ciudad de Nueva York "desaparecerá en su mayor parte", y la costa oeste "será destrozada" y casi todo Japón "se hundirá en el mar". No es extraño, pues, que los neoyorquinos, californianos y japoneses tengan el mayor interés en que Cayce se equivoque, aunque hemos de decir que sus anteriores predicciones sobre disturbios raciales, asesinatos de presidentes y terremotos en el valle del Mississippi, resultaron inquietantemente correctas.

La investigación psíquica no se considera todavía fuente fiable para establecer la verdad histórica, de manera que el voluminoso material psíquico acerca de la Atlántida representa solamente una parte de la literatura especializada que, en el mejor de los casos, merece un calificativo de "sin comentarios" de parte de la comunidad científica o arqueológica.

Todos aquellos que comparten la creencia en la existencia de la isla-continente y el deseo de comprobarla han formado organizaciones, cuyas actividades han servido algunas veces para debilitar, en lugar de fortalecer, la aceptación generalizada de la Atlántida como un ente histórico. En Francia este tipo de instituciones florecieron durante el período transcurrido entre las dos guerras mundiales. *Les Amis d'Atlantis* (Los amigos de la Atlántida), fundada por Paul Le Cour, publicaba también una revista con el nombre de la isla platónica. Otro grupo, la *Sacíete d'Études Atlantéennes* (Sociedad de Estudios Atlánticos) tuvo un revés moral y físico cuando una de sus reuniones en la Sorbona fue interrumpida por el estallido de bombas lacrimógenas arrojadas por algunos miembros que aparentemente preferían estudiar la cuestión atlántica en forma intuitiva y no científica. El presidente de la sociedad, Roger Dévigne, admitió en un informe posterior que la sociedad "está afectada por el descrédito que legítimamente se han ganado estos sueños, a los ojos del mundo científico", y luego menciona la "prudente desconfianza" que inspiraba el aspecto de algunos socios que "usaban emblemas atlánticos en sus solapas, en su camino hacia picnics atlánticos..."

Sin embargo, los escritos de otros atlantólogos han sido objeto de un minucioso y generalmente reprobador examen por los microscopios de la "institucionalidad". El estilo imaginativo y visionario de los libros sobre el tema resulta de por sí molesto para los arqueólogos, que prefieren teorías concretas, sin el agregado de la poesía. El "Continente Perdido" es un tema tan romántico que los poetas se han inspirado en él muchas veces, y como no dejan de citarse en la mayoría de los libros sobre la isla sumergida, el tema de la Atlántida da más una impresión de fantasía que de realidad.

Aunque son neutrales en cuanto a la poesía atlántica, los autores contrarios a la tesis de la isla-continente suelen ser tan rotundos a la hora de negar la posibilidad de que haya existido, como sus partidarios al apoyarla. Como ejemplo de estas posiciones negativas, se puede citar el informe del doctor Ewing, de la Universidad de California, que "pasó trece años explorando la cordillera del Atlántico central" y "no encontró rastro alguno de ciudades sumergidas". ¿No es éste uno de esos casos en que se dice: "la busqué y no pude encontrarla, así que obviamente no existe"?

Si los palacios y templos de la Atlántida yacen destrozados y arruinados en los terrenos de la Atlántida, deben estar cubiertos por una gran cantidad de sedimentos y lodo, de manera que resultaría difícil encontrarlos e identificarlos, después de miles de años, sirviéndose tan sólo de un sistema de "verificación parcial". Algo parecido ocurriría si los viajeros del espacio, después de lanzar redes al azar sobre la Tierra desde sus platillos volantes y durante sus viajes nocturnos, sin ver dónde las echaban, las recogieran y, al comprobar que no habían caído en ellas ni animales ni personas, concluyesen que no existe vida sensorial en el planeta.

Incluso las ciudades submarinas del Mediterráneo han sido descubiertas en épocas comparativamente recientes y en aguas relativamente poco profundas. La elevación general del nivel del mar que ha venido produciéndose desde la época clásica, ha provocado la desaparición bajo las aguas de amplios sectores de ciudades muy conocidas en la historia y que en la actualidad deben ser estudiadas mediante excavaciones y utilizando nuevas técnicas especialmente desarrolladas por la arqueología submarina. Entre estas ciudades o sectores de ciudades sumergidas se encuentra Baiae, una especie de Las Vegas de la Antigüedad, y muchas otras situadas en la costa occidental de Italia, en los alrededores de Nápoles, en la costa adriática de Yugoslavia y también en sectores de Siracusa, en Sicilia, Leptis Magna, en Libia, Cencrea, el puerto de Corinto, en Grecia, y los viejos muelles de Tiro y Cesárea, por mencionar solamente algunos.

Sin duda que aún quedan muchos hallazgos arqueológicos por descubrir. Los campos que Aníbal utilizó como zona de adiestramiento, antes de su invasión de Roma, yacen bajo aguas poco profundas, frente a Peñíscola, en la costa oriental de España. Cousteau nos habla de su hallazgo de una carretera pavimentada en el fondo del océano, mar adentro en el Mediterráneo, por el cual nadó hasta verse obligado a volver a la superficie, pero que luego no pudo volver a encontrar. Helike se hundió frente al golfo de Corinto, en un terremoto, pero permaneció visible en el fondo durante cientos de años. En realidad, era una atracción turística para los visitantes romanos de Grecia, que pasaban sobre el lugar en sus embarcaciones, admirando las ruinas visibles en el agua transparente, sobre todo la estatua de Zeus, que aún podía verse de pie en el fondo del mar. Esta ciudad se está buscando de nuevo en la actualidad y tal vez yace bajo los sedimentos, en las profundidades del golfo, o se halla sepultada bajo tierra, debido a fenómenos sismológicos.

No todas las ciudades sumergidas, reales o imaginarias, están en el Mediterráneo. Ni mucho menos. En la India, frente a Mahabalipuram, en Madras, existen restos que ahora están siendo sometidos a investigación, y en el golfo de México, cerca de Cozumel, hay edificios submarinos presumiblemente de origen maya. En la Unión Soviética hay una ciudad sumergida en la bahía de Bakú, y se han extraído fragmentos de paredes decoradas con bajorrelieves de grabados de animales e inscripciones.

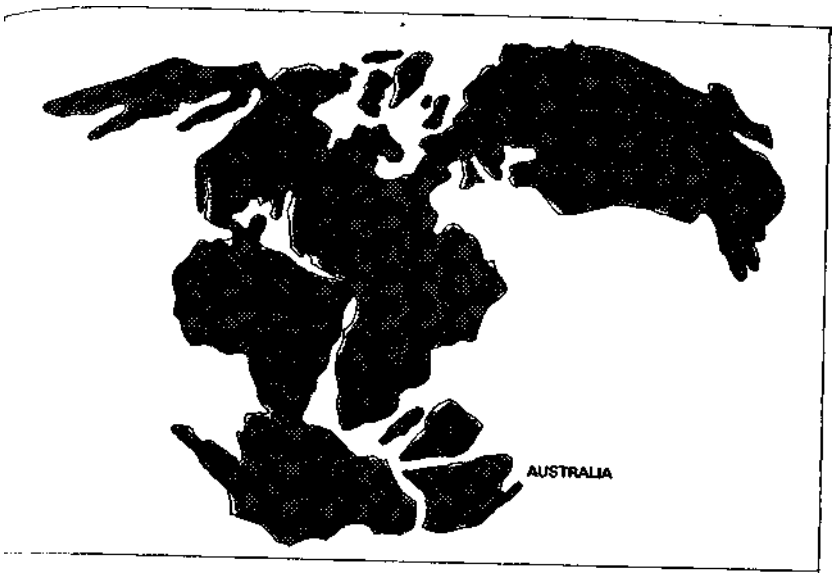
La tradición bretona sitúa la ciudad sumergida de Ys bastante cerca de la costa francesa. El hundimiento de Ys fue aparentemente provocado por Dahut, la hija de Gradlon, rey de los Ys, que abrió las compuertas de la ciudad con una llave robada, durante una borrachera con su amante y para ver qué ocurriría. El rey fue advertido y pudo ponerse a salvo en las tierras altas, galopando en su caballo, perseguido por las aguas. Aparte de su significado en cuanto a la existencia de la delincuencia juvenil en la época primitiva, hace referencia probablemente a casos reales de establecimiento de colonos en la costa francesa que fueron luego cubiertos por el mar. Hace muchos años se produjo un importante reflujo de las aguas frente a la costa de Bretaña y durante un corto lapso quedaron a la vista en el fondo del mar unos amontonamientos de rocas que aparentemente eran construcciones. Sin embargo, las aguas volvieron a cubrirlas y el mar volvió a su nivel normal.

Estas ciudades perdidas y sumergidas en el Mediterráneo pueden presentar perspectivas muy interesantes, pero ¿cuál es su relación con la Atlántida? Existen varios elementos de contacto indudables. Un escritor que ha dedicado muchas energías a rebatir la tesis de Platón ha sugerido que durante la época civilizada no se han producido considerables hundimientos de terreno en el Mediterráneo. Lo cierto es, sin embargo, que las investigaciones realizadas en el fondo del Mediterráneo demuestran lo contrario. Un arqueólogo, dedicado a la búsqueda de los brazos de la Venus de Milo en el área próxima a Melos, en el mar Egeo, dio inesperadamente con las ruinas de una ciudad sumergida a unos 130 metros bajo la superficie, con caminos que salían hacia destinos ignotos y que descendían a una profundidad aún mayor.

Las ruinas submarinas que yacen en el fondo del Pacífico, frente a la costa del Perú y que fueron descubiertas por el doctor Menzies en 1966, a 200 metros de profundidad, aportarán pruebas más concluyentes cuando sean estudiadas -si alguna vez lo son-, acerca de la extensión de los hundimientos de terreno, en el período histórico en que el hombre ha tenido el suficiente nivel de civilización como para construir ciudades.

Quienes critican la teoría de la Atlántida creen que los que la sustentan no son otra cosa que visionarios o irresponsables; que la Atlántida nunca existió, que la tierra no se

hundió en épocas históricas hasta el punto de hacer desaparecer un continente, y por último, de acuerdo con la "teoría de los desplazamientos continentales", que nunca pudo existir porque no había lugar para ello, dada la forma de los continentes.



Forma en que los continentes encajarían unos con otros, según la teoría del "desplazamiento continental" de Wegener,

Esta última referencia está en relación con la teoría de Wegener sobre el desplazamiento continental.

Sea que se comprenda o no su significado o explicación, lo cierto es que se trata de una tesis que al menos pueda ser verificada por cualquiera que tenga a su alcance un mapa del mundo y un par de tijeras. Porque, si se corta cada uno de los continentes por los bordes! puede apreciarse que algunos coinciden exactamente! como las piezas de un rompecabezas. Esto es particularmente notable en la costa oriental de Brasil y la costa occidental de África, así como en la parte oriental de África y la costa occidental de Arabia, y la costa oriental de Groenlandia y occidental de Noruega. Incluso los tipos de roca y la formación de la tierra parecen ser idénticos en uno y otro.

Este fenómeno ya había sido advertido por otros geógrafos, como Humboldt, por ejemplo, mucho antes de que Alfred Wegener basara en él su teoría del "desplazamiento continental". Wegener (que murió en 1930, trabajando como científico en las tierras heladas de Groenlandia tratando de probar sus teorías) pensaba que, originalmente, todos los continentes habían estado unidos en una sola masa terrestre, que luego se dividió para formar los que ahora conocemos, que desde entonces se han estado separando, como enormes islas flotantes en la sima de la corteza terrestre. Según se cree, algunas masas terrestres, como Groenlandia, se están desplazando con mayor rapidez que otras. Un informe señalaba que Groenlandia estaba en curso de separación hacia Occidente, a un ritmo de más de quince metros por año. Nos vienen a la memoria los roedores noruegos que hemos citado como algo notable por el recuerdo instintivo que mostraban acerca de la Atlántida en su intento suicida de nadar hacia Occidente. (¡Tal vez no intentaban otra cosa que llegar a Groenlandia!)

Si la teoría del deslizamiento continental es correcta, y si todos los continentes pueden encajar unos en otros, ¿dónde deberíamos situar la Atlántida? La respuesta es: aproximadamente donde antes, porque aunque algunos de los continentes se encajan con toda exactitud, la unión de otros dejaría espacios considerables, especialmente en la región del Atlántico en la que la cordillera meso-atlántica se ensancha. De hecho, toda ella es como un reflejo de las formas que muestran la línea del límite occidental de Europa y África y la del límite oriental del continente americano.

De ahí que, al separarse los continentes, ciertas tierras quedaron atrás y luego se sumergieron. O sea que incluso en una teoría que a primera vista parece negar la existencia de la Atlántida, su presencia viene a constituir como la pieza que falta para completar un rompecabezas o resolver un misterio.

Los detractores de la teoría atlántica se han visto auxiliados en su afán de destruirla

por algunos de sus demasiado exuberantes patrocinadores, así como también por algunos errores evidentes en sus informes. Donnelly y otros, que escribieron en una época en que la antropología estaba relativamente poco desarrollada, atribuyeron afinidades raciales a pueblos distantes, que luego se han demostrado falsas. En el campo de las similitudes de lenguaje, en cambio, son más vulnerables. Le Plongeon, que hablaba la lengua maya, sostuvo que esa lengua era en una tercera parte "griego puro". ¿Quién había llevado a América el idioma de Hornero?, o ¿quién llevó a Grecia el de los mayas? Puesto que ambos son todavía lenguas vivas, aquello era y es algo fácil de rebatir. Además, como hemos visto, Le Plongeon relaciona con gran entusiasmo los sistemas de escritura maya y egipcio, en circunstancias que no tienen un vínculo aparente, salvo que en ambos se utilizan símbolos.

Algo parecido ocurre con el chiapanac de los indios de México, que según se dice está relacionado con el hebreo, tal vez como consecuencia de la emigración de las diez tribus perdidas. Y con el de los indios otomíes, que se parecía al chino (debido a sus características tonales), lo mismo que el de los mandanes, que se asemeja al gales. Casi todos los escritores "atlánticos" advierten en la referencia a la lengua vasca que se encuentra en el libro *Families of Speech* (Familias de Idiomas), de Farrar, una prueba del puente idiomático precolombino con América que habría existido por intermedio de la Atlántida. Farrar escribió: "Nunca ha habido duda en cuanto a que este aislado lenguaje, pese a conservar su identidad en un rincón occidental de Europa, entre dos poderosos reinos, se parece en su estructura solamente a las lenguas aborígenes del vasto continente opuesto (América)".

En su esfuerzo por mostrar las relaciones existentes entre idiomas muy distantes en el espacio, Donnelly comparó palabras de varias lenguas europeas y asiáticas que según sabemos ahora estaban vinculadas a las similitudes entre los idiomas persa y sánscrito. Esto no debería sorprender a nadie, y tampoco tendría que ser considerado como parte del estudio de la Atlántida. Sin embargo, puesto que dichas relaciones no eran conocidas en su época, podríamos considerar a Donnelly como una especie de pionero lingüístico, aunque se equivocara con frecuencia. En su búsqueda de similitudes entre el chino y el otomí, por ejemplo, citó palabras chinas que no tienen el significado que él les atribuía. Tal vez las consiguió, como el obispo Landa en el caso del "alfabeto" maya de Yucatán, de un informador muy amable pero que sencillamente no entendió sus preguntas. Esto es algo corriente tanto para los lingüistas de entonces como los de ahora.

Además, Donnelly suele colocarse en situaciones difíciles, al presentar por ejemplo la palabra "huracán", en distintos idiomas europeos y americanos, como una prueba de la difusión precolombina. Ese término correspondía al nombre del dios de las tormentas del Caribe, Hurakán, y existe en inglés, "hurricane"; en francés, "ourigan"; en español, "huracán"; en alemán, "Orkan", etc. Lo que no tuvo en cuenta fue que la palabra no existió en esos idiomas *antes* del descubrimiento de América y de las durísimas experiencias vividas por los marinos europeos durante las tormentas tropicales del Caribe.

No obstante, pese a todas las conclusiones obviamente apresuradas, y a las numerosas interpretaciones erróneas que abundan, hay algunos aspectos que resulta difícil desechar. Se tiene la sensación de que existe algo más profundo, un recuerdo común de tradiciones culturales y religiosas, lenguas e historia perdida; algo similar a la relación entre las nueve décimas partes del iceberg que se hallan sumergidas en el agua y la décima parte que aparece en la superficie. Esa podría ser la explicación de que, a la manera del ave fénix que renace constantemente, la leyenda atlántica siga provocando oleadas de interés de una generación a otra y sobreviva a todas las críticas.

La Atlántida: lengua y alfabeto

¿Qué idioma hablaban los atlantes? ¿Existe algún indicio de alguna lengua aislada y de gran antigüedad que tuviese relación con otras igualmente antiguas y que pudiese haberse convertido en verdadera reliquia?

La respuesta es casi demasiado fácil, porque en efecto tal lengua existe, y los vascos de la Antigüedad se muestran muy felices y de acuerdo respecto a que son descendientes de los atlantes. En general se cree que los antiguos iberos hablaban vascuence antes de las conquistas céltica y romana. Sprague de Camp, un notable investigador moderno, especialista en la isla-continente y autor de uno de los libros más completos sobre la materia, *Lost Continents* (Continentes perdidos), piensa que la inscripción del "anillo de Tartessos" podría estar escrita en la lengua vasca original, anterior a que los vascos adoptaran, las letras romanas.

La lengua vasca sigue siendo la única no clasificada, entre todas las de Europa. Cuando se estudia en profundidad no parece tampoco tener una relación muy estrecha con las de los indios de América, aunque presenta más afinidad con ellas que con las del grupo indogermánico, a las que no se parece en absoluto. En cuanto a su construcción presenta similitudes con otros idiomas aglutinantes, como el quechua (lenguaje de los incas) y los del grupo ural-altaico: finlandés, estoniano, húngaro, turco. Estos idiomas constan de palabras muy largas, incluso en el caso de los artículos y otras partes activas de la oración. Pero el vascuence también se asemeja al tipo de lenguaje polisintético, como el que hablan los indios americanos, los esquimales, etc., cuya peculiaridad lingüística radica en la existencia de palabras complejas que son realmente oraciones.

Algunas palabras vascas parecen datar de la época del hombre de Cro-Magnon y de las pinturas rupestres. La palabra correspondiente a "techo" significa literalmente "parte superior de la caverna", mientras "cuchillo" está formada por vocablos que quieren decir "la piedra que corta". La antigüedad de este pueblo parecería corresponder a la teoría de Spence acerca de oleadas migratorias separadas hacia España y Francia, ocurridas después de cada hundimiento parcial de la Atlántida.

Sin embargo, el vascuence no parece tener influencia visible sobre ningún otro idioma, ni estar influido por algún otro. Es una interesante reliquia de alguna otra cosa —tal vez un fósil viviente— que representa el lenguaje preglacial de Europa o, aún mejor, que constituye el sobreviviente único del idioma de la Atlántida.

Dado que, a diferencia de lo que le ocurría a Donnelly, ahora conocemos las numerosas conexiones existentes entre las lenguas indogermánicas y semíticas, no debemos asombrarnos cuando nos encontramos con palabras que se remontan hasta diversos y muy distintos lenguajes. Lo que aún nos sorprende, a pesar de todo, es el encontrar vocablos comunes allí donde no existió comunicación ni en forma de lenguaje ni ninguna otra, cual es el caso entre Europa y la América precolombina.

Como los idiomas tienen un número relativamente pequeño de unidades de sonido posibles (en lingüística se les llama fonemas), suelen producirse ciertas coincidencias sonoras en lenguas que no están relacionadas entre sí. En japonés, por ejemplo, la palabra "so" tiene el mismo significado que la inglesa "so", cuando se utiliza como conjunción, y es un fonema autóctono y no importado después que se produjo el contacto con Occidente.

Los vocablos comunes que suelen hallarse en idiomas muy distantes indicarían cierta relación cultural o lingüística, o tal vez ambas. De ahí que resulte particularmente interesante encontrar en las lenguas indígenas americanas términos de contenido espiritual que presentan un notable parecido con otros de idiomas muy antiguos del otro lado del Atlántico.

En griego, *thalassa* era "el mar", y en maya *tha-llac* significa "no sólido", mientras Tlaloc, el dios del agua de los aztecas; estaba también relacionado con el mar. En la mitología caldea, Thalat era la diosa que reinaba sobre el caos. Atl significa agua en náhuatl (azteca) y lo mismo en el lenguaje beréber del norte de África.

Entre otras extrañas coincidencias podemos mencionar la que existe entre la palabra

indígena americana que significa "gran espíritu" *-manitu-* y la hindú, *manu,* y entre la que identificaba a dios en náhuatl —teo (théulh)— y el término griego *théos.*

Hay otras similitudes de menor contenido espiritual pero que son sin embargo evocadoras. En vascuence *argi* es "luz", mientras en sánscrito *arq* es brillante. La palabra vasca correspondiente a rocío es garúa. El mismo sonido en quechua significa "llovizna" y ha sido adaptada al español a partir de esa lengua indígena. En náhuatl, *tepec* quiere decir colina, lo mismo que en las lenguas turcas de Asia central *(tepe),* y *malko,* término centroamericano que significa rey, se encuentra también en la lengua árabe *(malik)* y en hebreo *(melek).* Río se dice *potamos* en griego, y coincide con el *potomac* de los indios Delaware y también con el *poti* de los indígenas brasileños del grupo lingüístico tupo-guaraní. Esta era la lengua hablada por los indios del Paraguay y del sur del Brasil, y presenta coincidencias con idiomas con los que aparentemente no tiene ninguna relación. Mencionamos sólo algunos ejemplos: en guaraní *oka* significa "hogar", lo mismo que *oika* en griego, y ama, "agua", se parece al *ame* (lluvia) japonés. En quechua, el lenguaje de los incas, *runa* es persona, similar al *rhen* chino, que significa "persona" u "hombre". En el antiguo Egipto *anti* era "alto valle", y en quechua, *andi* es "alta cumbre" o "cordillera". Y aunque tal vez sea onomatopéyico, la palabra quechua para decir leche es *ñu-ñu* y en japonés, *g'yu-n'yu.* El lenguaje de la pequeña tribu de los indios mandanes, que estuvieron emplazados en Missouri y fueron prácticamente exterminados por la viruela en 1838, muestra algunas asombrosas similitudes con el gales. He aquí algunas:

	Gales	*Mandan*
bote	corwyg	koorig
remo	rhwyfree	ree
viejo	hen	her
azul	glas	glas
pan	barra	bara
perdiz	chugjar	chuga
cabeza	pen	pan
grande	mawr	mah

Sin embargo, la similitud entre la perdida lengua mandan y el gales podría tener una explicación más directa en la teoría de que los mandanes eran descendientes de los seguidores del príncipe gales Madoc, quien en 1170 navegó hacia Occidente desde Gales para fundar una colonia, y jamás regresó.

Pero, aunque algunas de las lenguas amerindias muestran ciertas coincidencias en cuanto a sonido y significado con otras trasatlánticas o traspacíficas, todavía no existen pruebas de que existiera una relación mucho más íntima, a excepción, desde luego, de las tribus de Alaska y Siberia, que estaban lo bastante cerca como para cruzar las fronteras naturales o construidas por el hombre. En cuanto a las demás es perfectamente posible que algunas palabras fueran introducidas por exploradores precolombinos, como Ma-doc, o por viajeros que se extraviaron, como los "seres de piel colorada" que aparecieron repentinamente frente a la costa de Alemania, navegando en una larga canoa, en el siglo I a.C. y que fueron esclavizados y entregados como presentes al procónsul romano de la Galia. Estos, que aparentemente eran indios, no tuvieron tiempo de hacer ninguna aportación de carácter lingüístico, pero el hecho de que para la travesía se sirvieran de una canoa parece un indicio de cómo pudieron haberse efectuado algunos contactos culturales y lingüísticos en la época anterior a Colón. Es obvio que de no haber estado el mar de por medio, habrían resultado mucho más fáciles.

Aparte de las coincidencias, deberíamos buscar una clave, una palabra incluso, que pudiese relacionar, no uno o dos, sino muchos pueblos, tribus y naciones completamente distintos y apartados entre sí, y que al mismo tiempo revelaría una difusión mayor y más temprana. Debería ser elemental, fácilmente reconocible e incluir, en lo posible, una lengua supuestamente "atlántica", como el vascuence o alguna de las pertenecientes a los grupos lingüísticos indoamericanos o indogermánicos.

Una palabra como "mamá" cumpliría con todos estos requisitos, pero deberíamos descartarla, ya que es un sonido emitido por los niños en forma aparentemente automática para decir "madre" en casi todos los idiomas. (Siempre hay excepciones: en Ewe, África occidental se dice *dada,* y en georgiano, en el Cáucaso, *deda,* aunque allí,

inexplicablemente, *mama* significa "padre".)

Existe, sin embargo, un vocablo de gran antigüedad y que aparece en muchos idiomas, todos ellos correspondientes a países distintos e incluso que se hablan en ciertas islas. No es un sonido reflejo, sino una palabra individual. Empezando por el vascuence, nótese la similitud entre vocales y consonantes que aparece en las traducciones del término "padre":

vascuence:	aita
quechua:	taita
turco (y otras lenguas turcas):	ata
dakota (sioux):	atey (até)
náhuatl:	tata (o) tahtli
seminóla:	intati
zuni:	tachchu (tat'chu)
maltes:	tata
tagalo:	tatay
gales:	tad
rumano:	tata
sinalés:	tata
fidjiano:	tata
samoano:	tata

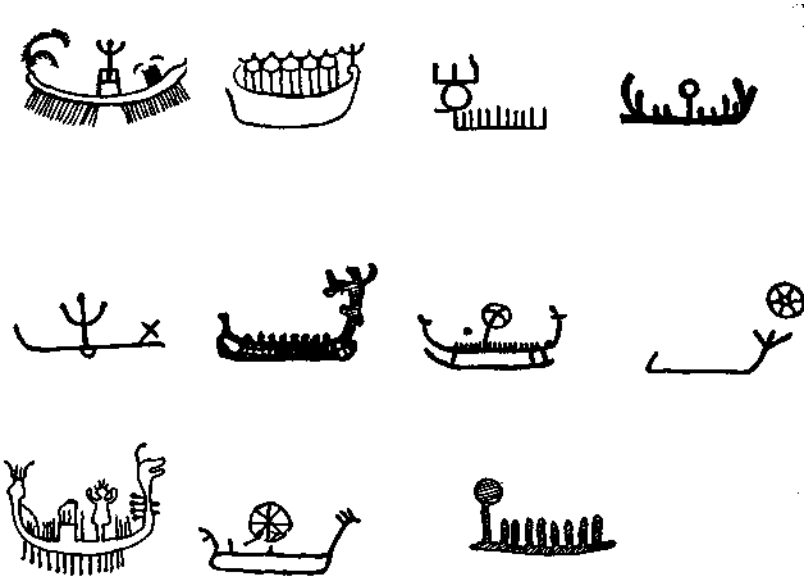
Llama la atención el aspecto primitivo o antiguo de algunos de estos idiomas, así como su gran dispersión. Podría haber otras palabras, débiles rastros de una lengua antediluviana que habremos de descubrir y reconocer siguiendo en dirección descendente las ramas del árbol central del que tal vez proceden las raíces del idioma básico universal y del cual las lenguas romances, germánica, eslávica, sinítica y semítica sólo son ramas superiores.

Pero los idiomas relacionados por esta palabra particular, a excepción del turco y el rumano y tal vez de un tagalo revivido, parecen constituir islas lingüísticas, y la mayoría dan la impresión de estar retrocediendo ante la presión de las lenguas modernas y la comunicación de masas.

Si resulta difícil encontrar las palabras habladas de origen prehistórico, tal vez otras, escritas, nos proporcionarían una respuesta más concreta a la interrogante abierta sobre la difusión étnica y lingüística que tuvo lugar a través del océano Atlántico y nos permitirían referirnos de manera concreta a la existencia de un puente terrestre o a la Atlántida. Sin embargo, algunos documentos escritos han significado un considerable desprestigio para los estudios atlánticos, particularmente en los casos de Paul Schliemann y su controvertida inscripción "fenicia" del cántaro con la cabeza en forma de búho; Brasseur de Bourbourg y su traducción interpretativa; y James Churchward, un norteamericano que basó su teoría sobre la isla-continente en el Atlántico y sobre otro "continente perdido", Mu, en el Pacífico, principalmente en unas "tabletas" de la India y el Tibet a las que no tenían acceso otros estudiosos.

La escritura es el resultado de imágenes que se van simplificando o haciendo más formales, como ocurre con los jeroglíficos egipcios y chinos, o que evolucionan hasta convertirse en una especie de mezcla de dibujos y alfabeto silábico, como en el caso de la antigua escritura cuneiforme del Oriente Medio.

Todas las tribus primitivas trazaron dibujos, y en ocasiones los hicieron casi de la misma forma. Wirth, entre otros, ha llevado a cabo exhaustivos estudios sobre el uso de figuras y símbolos simples, como la cruz, la svástica, las rosetas, los círculos cruzados, etc. Todos ellos sugieren la relación existente entre la escritura a base de dibujos y los símbolos, que él llamó "la sagrada escritura primitiva de la Humanidad". Como argumento en favor de la teoría de la difusión cultural a partir de la Atlántida, que él elaboró, cita entre otros ejemplos ciertos dibujos antiguos o tallas en que se representan barcos ceremoniales. Algunos muestran similitudes asombrosas, como si los artistas que trabajaban en puertos geográficos muy distantes hubiesen visto y dibujado las mismas embarcaciones:



Representaciones prehistóricas y primitivas de barcos sagrados o "barcos del Sol", encontrados en zonas tan distantes como Egipto, Súmer, California, España y Suecia.

Spence cita también un ejemplo del mismo fenómeno. Se trata de un dibujo de los indios primitivos americanos que muestra un búfalo con un signo escrito en su interior, que es casi idéntico a otro descubierto en una caverna de la Edad de Piedra de Europa occidental y correspondiente al período auriñaciense:

¿Constituye este signo una forma de escribir "búfalo? ¿O es el nombre personal o tribal del hombre que lo cazaba? ¿O significa tal vez "lo maté"? ¿O era un signo de encantamiento para conseguir que el cazador fuese capaz de matar a la bestia una vez que había capturado su espíritu por medio del dibujo? Lo más probable es que nunca lo sepamos y que tengamos que limitarnos a señalar la notable coincidencia simbólica o caligráfica entre la cultura amerindia y la cavernícola europea.

La versión auriñaciense es tan primitiva que no puede compararse de ninguna manera con otros grabados más avanzados, de las culturas de Cro-magnon, magdaleniense o auriñaciense, que hacen pensar en una avanzada cultura artística, y por consiguiente no realizan una aportación significativa a la teoría de la civilización atlántica. Siguiendo su teoría de la expansión cultural a partir de la isla platónica, Spence ha hecho notar la presencia de huellas de manos en las antiguas pinturas de las cavernas, en Europa y América. Esto tampoco puede constituir una prueba demasiado concluyente, ya que el dejar una impresión de la palma de la mano en la propia obra constituía una actitud casi automática en los tiempos prehistóricos o históricos e incluso ahora (en que aparecen en el cemento fresco).

Signos encontrados en una cueva en Rocherbertier (Francia), que podrían constituir una escritura mediante dibujos, o ser tal vez un alfabeto. Si esto último es cierto, hace unos ocho o diez mil años habría existido una forma de escritura anterior a nuestro alfabeto actual.

Algunas marcas o dibujos geométricos de gran antigüedad originarios de las cavernas preglaciales de Francia y España parecen rasgos de escritura, pero podrían ser simplemente toscos escritos a base de imágenes, tallas o marcas de propiedad. Por lo demás, existe una colección de piedras pintadas provenientes de las cavernas de Le Mas

d'Azil, en Francia, que tienen una antigüedad de más de doce mil años y parecen cubiertas de letras en la superficie, algo misterioso pero en desacuerdo con la teoría generalmente aceptada acerca del origen de la escritura. (La cultura aziliense, según se recordará, correspondía a una tercera gran emigración a partir de la Atlántida, en la época en que se produjo el hundimiento final.)

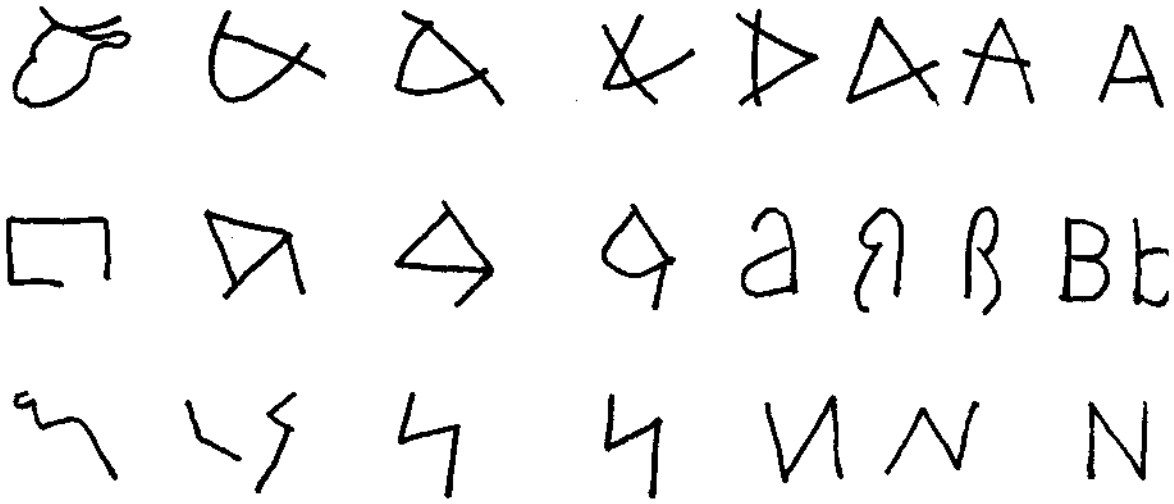
Signos dibujados en piedrecillas coloreadas en Le Mas d'Azil (Francia). Se ignora si estos signos son elementos decorativos o anotaciones.

Los jeroglíficos egipcios, una forma de escritura a base de imágenes que evolucionó hasta convertirse en ana mezcla de dibujos y sílabas, constituyen quizá la forma más antigua de escritura que hayamos encontrado hasta ahora. Los egipcios pensaban que había sido el lenguaje de los dioses, y esa creencia es frecuentemente interpretada por los atlantólogos en el sentido de que los "dioses" eran los seres del océano occidental que llevaron la civilización a Egipto.

Aparentemente, estos sistemas de escritura, primero a base de imágenes y luego por medio de dibujos o signos convencionales y sílabas, fueron inventados en distintos lugares del mundo en forma independiente. El sistema cuneiforme sumerio del antiguo Oriente Medio, que consistía en trazar rasgos lineales en arcilla húmeda mediante cuñas, comenzó también por medio de dibujos y evolucionó hasta convertirse en un sistema silábico.

Pero el verdadero alfabeto, en que un número relativamente pequeño de letras separadas sirven para componer palabras, parece que fue inventado por los fenicios, alrededor del año 2000 o 1800 a.C., para luego difundirse en todas direcciones desde el Mediterráneo. Así se formaron una gran variedad de alfabetos, todos relacionados entre sí, pese a su diverso aspecto. Se cree que todos los verdaderos sistemas alfabéticos del mundo estarían vinculados al primero, que constituye la base y al que habitualmente se llama fenicio porque los mercaderes de Fenicia fueron al parecer los primeros que lo utilizaron.

Protosinaítico Semítico (1600-1400 a. C.)	Cananeo primitivo (1400-1300 a. C.)	Cananeo (hacia 1200 a. C.)	Fenicio primitivo (1100-1000 a. C.)	Formas griegas arcaicas (850-700 a. C.)	Alfabeto latino



Primera columna: *aleph* (buey).
Segunda columna: *beth* (casa).
Tercera columna: *nun o nahas* (serpiente).

Los grupos de letras empleados por los fenicios y otros grupos semíticos evolucionaron desde la escritura a base de dibujos: la A mayúscula (aleph en arameo) representaba un buey (pueden apreciarse los cuernos, si se la pone cabeza abajo); la B (beth) una casa; la D (daleth) una puerta; la G (gimmel o gamel) un camello, etc. Cada vez que pronunciamos la palabra i alfabeto estamos rindiendo un homenaje a sus creadores, al repetir las dos antiguas palabras arameas que significaban "buey" y "casa". En la misma época, alguien tuvo la idea de agrupar estos signos para formar entidades independientes, no como dibujos o sílabas, sino como *letras* que podrían ser usadas para decir cualquier cosa, en cualquier lengua. Pero, puesto que la invención del alfabeto implica miles de años de escritura simbólica antes de llegar a la etapa superior, uno se pregunta si los fenicios, presionados por la necesidad de registrar las múltiples transacciones de su comercio "exterior", lo inventaron repentinamente o si lo recibieron y adaptaron de alguna fuente más antigua. Si así fuera, por su condición de principales navegantes de la época primitiva, ellos habrían sido los más indicados para descubrir dicha fuente. Aunque suele aceptarse generalmente que el origen del alfabeto fue Biblos, en Siria, donde se ha descubierto la escritura alfabética más antigua, en Fenicia se han desenterrado relativamente pocas inscripciones antiguas, en comparación con la gran cantidad que han aparecido en toda la cuenca del Mediterráneo, en Chipre, Malta, Sicilia, Cerdeña, Grecia, las eostas de Francia, España y África del Norte, que demuestran la difusión del alfabeto fenicio, no sólo en el Mediterráneo oriental, sino también en la región occidental.

Desde luego, cuanto más hacia el Oeste, más cerca estaremos de la supuesta localización de la Atlántida, o por lo menos de la cultura avanzada que existía más allá de Gibraltar. La civilización prehistórica del sur de España, adelantada pero poco conocida, incluía la ciudad perdida de Tartessos, en la costa Atlántica sudoccidental. Se cree que en Tartessos se guardaban documentos de hasta 6000 años de antigüedad, en la época de su destrucción. Sin embargo, sólo han quedado algunas "letras": las del anillo de Schulten y algunas otras inscripciones de Andalucía y el norte de África, que podrían estar relacionadas con ella, o no. Los habitantes indígenas de las islas Canarias poseían un sistema de escritura en el siglo XIV, cuando fueron descubiertos, que puede haber tenido vínculos con el alfabeto español preibérico. Pero sus signos se desvanecieron con ellos cuando fueron trasladados y posteriormente absorbidos.

Los misteriosos etruscos, un pueblo culto y artístico que se asentó en Italia y fue conquistado y absorbido por los romanos, han sido considerados a menudo como posibles descendientes de los atlantes, debido especialmente a que Platón dijo que fueron alguna vez conquistados por ellos, cuando "sometieron partes de Europa, hasta Tirrenia...". Aunque el alfabeto etrusco, derivado posiblemente del griego o el fenicio, ha sido descifrado, no sabemos en realidad cómo sonaba fonéticamente.

Los etruscos son misteriosos porque, salvo las inscripciones en las tumbas, no poseemos ninguno de sus documentos literarios o escritos, que resultaron destruidos junto con sus ciudades por los romanos. Sólo sabemos, por las pinturas de sus tumbas (las

pintaban a la manera de los egipcios, pero con motivos más festivos), que vivieron de manera muy agitada. Hace muchos años se descubrieron tres tablillas de oro muy delgadas en unas ruinas. Dos de ellas tenían inscripciones en etrusco y la tercera incluía una traducción al fenicio. Pese a este hallazgo y debido a que resultó estar relacionado con la dedicación de un templo, los etruscos continuaron inmersos en el mismo misterio de siempre en cuanto a su historia o lugar de origen. Pero si las lenguas etrusca y fenicia arcaica hubiesen estado relacionadas, tal relación podría apuntar hacia un origen común, aún más antiguo y relacionado con el punto de partida del verdadero alfabeto. En todo caso, la inscripción del anillo de Tartessos, al igual que otras de la Iberia prerromana, parece estar escrita en el mismo alfabeto, si no en el mismo idioma.

Si alguna vez llegan a encontrarse documentos o literatura etrusca, cabe esperar que arrojen alguna luz sobre la cuestión de su origen y la posible relación con otras culturas, atlánticas u orientales.

Cuando se descifraron los manuscritos de Creta minoica y se clasificaron con los nombres Lineal A y Lineal B, se esperaba también aclarar el misterio. El hecho de que Creta fuese un imperio marítimo con un sorprendente nivel de civilización, ya en épocas muy remotas, ha llevado a asociarla frecuentemente con la Atlántida, e incluso se ha llegado a afirmar que fue el emplazamiento de la isla de Platón. Cuando el sistema Lineal B fue descifrado por un joven inglés, Michael Ventris, poco después de la Segunda Guerra Mundial, no se aclaró ningún misterio especial. Algunos de los materiales disponibles para traducción, por ejemplo, están relacionados con transacciones comerciales, y con cuentas de la administración estatal, suministros y pagos. Una de las cuentas detallaba incluso la cantidad de aceite de oliva y perfume que correspondía a los esclavos, lo que no deja de ser una evidencia bastante sorprendente acerca de una especie de esclavitud dotada de "seguridad social". Obviamente, hay grandes esperanzas de que en el futuro, la traducción del manuscrito más antiguo, Lineal A, proporcione mayor información.

Durante la larga historia de la Humanidad, tribus y razas han desarrollado la escritura o consiguieron aprender una forma de escribir. Luego, por diversas razones, la olvidaron, como ocurrió en el caso de los manuscritos Lineal A y Lineal B de Creta y con la propia escritura arcaica de Grecia. En su reciente libro *Voyage to Atlantis* (Viaje a la Atlántida), el arqueólogo y oceanógrafo norteamericano James Mavor relacionó el curioso hecho de que el griego escrito primitivo desapareciera desde el siglo XII a.C. hasta aproximadamente el año 850 d.C., para ser sustituido por un nuevo sistema de escritura, con la más misteriosa sección de los "documentos básicos" de Platón. En ella, el filósofo alude a la conversación de los sacerdotes egipcios con Solón en torno a los documentos escritos que los egipcios, a diferencia de los griegos, poseían: "... (cuando) la corriente del cielo... deja sólo a aquellos de vosotros que estáis desprovistos de letras... tenéis que volver a empezar como niños, sin saber nada de lo que ocurrió en los tiempos antiguos...".

Comparación de muestras de escritura del valle del Indo y de la isla de Pascua, que revelan una extraordinaria similitud, aunque los lugares en que fueron utilizadas estaban separados por miles de kilómetros.

Dado que, habitualmente, cuando desaparece o se eclipsa una cultura o se produce su absorción por otra, los documentos que poseen se pierden, la desaparición de la escritura griega, ocurrida hace siglos, constituye de por sí un misterio, por cuanto no se produjo ninguna interrupción de dicha civilización.

El "alfabeto" de la isla de Pascua, constituido por una serie de líneas rizadas y de dibujos sobre tablillas de madera, es un ejemplo notable de lenguaje escrito que desapareció a consecuencia de la decadencia de una cultura. Debido a la despoblación y a la conquista, los descendientes del pueblo que las escribió sabían que estaban escritas, pero no podían leerlas.

Estas tablillas no han sido aún traducidas y tal vez no lo serán hasta que se encuentre una clave o alguna referencia que pueda traducirse. No obstante, la escritura de la Isla de Pascua muestra un sorprendente parecido con la del valle de Indo, utilizada en las grandes ciudades de Mohenjo Daro y Harappa, en el actual Paquistán, hace más de 5000 años. Al compararlas se obtiene una evidencia visual bastante convincente en cuanto a que están relacionadas, pero, puesto que la del valle del Indo tampoco ha sido descifrada, el misterio de su relación y significado sigue siendo tan profundo como siempre.

De hecho, ahora el enigma es aún mayor, porque, si la Isla de Pascua fue colonizada desde el continente americano, como supone Heyerdahl, debido a la dirección de la comente del Pacífico, tal vez una forma de la escritura isleña llegó hasta la península de la India procedente de América. De no ser así, la aparición de este manuscrito del valle de Indo indicaría que una antigua civilización navegó a lo largo de miles de kilómetros por el Océano Pacífico*, para establecer una pequeña colonia en una isla que, en realidad es más bien parte de América que de Asia. Además, las ruinas que todavía existen en la isla de Pascua guardan una clara relación con las de la cultura costera del Perú. Se ha estudiado una tercera posibilidad: que la isla de Pascua sea el resto de un continente perdido en el Pacífico. Sin embargo, el examen del fondo del océano no ha corroborado esta teoría.

En todo caso, independientemente del hecho de que la escritura de la isla provenga del Este o del Oeste, su similitud con la de un antiguo manuscrito indio constituye un vínculo evidente entre dos lenguas escritas del Viejo y el Nuevo Mundo, a través del Pacífico, aunque se trate de idiomas que no pueden ser leídos ni identificados.

En el caso de los tuareg, el llamado "pueblo azul" del desierto del Sahara, en razón de que la tintura que usan en sus velos protectores colorea sus rostros de azul, la lengua escrita no coincide con la lengua hablada. Se cree que tienen vínculos idiomáticos con los pueblos púnico y libio de la Antigüedad, lo cual nos lleva de nuevo a la cultura fenicia. Pero el t'ifinagh, su idioma escrito y alfabético, distinto a la lengua que hablan, el temajegh, está siendo olvidado sin que se haya podido clasificar ni traducir adecuadamente. Esta extraña escritura perdida en el desierto constituye otro misterio lingüístico, esta vez con el añadido de ciertas tonalidades "atlánticas".

En el continente americano encontramos constantes referencias a escrituras introducidas por dioses o maestros provenientes de Oriente o del mar oriental. Quetzalcóatl, por ejemplo, aparece como procedente desde "la tierra negra y roja", que, según podemos deducir, es la región de la escritura, puesto que el negro y el rojo eran los colores aztecas, utilizados principalmente en su lengua escrita a base de dibujos. ("La tierra negra y roja" también encaja en la descripción que Platón hace de las ciudades de la Atlántida, construidas con piedra roja y negra.)

Sahagún, cronista español de la conquista de México, nos ha dejado una interesante descripción de un grupo de sacerdotes o sabios que habrían llevado la escritura a aquel país. Cita fuentes antiguas y dice: "(Ellos) vinieron desde más allá del océana y desembarcaron cerca (en Veracruz)... Ancianos sabios que poseían todas las escrituras, los libros, las pinturas". Fernando de Montesinos, un cronista español de la historia incaica, nos informa acerca de un extraño elemento presente en la tradición histórica peruana: según la historia "hablada", el inca Huanacauri (perteneciente a una dinastía anterior a la que exterminaron los conquistadores) fue aconsejado por los sacerdotes encargados del culto del Sol sobre la forma en que podría librarse de la plaga que estaba devastando su

* Acerca de esta teoría, véase el libro *Operación Rapa-Nui,* de Antonio Ribera (Editorial Pomaire, Barcelona, 1976). *(N. del E.)*

imperio. Lo que debía hacer era abolir la escritura. En consecuencia, impuso la pena de muerte contra quienes escribieran y mató a algunos desobedientes, y suponemos que la escritura, al igual que la plaga, desaparecieron de su imperio. ¿Cómo pudo sobrevivir el recuerdo de estos hechos, sin documentos escritos? Por medio de "archivos" humanos seleccionados para memorizar la historia y literatura incas. De hecho, algunos poemas muy largos en quechua e incluso ciertas obras de teatro tradicionales, como *Ollantay,* han sido "recordadas" mediante la transmisión oral desde la época de los incas y luego, en la época moderna, reescritas y puestas en escena. Los registros de población, producción y tributos del imperio inca eran conservados mediante un sistema de grandes tiras de cuerdas coloreadas y anudadas, y es posible que los archiveros entrenados para memorizar los utilizasen para refrescar la memoria, como un sustituto de los documentos escritos. Incluso hoy, no se comprende totalmente el uso que tenían los *quipus,* y es posible que subsistan algunos conocimientos incaicos en las aldeas andinas que hablan quechua y aymará.

Existen en el Nuevo Mundo tantas inscripciones que han resultado ser obra de indios de nuestra época, de exploradores e incluso de bromistas, que los investigadores suelen examinar con extremo cuidado las numerosas y muy "antiguas" que pueden hallarse en Venezuela, Colombia y Brasil, lo mismo que en la costa occidental. Algunas de ellas parecen escritas en griego, otras en fenicio y otras son indescifrables.

Debemos recordar que existen grandes zonas de Sudámerica que están inexploradas, y no sólo desde el punto de vista arqueológico, sino en todos los aspectos. Sólo han sido examinadas desde el aire y observando una jungla espesa que se parece mucho a un océano verde. Las numerosas inscripciones que se han hallado a lo largo de las orillas de los ríos, que podrían haber sido puertos, y en colinas que tal vez son ruinas, y las leyendas sobre ciudades perdidas y ocultas bajo el manto de los árboles, han hecho que se considere a este otro océano un posible lugar clave para las cuestiones de la Atlántida y la prehistoria. El explorador Fawcett, por ejemplo, perdió la vida allí, cuando estaba dedicado a buscar rastros de supuestas "ciudades perdidas".

Aunque muchas de las inscripciones que se han encontrado en la zona oriental de Sudamérica han sido consideradas como falsas, parece improbable que las personas que quisieran llevarlas a cabo penetrasen con tal propósito hasta la zona más profunda del río, o que los pueblos primitivos de la jungla se hayan tomado tantas molestias, o que hayan aprendido las letras fenicias y griegas.

Además, parece que se ha dado con ciertas pruebas concretas que indican que llegaron visitantes desde el otro lado del océano. Por ejemplo, el tesoro en monedas romanas que apareció en una excavación en Venezuela, cuya fecha más reciente es el año 350 a.C. Es posible que al avanzar en la exploración de la selva se encuentren y estudien nuevas inscripciones, que tal vez nos proporcionarían nuevos indicios, no sólo acerca de las primeras exploraciones americanas, sino sobre quiénes eran los exploradores y qué alfabetos o sistemas de escritura utilizaban. Por último, conservamos ciertas memorias lingüísticas, algunas de ellas posibles supervivencias aisladas de un lenguaje anterior a la inundación, y una cantidad de manuscritos indescifrados que cuando sean interpretados quizás aclaren el misterio (o contribuyan a hacerlo más complejo).

¿Hay algo más, desde el punto de vista lingüístico? Sí que lo hay: el nombre mismo de la Atlántida. Suponiendo que dicho continente o imperio existió realmente, es posible que sus habitantes lo conocieran con un nombre distinto del que se le da en las versiones griegas. La constante aparición de los mismos sonidos A-T-L-N en diversos lenguajes para señalar el punto de origen de la raza, la antigua patria, el paraíso terrestre, el origen de la cultura, y que son utilizados por pueblos de ambas orillas del Atlántico, constituye un testimonio vivo de una tierra y una civilización que la Humanidad no ha podido olvidar, sea o no cierta su existencia.

¿Dónde estaba la Atlántida?

Del mismo modo que coexisten opiniones considerablemente diferentes en el mundo académico respecto de si la Atlántida existió o no, incluso entre sus más fervientes partidarios, también hay criterios diversos acerca de su localización geográfica. Muchos piensan, como Platón, que está sumergida en el Atlántico. Otros creen que se encuentra bajo tierra, por ejemplo bajo las arenas del Sahara, que en una época anterior estuvieron cubiertas por un mar interior. Otros consideran que puede hallarse bajo el hielo del Ártico, o bajo las aguas de otros océanos y mares, y hay quienes afirman que la Atlántida fue simplemente el nombre que Platón aplicó a otra cultura histórica, situándola "más allá de las columnas de Hércules" por un error geográfico.

Se han escrito varios miles de libros para demostrar la existencia o inexistencia de la Atlántida, pero es interesante que analicemos lo que piensan los autores o investigadores más destacados, antiguos o modernos, en cuanto a la situación geográfica de la isla-continente. Después de realizar una muestra de 270 especialistas llegamos a la siguiente división de opiniones (considerando el elevado número de quienes han escrito sobre el tema, sólo hemos tenido en cuenta a los de mayor importancia histórica o a los investigadores más destacados, o a los que han realizado expediciones de búsqueda en una zona especial):

Supuesta localización de la Atlántida	***Número de partidarios de esta localización:***
Isla sumergida o puentes terrestres en el Atlántico	97
Nunca existió físicamente. Es sólo una leyenda	46
Existió en Norte o Sudamérica o en ambas a la vez	21
En Marruecos o el norte de África, incluyendo Cartago	15
En Tierra Santa, posiblemente en Israel o El Líbano, Tartessos y el sur dé España, Creta y/o Tera	9
Gibraltar; otras islas del Mediterráneo y/o Malta	6
Continente hundido en el Pacífico	4
Desierto del Sahara, Irán	3
Islas Canarias, Ceilán, México, Groenlandia, Sudáfrica, Crimea y sur de Rusia, Países Bajos, montañas del Cáucaso, Brasil, Nigeria	2
Arabia, Bélgica, Gran Bretaña, Cataluña, Prusia Oriental, Etiopía, Francia, Iraq, Mecklenberg (Alemania), Europa del Norte, continente del Polo Norte, Portugal, Siberia, Spitzbergen, Suecia, Venezuela, Indias Occidentales, isla sumergida en el océano Indico	1

En esta lista no se menciona en forma separada a las islas Azores, puesto que para los que piensan que la Atlántida era un continente sumergido en el Atlántico, las Azores son cumbres de montañas no cubiertas por las aguas que se alzaban en el "octavo" continente, como también suele llamársele.

Llama la atención que casi una quinta parte de los investigadores (que han pasado un número indeterminado de años llevando a cabo su investigación) hayan llegado a la conclusión de que la Atlántida nunca existió, excepto en las mentes de quienes escribieron acerca de ella. Muchos de ellos piensan que, o bien Platón la inventó, como un ejemplo para ilustrar su idea acerca del Estado perfecto, o bien escuchó el nombre de labios de viajeros que regresaban del Mediterráneo Occidental y lo utilizaban en relación con lugares que existían y cuyos adelantos arquitectónicos y en materia de ingeniería, así como su avanzada organización, les había impresionado profundamente. Los informes

sobre la grandeza de Babilonia, Creta o Persia encajan perfectamente en esta idea de una "superpotencia". Otros han sugerido que los sacerdotes egipcios *podrían haber* contado a Solón lo que relata Platón, pero que lo habrían hecho con el fin de ganarse su voluntad y establecer la reputación de los atenienses como pueblo que había sido lo bastante fuerte en el pasado como para derrotar al ejército atlántico.

Los críticos modernos de la teoría atlántica parecen haber perdido un tanto de su escepticismo desde la época de Aristóteles. Esta aparente simpatía hacia el tema, incluso de parte de quienes no dejan de mostrar su reserva, puede deberse al atractivo que ejerce la leyenda atlántica, o a un mejor conocimiento del pasado, que lleva a la creencia generalizada de que ciertas culturas prehistóricas no han sido descubiertas aún y de que la época prehistórica del hombre tiene una antigüedad mayor de lo que pensamos. Algunos de los antiatlantistas han llegado a la conclusión de que la isla-continente viene a llenar una necesidad psicológica: la que siente el hombre de refugiarse en la idea de que alguna vez, en una edad de oro, las cosas eran mejores, antes que otros factores provocaran la destrucción de la primera civilización perfecta del hombre.

Otros la consideran un ejemplo desde el punto de vista pedagógico, sobre todo teniendo en cuenta que la leyenda afirma que la Atlántida fue destruida como consecuencia de la decadencia moral de su pueblo. En esta idea abundan los que creen en la isla-continente de hoy y esperan que la Humanidad haya aprendido la lección del pasado y no volverá a provocar su propia destrucción. El tema vuelve a plantearse cada vez que se descubre una civilización misteriosa. Entonces se plantean preguntas de este tipo: ¿Podría tratarse de la Atlántida? o ¿es esto lo que originó la leyenda de la Atlántida? Algunas de estas teorías son particularmente interesantes por las medidas que mencionan. Es decir, habría que tomar las dimensiones que Platón atribuyó a la isla-continente y a su ciudad capital, con su red de canales, y aplicarlas, o interpretarlas, según los lugares arqueológicos de que se trata.

Albert Hermann, un historiador-geógrafo que se contaba entre quienes pensaban que la Atlántida estaba en Túnez, basó una gran parte de su teoría en una posible traducción errónea de lo que los sacerdotes egipcios de Sais dijeron a Solón. Observa cómo todas las medidas que proporciona Platón son divisibles por 30, y por ello cree que las medidas de los egipcios estaban probablemente dadas en "schomos" (un estadio equivale a treinta schomos) y que, de alguna manera, en un confuso intento por hacer que la traducción resultara bien, el traductor *multiplicó* por 30 las cifras que le daban. Pero no podemos estar seguros de que Solón utilizó traductor, pues es posible que los sacerdotes egipcios hablasen griego. En todo caso, Hermann hizo coincidir a Túnez exactamente con las medidas atribuidas a la Atlántida, y al medir la gran planicie central descubrió que sus dimensiones también coinciden con las de la isla sumergida, si se divide por 30. En su opinión, Shott el Djerid, un lago pantanoso en cuyos alrededores se encontraron moluscos marinos, fue antes el lago Tritonis, un mar interior abierto hacia el Mediterráneo, y los grandes canales circulares tenían una anchura de sólo tres metros. Hermann pensó que había encontrado restos de la ciudad de Poseidón, que según él estaba relacionada también con las leyendas árabes sobre la antigua "ciudad de bronce", situada en el Sahara, cerca de la aldea de Relisia. Esta aldea contaba sólo con quince casas, pero disponía de ciertas vías de agua subterráneas (¿restos de canales?). Sin embargo, aunque las medidas horizontales que presenta Hermann son cuando menos discutibles, la aplicación de las dimensiones verticales en una relación de 30 a 1 convertirían las grandes montañas y soberbios templos descritos por Platón en simples montículos y chozas.

Otro alemán, el pastor Jürgen Spanuth, escribió un libro en 1953 situando la Atlántida en el Mar del Norte, en la desembocadura del río Elba, al este de Heligoland, donde muy frecuentemente se habla acerca de edificios sumergidos. Según él, la isla-continente era la capital de un imperio septentrional del que habría partido el ataque contra Egipto, que según los archivos egipcios habría tenido lugar en el siglo XII a.C. Refiriéndose especialmente a algunas grandes rocas halladas en el fondo llano y que según él podían corresponder a la ciudadela atlántica, Spanuth introdujo un nuevo elemento en la investigación submarina: los buceadores. Pensamos que ésta fue la primera vez que se han utilizado buceadores en la búsqueda de la Atlántida, lo que constituye un adelanto a la vez lógico y prometedor. Sin embargo, en el caso de Spanuth, los mensajes telefónicos de los submarinistas desde el fondo al buque madre y a una profundidad de sólo ocho metros, indicaban un entusiasmo exagerado. Informaron haber hallado una serie de muros

paralelos "hechos de grandes rocas". Sus mediciones posteriores e incluso sus colores coinciden con el relato de Platón, aunque a escala reducida, como ocurre con la teoría de Hermann. Otras dos expediciones submarinas que se llevaron a cabo en este lugar efectuaron nuevas mediciones y extrajeron algunos trozos de pedernal trabajados.

Debido al aumento general del nivel de las aguas en relación con el hundimiento de la costa en muchas partes de Europa, que tuvo lugar en las Edades de Piedra y de Bronce, muchas otras tierras sumergidas a la orilla del mar podrían encerrar nuevos elementos de la Edad de Piedra. Pero la exploración submarina en las zonas cercanas a la costa, en el Mar del Norte o en el Atlántico Norte es difícil y a menudo poco satisfactoria, debido a la falta de visibilidad, algo muy distinto a lo que ocurre en las aguas habitualmente claras del Mediterráneo, el Caribe y otros mares más meridionales.

Probablemente, la explicación más verosímil de la Asentida como actual emplazamiento arqueológico de la isla de tera, en el mar Egéo, la debemos a dos investigadores griegos, los doctores Spiridon Marinatos, arqueólogo, y Angelos Galanopoulos, sismólogo. Su teoría aparece en el libro *Voyage to Atlantis* (Viaje a la Atlántida), del arqueólogo y oceanógrafo norteamericano James Mavor. En él se explica el misterioso colapso del imperio minoico de Creta y la destrucción de su espléndida capital, Cnosos, como consecuencia de una explosión volcánica que destruyó la isla de Tera en el año 1500 a. C., dejando un enorme abismo submarino donde antes se hallaba una parte de la isla. Según se cree, esta convulsión afectó también a Creta, abatiendo y quemando ciudades que nunca recuperaron su elevada civilización anterior. Las ondas provocadas por este fenómeno debieron alcanzar las playas del Mediterráneo, hundiendo poblaciones costeras y dando origen quizás a las leyendas sobre la inundación universal. Las excavaciones han revelado la presencia de cenizas volcánicas en Tera y Creta que algunas veces alcanzan una profundidad de 40 metros. Futuras excavaciones en tierra o en el fondo del mar nos proporcionarán, sin duda, información más detallada sobre la catástrofe.

Como el comercio entre Egipto y Creta fue interrumpido por el misterioso declive de Cnosos y del imperio minoico, es posible que los egipcios, al no tener noticias de Creta, hayan dado origen a la leyenda de que ésta había desaparecido o se había hundido. Se ha sugerido también que las informaciones respecto a una invasión de Egipto desde el Norte podrían responder al movimiento de las oleadas de gentes arruinadas por el terremoto, que habrían atacado la nación egipcia en su afán por encontrar nuevas tierras donde instalarse.

El doctor Galanopoulos ha dado mayor fuerza a la teoría que sitúa la Atlántida en la isla de Tera. Su método consiste en dividir las medidas de Platón, y también sus otros cálculos, por 10, en caso de que sean superiores a mil. Si son inferiores a esa cifra las acepta sin modificaciones. De esta forma, el foso que rodeaba la ciudad principal de la Atlántida, convertido en kilómetros, no tendría una extensión de 1800 kilómetros, sino de 180, que sería aproximadamente la circunferencia de la planicie de Mesara, en Creta. Se podría calcular igualmente que el ejército constaba de 120.000 hombres, en lugar de 1.200.000 y la flota de la isla quedaría reducida, de 1200 barcos, a una cifra más modesta, de 120. Incluso la fecha señalada por Platón para la destrucción de la Atlántida resultaría más de acuerdo con la de la destrucción real de Tera, si se divide por diez.

La explicación de esta discrepancia en los números superiores a 1000 sería que el error básico se cometió al reducir los jeroglíficos egipcios o al interpretar incorrectamente el manuscrito cretense.

Arthur Clarke, un destacado científico y escritor de ciencia ficción, que se interesa tanto por el pasado y las profundidades como por el futuro y el espacio, opina que, *incluso si la Atlántida hubiese existido,* los pueblos mediterráneos habrían recordado el desastre de Tera, por ser más reciente. Clarke hace notar que nadie habla acerca del terremoto de San Francisco, ocurrido en 1836, porque se suelen recordar únicamente las catástrofes más próximas en el tiempo como, por ejemplo, el "incendio" de 1906, que por lo demás fue mucho menos grave. Y luego plantea la siguiente y muy inquietante analogía: que si se lanzara una bomba atómica en Chicago, los sobrevivientes sólo recordarían la bomba y *no* el incendio de 1871.

Ignatius Donnelly citó la isla de Tera (llamada también Santorini o Santorin) en 1882, como ejemplo de las transformaciones ocurridas en algunas islas del Mediterráneo, a causa de erupciones volcánicas y terremotos, y sostuvo que "un examen reciente de

dichas islas muestra que la masa total de Santorin se ha hundido más de-400 metros desde que fue proyectada fuera del mar". Aparentemente, Donnelly se refería a la profunda "caldera" que ocupaba anteriormente la isla de Tera (Santorin) antes de hundirse.

El doctor Galanopoulos, que ha participado en investigaciones realizadas en este mismo lugar, sugirió que la capital atlántica estaba situada en los alrededores de aquella depresión, y ha ofrecido una ingeniosa superposición que muestra cómo la cindadela de Po-seidón descrita por Platón encajaría dentro de los "dientes" de Tera que se extiende hacia Occidente desde el extremo oriental de la isla, formando una bahía. Se ha informado que algunas ruinas submarinas se hallaban a una profundidad de 40 metros en esta bahía. Por su mismo aspecto Tera parece la parte sobreviviente de algún cataclismo, con su cono central humeante, sus arrecifes negros y sus frecuentes y periódicos terremotos. Uno de ellos destruyó recientemente el sistema de transporte por funicular hacia el volcán central. Como prueba adicional de la actividad sismológica en la zona, cada cierto tiempo emergen pequeñas islas del fondo del mar, que los nativos llaman "las islas quemadas". El agua en torno a ellas es tan sulfurosa que los pescadores han descubierto que pueden eliminar las lapas adheridas a sus botes, por el simple procedimiento de anclarlas cerca de dichas islas durante varios días.

El nombre de Tera se deriva del griego antiguo, "bestia feroz", y el lugar sigue haciendo honor a estas sugerencias de peligro y vida salvaje, rugiendo y humeando, como dispuesta a ofrecer en cualquier momento una repetición de la gran explosión.

Pero Tera y Creta se hallan dentro del Mediterráneo, y sin duda aquende las Columnas de Hércules; en cambio Platón y la leyenda sitúan la Atlántida en medio del Atlántico. ¿Es posible que el filósofo griego o sus informadores hubiesen sufrido una confusión geográfica? Muy posible, teniendo en cuenta la época en que vivió. Y, sin embargo —el nombre de la Atlántida no ha sido mencionado en relación con Tera o Creta— fueron centros de civilizaciones en los que ocurrieron algunas catástrofes. Si aceptamos la destrucción de Tera, como estamos obligados a hacerlo dadas las evidencias de que disponemos, ¿significaría ello que debemos abandonar cualquier idea acerca de la Atlántida atlántica? Si aceptamos igualmente que Tera fue la Atlántida, todavía tendríamos que explicar el nombre mismo y ciertas interrogantes misteriosas y aún no resueltas relacionadas con las tradiciones, la memoria racial, distribución de animales y personas, y las similitudes culturales en materia de arte y arquitectura que estaban presentes en ambos lados del Atlántico, antes de Colón.

Pero, ¿hay algo más? ¿Existen otros indicios en el sentido de que la Atlántida no era solamente un nombre atribuido a una buena historia basada en un desastre local? Existen algunos hechos sorprendentes que, al ser considerados cuidadosamente en relación con otros factores, podrían convertirse en una gran ayuda para explicar el misterio de la isla-continente y abrir el camino hacia una futura explicación más adecuada.

Pero, antes de ofrecer la explicación obvia (si es que puede explicarse de manera obvia algo que ocurrió en el pasado distante), he aquí otro aspecto misterioso de la cuestión: cuando se descubrieron las islas Canarias, en el siglo XIV, y una vez que los españoles pudieron comunicarse con sus habitantes, éstos manifestaron su sorpresa de que existiera otro pueblo vivo, ya que pensaban que toda la Humanidad había perecido en una catástrofe y que sólo algunas montañas, que ahora constituían su hogar, habían permanecido sobre el agua. Además, estos isleños poseían una extraña mezcla de civilización y barbarie de la Edad de Piedra.

Entre otras cosas, se regían por un sistema de monarquía electiva compuesta por diez reyes, adoraban al Sol, tenían una clase sacerdotal especialmente dedicada al culto de este dios, momificaban a sus muertos, construían sus casas con piedras encajadas con mucha precisión y con paredes pintadas de rojo, blanco y negro, tenían grandes fortificaciones circulares, practicaban una forma de irrigación por medio de canales, se tatuaban la piel mediante sellos que imprimían los dibujos, confeccionaban una cerámica similar a la de los indios americanos, fabricaban lámparas de piedra, poseían literatura y poesía y contaban con un lenguaje escrito y *con alfabeto.* Su lenguaje hablado, que ahora se ha perdido, parece haber estado relacionado con el del pueblo beréber y tal vez también con los de los pueblos tuareg, de África, a los que se ha considerado posibles sobrevivientes de la isla de Platón.

Varios de estos rasgos culturales coinciden estrechamente con las tradiciones

atlánticas y de otras civilizaciones mediterráneas y trasatlánticas. Se ha sugerido que las Canarias pudieran haber sido colonizadas por los fenicios; sin embargo, es dudoso>que los descendientes de un pueblo de marinos vivieran en islas pero evitando el contacto con el mar. La explicación de este hecho podría ser que una inundación o hundimiento hubiese dejado una huella permanente en el sistema psíquico de los sobrevivientes.

Hay otros indicios que apuntan hacia un considerable declive cultural, como por ejemplo que para hacer la guerra se sirvieran de armas de piedra y madera. Sin embargo, su organización fue lo bastante eficaz como para hacer frente durante cierto tiempo a los españoles.

Al examinar los cráneos de las momias se ha advertido una curiosa similitud en las costumbres médicas; concretamente en las técnicas de trepanación, que consistían en colocar una lámina de oro o plata sobre el cerebro cuando el cráneo había sido herido. Tanto los guanches de las islas Canarias como los incas peruanos practicaron este arte delicado, pero sólo podemos especular acerca de si esto era una consecuencia de una cultura atlántica compartida o si se desarrolló en forma natural en unos pueblos habituados a golpear a sus enemigos en la cabeza.

Incluso algunas de las características físicas que Platón describe en detalle pueden ser identificadas en las islas atlánticas. El filósofo menciona la existencia de rocas negras, blancas y rojas, como las de origen volcánico que todavía pueden verse en las Azores, las Canarias y otras islas del océano Atlántico. La referencia a climas templados y cantidades ilimitadas de fruta pueden aplicarse todavía a Madeira, las Canarias y las Azores, y la gran montaña que se alza desde la planicie central podría ser el monte Teide, de Tenerife. En la narración de Platón se advierte otra coincidencia, cuando habla de manantiales fríos y calientes, que habrían sido creados por el tridente de Poseidón. Estas fuentes, al igual que las rocas blancas, negras y rojas, también existen en las Azores.

Paul Le Cour, fundador de la organización francesa "Amigos de la Atlántida" y de la revista "Atlántida", visitó las Azores y comentó estas coincidencias. También se refirió al uso que actualmente se da a los trineos en las Azores. Los isleños los hacen deslizar sobre piedrecillas redondas, lo que significa trasladar a la época moderna un sistema de transporte correspondiente a la Edad de Piedra. Las Azores, aún más que la isla Tera, presentan un aspecto de tierras sumergidas, con grandes cumbres montañosas de color negro que se alzan directamente desde el mar.

En la época clásica hubo evidentes contactos esporádicos entre los guanches y los fenicios, cartagineses, numidios y romanos, pero el nivel cultural había retrocedido considerablemente en el momento de su "redescubrimiento" por los españoles.

No existen documentos relativos al descubrimiento de habitantes nativos en las Azores, aunque se han encontrado ciertas reliquias de indígenas o visitantes que llegaron por el mar. En una caverna de la isla de San Miguel se descubrió un bloque de piedra con una talla que representaba un edificio. Paul Le Cour, llevado del entusiasmo que nacía de su condición de fundador de los "Amigos de la Atlántida", clasificó esta talla como la reproducción de un templo atlántico.

Parece que las islas fueron visitadas por cartagineses y fenicios, puesto que se han encontrado monedas de Cartago en Corvo, la más occidental de las Azores. Los primeros exploradores también hallaron en Corvo la estatua de un jinete, esculpida en piedra y con una inscripción indescifrable en la base. Desgraciadamente para los investigadores posteriores, el rey de Portugal ordeno su traslado en el siglo XVI. La estatua ha desaparecido y también la base y la inscripción. Sin embargo, ha llegado hasta nosotros otra pieza fascinante, según señala A. Braghine, un moderno investigador, en su libro *The Shadow ofAtlantis* (La sombra de la Atlántida). Cuando los exploradores portugueses que buscaban nuevos territorios llegaron a las Azores y vieron la estatua, advirtieron que el brazo del jinete apuntaba hacia Occidente; es decir, hacia el Nuevo Mundo. Se dice que los habitantes de las islas la llamaban *Cates,* lo cual no tiene significado, ni en portugués ni en español, pero que, por una curiosa coincidencia lingüística, se asemeja, en el lenguaje quechua del antiguo imperio inca, a la palabra *cati,* que quiere decir "siga", o "vaya hacia allí".

Al estudiar las islas del Atlántico y su posible relación con las costas del Atlántico y con las islas y culturas del mundo mediterráneo primitivo, nos acercamos mucho a una posible solución del misterio de la Atlántida, un misterio que tal vez nunca lo fue, ya que siempre hemos tenido una explicación a mano.

La investigación oceanógrafica, al igual que la exploración submarina por medio de hombres-rana, que constituye un campo de investigación completamente nuevo, se han unido para proporcionarnos una respuesta lógica y verosímil.

Aunque algunos suelen ser visionarios, los submarinistas tienden al mismo tiempo a adoptar una actitud práctica y pragmática, que les ayuda a sobrevivir. En los últimos años, y gracias a observaciones de primera mano, han advertido que las aguas de la tierra han estado subiendo a través de los siglos y que a ello se debe que todavía exista un terreno abonado para los descubrimientos arqueológicos a lo largo de las líneas costeras del Mediterráneo, el Caribe y otros mares.

Jean-Albert Foéx nos ha ofrecido la explicación más plausible y al mismo tiempo más obvia acerca de la Atlántida, en su libro *Histoire sous-marine des Hommes* (Historia submarina de los hombres)[*]. Su deducción no se basa en leyendas o mitos, sino en hechos científicos aceptados como tales. Se apoya en el consenso general existente entre geólogos y oceanógrafos, en el sentido de que, si bien *el* nivel del agua se ha elevado en los últimos milenios a un ritmo de unos 30 centímetros cada siglo, hace muchos miles de años se produjo una enorme crecida, a un ritmo mucho más rápido. Alrededor del siglo X a.C., el nivel del mar se hallaba unos 135 a 150 metros por debajo del actual. La elevación del nivel se debió a las inundaciones originadas por el deshielo de los últimos glaciares. Cuando el tercer y último glaciar se retiró y los hielos se derritieron, las aguas se elevaron en más de 150 metros y produjeron lluvias torrenciales y erupciones volcánicas, especialmente en las zonas volcánicas del Atlántico. Esto debió parecer como el fin del mundo, en medio de un gran diluvio. En otras palabras, el "complejo cultural" atlántico, que lógicamente se debió producir en las islas de clima templado *y* en las costas adyacentes, desapareció durante los trastornos sismológicos que acompañaron a las grandes inundaciones subsiguientes al deshielo. Este aumento del nivel de las aguas podría explicar también el gran crecimiento del Mediterráneo, cuyo fondo no es un verdadero fondo marino, sino que se caracteriza por tener valles y montañas. Esta vez, al estudiar la Atlántida estamos pisando terreno científico firme, en general. Sabemos que los glaciares existieron; que el hombre preglacial también existió, y conocemos el ritmo de aumento de nivel de las aguas del océano gracias a la precisión que el empleo del carbono radiactivo nos ofrece para establecer la edad de los materiales dragados. Entre esos materiales figuran conchas marinas, moluscos, turbas, mastodontes y mamuts e incluso herramientas prehistóricas.

Si proyectamos las islas del Atlántico de acuerdo con su situación en aquella época, incluyendo todo el fondo del mar que las rodeaba, hasta una profundidad de 150 metros o más, obtenemos islas con áreas terrestres mucho mayores; tal vez no del tamaño de los continentes, pero sí lo bastante extensas como para mantener una población numerosa y activa, capaz de desarrollar una civilización. Algo similar ocurrió con las otras costas, de Francia, España, Portugal, África del Norte y América, que se extendían probablemente tanto como el zócalo continental, como lo demuestran los cañones submarinos que parten de los ríos actuales hasta llegar al borde de grandes abismos. Estas islas oceánicas no sólo habrían sido mayores que las actuales, sino más numerosas, lo cual significaría extensas zonas secas comprendidas en las orillas de las grandes y pequeñas Bahamas, donde se han realizado recientes descubrimientos de edificios y ciudades sumergidas. La extensión "anterior a la inundación" de estas zonas y de las islas atlánticas nos recuerda la mención por parte de Platón de "...otras islas; y desde las islas se podía atravesar al continente opuesto...". Los centros poblados de este imperio prehistórico se encontrarían, naturalmente, en el antiguo nivel del agua y es precisamente allí, como sugiere Foéx, donde la búsqueda de la Atlántida debería arrojar resultados provechosos. No sería la búsqueda de leyendas y tradiciones, sino la exploración de ciudades y puertos reales pertenecientes a la sumergida isla-continente. Tanto en las Azores como en las Canarias se ha informado de la existencia de construcciones submarinas de origen desconocido.

Con esta explicación, que aparece corroborada por la ciencia, por lo menos en cuanto se refiere a la elevación del nivel de las aguas, devolvemos la isla-continente perdida al Atlántico, precisamente al lugar donde la situaba Platón. Pero era distinta, algo más pequeña, incluidas islas mucho más grandes y cercanas a las costas de los continentes que la rodeaban, tal como lo describieron Platón y otros autores.

Incluso el factor tiempo es inesperadamente coherente. Platón sitúa el hundimiento,

[*] Publicado por Editorial Pomaire en 1969. *(N. del E.)*

según le informaron los sacerdotes de Sais, hace 11.250 años, mientras la ciencia moderna sugiere el año 10.000 a.C. como el período del fin de los últimos glaciares europeos, a los que siguió la inundación. La difusión de la civilización megalítica hacia Europa se produjo alrededor de esta época y, puesto que las fechas correspondientes a las culturas Tartessos, el sur de España, el norte de África y las islas mediterráneas están siendo constantemente retrasadas, todas ellas se acercan al período de la última retirada de los glaciares y del supuesto éxodo desde la Atlántida.

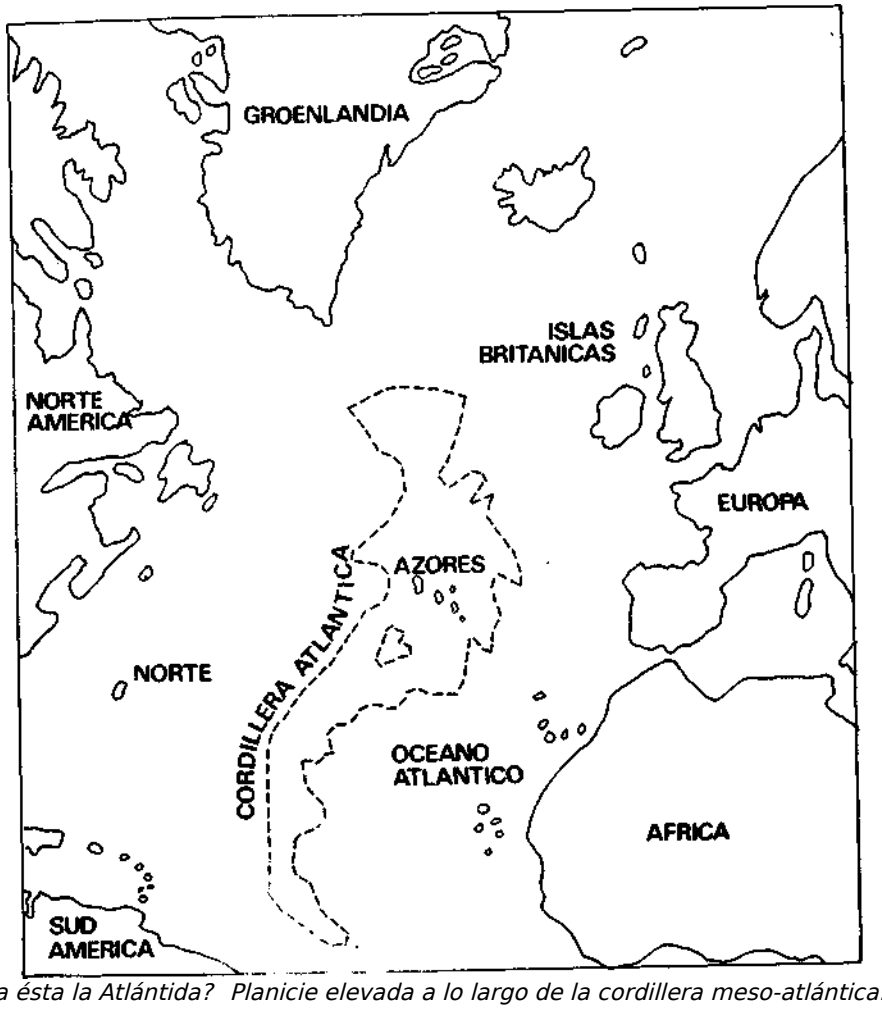
En otras palabras, todo era parcialmente cierto, pero ligeramente deformado a través del turbulento polvo de la leyenda y de la inconstante memoria del ser humano. Hubo una vez grandes islas en el Atlántico. Ocurrió una vez una inundación que pareció cubrir la tierra, pero las aguas no retrocedieron y todavía están en torno a nosotros. Y las tierras no se hundieron realmente, sino que resultaron anegadas, y con excepción de los sectores cubiertos por las mareas, no volvieron a emerger. Y esas tierras perdidas están todavía allí, en lo profundo del océano, y sólo sobresalen del Atlántico sus partes más elevadas. A lo largo de sus orillas sumergidas y los terrenos originalmente fértiles de la época anterior al diluvio, deben yacer las ruinas y los restos de sus ciudades, palacios y templos.

Naturalmente, la visión de la Atlántida a la que acabamos de referirnos, esta civilización del océano anegada por el deshielo de los glaciares no coincide precisamente con el imperio mundial, postulado por Donnelly, ni con la edad de oro soñada por tantos de sus supuestos descendientes. Probablemente no fue tampoco la supercivilización que pretenden otros escritores, que poseía adelantos ultramodernos y fue castigada por sus pecados, como ejemplo para todos nosotros. Lo que sin embargo *es* probable, es que en aquellas fértiles y florecientes islas algunos de los hombres de Cro-Magnon desarrollaran inicialmente una cultura que luego difundieron hacia otras tierras. Ello habría ocurrido antes y después que los cambios experimentados por el planeta les obligaran a emigrar. No sabemos qué idioma hablaban y sólo tenemos una vaga idea respecto de sus rasgos culturales. Pero si alguna vez llegamos a descubrirlo —y existen buenas posibilidades de que ello sea así— sabremos mucho más acerca del origen de nuestra civilización, de nuestro pasado cultural, nuestra prehistoria y, tal vez, acerca de nosotros mismos.

¿Es posible encontrar la Atlántida?

Con el desarrollo de la exploración submarina y la arqueología, el problema del hallazgo de la Atlántida y todos sus tesoros culturales y materiales se convierte en un proyecto de investigación submarina, el campo más lógico tratándose de la búsqueda de tierras sumergidas. Se han logrado grandes avances en la utilización de hombres rana, cuyo radio de acción y profundidad a la que pueden descender aumentan constantemente. En un futuro próximo, y utilizando combinaciones especiales de gases, podrían alcanzar los 400 ó 500 metros.

Existen sumergibles de gran profundidad, como el *Trieste II,* de Picard y el *Archiméde,* que son capaces de descender hasta las grietas oceánicas más profundas. Se están construyendo otros submarinos pequeños, dotados de gran maniobrabilidad y con capacidad de realizar trabajos como si fuesen una extensión de los brazos del submarinista. Además, cuentan con sonar y elementos de televisión para el examen del fondo del mar. *The Alvin,* perteneciente a la Union Carbide y con capacidad para dos hombres, localizó y "rescató" la bomba atómica perdida frente a las costas españolas.

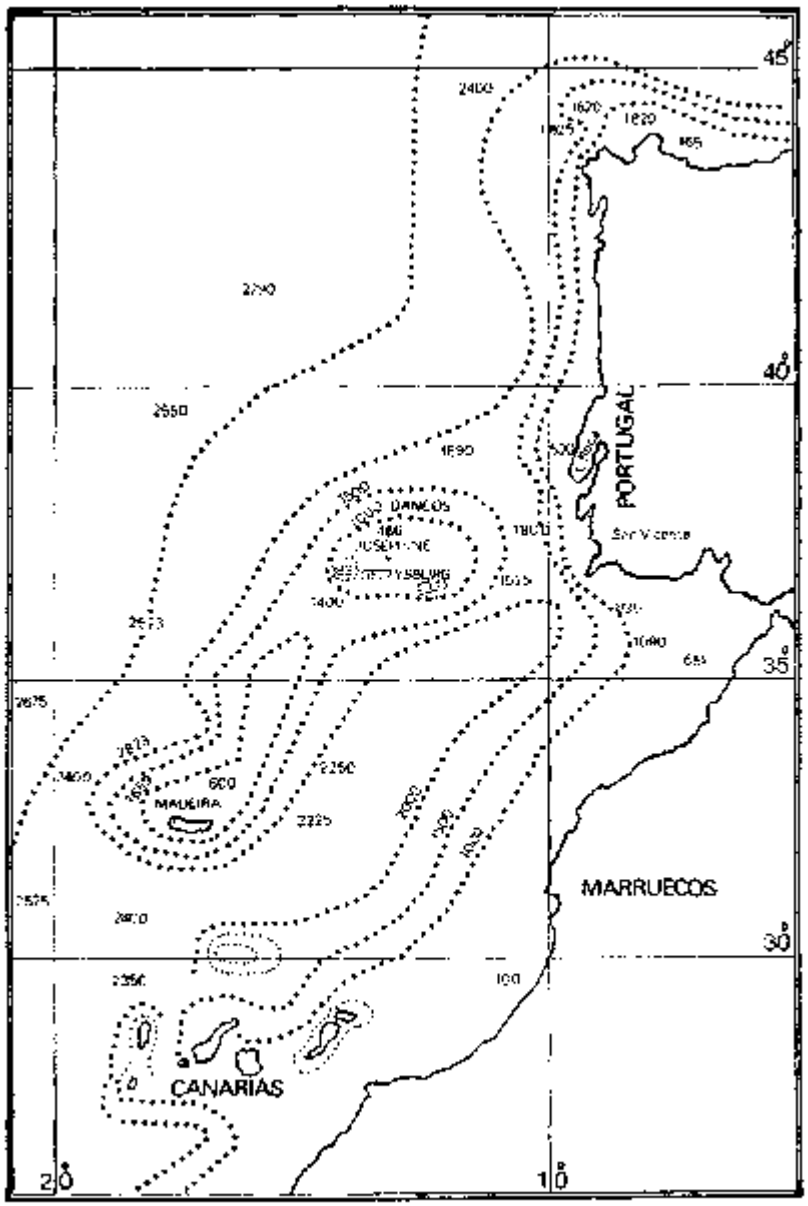


¿Era ésta la Atlántida? Planicie elevada a lo largo de la cordillera meso-atlántica.

En los modelos más pequeños se están introduciendo constantes modificaciones. El *Star Class I,* de la General Dynamics, para dos hombres también, tiene un límite de permanencia en el agua de seis horas y un alcance en cuanto a profundidad de 130 metros, mientras el nuevo *Star Class III* puede bajar hasta casi 1000 metros y han aumentado su autonomía hasta veinticuatro horas. Jacques Cousteau ha perfeccionado un vehículo en forma de platillo que puede operar a una profundidad de 300 metros. En aguas menos profundas, contamos con el *Pegasus,* de Omitri Rebikoff, que es una especie de torpedo en el que un submarinista cabalga como si se tratase de un caballo submarino y que, tal como ocurre con los buenos jinetes, lo maneja con piernas y aletas, no con las manos. Se trata de un aparato que combina movilidad con una visibilidad óptima. El *PX 15, o Benjamín Franklin,* capaz de transportar una tripulación de cinco hombres, es un vehículo utilizado para investigaciones prolongadas, con amplias ventanas y capaz de permanecer bajo el agua durante semanas, ya sea actuando con su propia fuente de energía o flotando y dejándose llevar por las corrientes submarinas, a profundidades de hasta 600 metros.

El *Asherah,* construido por la General Dynamics, es un submarino diseñado especialmente para llevar a cabo investigaciones arqueológicas bajo las aguas del Mediterráneo y en relación con las expediciones de la Universidad de Pensylvania. Es lento, sólo desarrolla una velocidad de 2,5 nudos, está equipado con elementos para detectar objetos, circuito cerrado de televisión y cámaras estereoscópicas, una herramienta para la investigación hecha a la medida de la arqueología submarina. Existen planes para construir otro submarino especial, destinado a investigar el pasado "viviente", o, más específicamente, todo lo relativo al monstruo del Loch Ness, utilizando además unidades de sonar situadas en tierra y en un barco como auxiliares de orientación. Tal vez la herramienta más útil con que cuentan los submarinistas en su trabajo a grandes profundidades es el *Deep Diver,* con su cámara hermética. Los submarinistas se someten a compresión en ese compartimiento, antes de descender a determinadas profundidades y luego, al volver a la cámara y antes de retornar al sumergible, opera la descompresión. De

esta forma pueden descender a profundidades mucho mayores y prolongar el tiempo de exploración. Con ello se logra también simplificar el problema de la descompresión. El proyecto *Sea Lab* (Laboratorio marino), que se encuentra en proceso de experimentación, permite a los submarinistas operar durante largos períodos a una profundidad de más de 180 metros.



Exploraciones con "sonar" realizadas en torno a las islas Canarias y Madeira.

Esto presenta un interés especial si se piensa que la mayor parte de la plataforma continental tiene una profundidad de menos de 180 metros. El *Sea-Lab* es una "casa" submarina que reposa sobre pilotes y a escasa distancia del fondo, con una salida directa hacia el mar en el suelo, a la que el agua no puede pasar debido a un mecanismo de presión y a través de la cual se deslizan los submarinistas, utilizando equipos Mark VII, dotados de mezclas especiales de oxígeno y helio. Los buceado-res son mantenidos a la misma presión, dentro y fuera del *Sea Lab* y gracias a ello pueden permanecer durante largos períodos a grandes profundidades, antes de someterse a descompresión.

Actualmente existe un sistema, utilizado por los submarinos, que consiste en un "sonar" capaz de perfilar superficies o proporcionar una visión lateral, que puede ser empleado para localizar construcciones submarinas y también formaciones naturales. Incluso puede realizarse una investigación electrónica de promontorios submarinos, para determinar su composición. Y, utilizando la impresión magnética del fondo del océano, que es una técnica nueva y sorprendente, se puede llevar a cabo la exploración para precisar

la "edad" del terreno desde el propio vehículo submarino. Además, en los últimos años se han realizado espectaculares avances en la precisión de la época de origen de los objetos. Entre ellos, junto al uso del carbono radiactivo figuran las nuevas técnicas de termo-luminiscencia y arqueo-magnetismo.

Ahora que se puede contar con tales elementos, la localización de los verdaderos vestigios de la Atlántida está más próxima que en la época en que Wm. Gladstone trató de obtener del Parlamento británico fondos para la investigación en el Atlántico, o cuando Donnelly sugirió que "...las naciones de la tierra podrían utilizar sus flotas de guerra ociosas *(sic)* para traer a la luz del día algunas de las reliquias de estos pueblos enterrados. Ciertas partes de la isla yacen sólo a algunos cientos de brazas bajo el mar, y si se han enviado expediciones cada cierto tiempo para resucitar tesoros sumergidos desde las profundidades del océano, ¿por qué no hacer un esfuerzo para llegar hasta las maravillas de la Atlántida?..."

Las nuevas técnicas de buceo y submarinismo han permitido ya la exploración completa de la plataforma continental que se halla a nuestro alcance, y es allí donde sin duda habremos de descubrir restos prehistóricos y claves que permitirán obtener una mayor precisión en torno al "misterio" de la isla-continente. Esto debería ocurrir no sólo en la zona de las Azores, las Canarias y otras islas atlánticas, ya que el alcance de la exploración submarina en el Atlántico cubre todos los territorios que realmente no se sumergieron, sino que fueron anegados por la crecida de las aguas provocada por el último deshielo de los glaciares. Estas tierras se extienden sobre una gran parte de la plataforma continental de Europa y del continente americano y también por los zócalos de las islas atlánticas, algunas de las cuales pueden haber sido cubiertas por las aguas, en crecidas provocadas por movimientos sísmicos, producidos a su vez por las erupciones volcánicas.

Estas tierras sumergidas incluyen, pues, muchas zonas donde se piensa que estuvieron situadas ciudades y tal vez continentes perdidos. Los últimos lugares de colonización, frente a las costas de Francia, España e Irlanda, las tierras anegadas de la cuenca mediterránea, los restos del mar Báltico y de las culturas prehistóricas de Norte y Centroamérica (incluso la "reaparecida Atlántida", frente a las Bimini) y especialmente las primitivas tierras bajas y ciudades costeras de las islas atlánticas que, de haber existido, habrían estado cerca de la vieja línea de la costa o planicie costera que ahora, tras las inundaciones e inmersiones, se encontraría por lo menos a 200 metros bajo el mar.

De ahí que el espectro de la investigación atlántica pueda extenderse ahora hacia todo el litoral atlántico y también hacia las islas oceánicas y sus planicies sumergidas. Pero resulta improbable suponer que se organicen expediciones costosas para encontrar la Atlántida, por muy importantes o valiosos que puedan ser los restos y utensilios sumergidos, sin tener indicios acerca de ubicaciones específicas, dentro del otro mundo que existe bajo el mar.

Sin embargo, podemos esperar que sean descubiertos elementos arqueológicos relacionados con el complejo cultural atlántico en el fondo del mar, gracias principalmente al azar y a que el nuevo y más eficiente equipo de investigación permite a los científicos realizar una mayor variedad de investigaciones submarinas. Estas incluyen, por ejemplo, la búsqueda de buques desaparecidos, como el submarino atómico *Scorpion,* que fue finalmente localizado a 130 kilómetros al sudoeste de la isla Santa María, en las Azores; la prospección de pozos petrolíferos u otros materiales en la plataforma continental; la confección de mapas y la realización de estudios del fondo del mar, de las corrientes submarinas y la población ictiológica.

El océano es el último gran tesoro del mundo y lo que se ha hundido en él o ha sido tragado por sus aguas está allí, esperando a que dispongamos de los medios y la capacidad para encontrarlo. Ahora, por primera vez en la larga historia de la búsqueda de la Atlántida, tenemos esa posibilidad. La clave respecto de nuestro pasado podría hallarse en el fondo del océano.

Una pregunta final: ¿Es posible encontrar la Atlántida?

El futuro inmediato nos dará la respuesta. Creemos que sí. Depende fundamentalmente de los esfuerzos de los exploradores submarinos, los descendientes psicológicos de los atlantes; el *nuevo* "pueblo del mar".

El hallazgo de la Atlántida

Desde la publicación de este libro se han realizado extraños hallazgos y descubrimientos que constituyen serios indicios de que algunos edificios de la época de la Atlántida estuvieron situados en el centro del océano Atlántico, y en los sectores oriental y occidental. Debemos recordar que casi todas las tesis sobre la isla-continente se han apoyado en teorías, leyendas, referencias históricas de la Antigüedad, lingüísticas y culturales que serían difíciles de explicar de otra forma, coincidencias geológicas y zoológicas; e incluso revelaciones psíquicas y recuerdos heredados. Por todo ello, hay que imaginarse lo que ocurriría si se encontrara alguna prueba concreta de la existencia de ciudades submarinas, aproximadamente en la misma zona que indicara Platón y que han confirmado las creencias populares desde la más remota antigüedad. Tales descubrimientos exigirían una evolución en la perspectiva histórica, una reconsideración de nuestro propio progreso como civilización e incluso, considerando el lapso de tiempo transcurrido entre la existencia de la Atlántida y nuestro propio mundo, una reconsideración acerca de las habilidades de quienes damos el nombre de "hombres primitivos". Cabría esperar también que el mundo oficial de la ciencia restase importancia a los hallazgos, tratando en cada caso de descartarlos mediante alguna explicación, o de evitar en cualquier forma lo que Charles Hapgoods ha llamado "la terrible alternativa de los continentes sumergidos".

De hecho, esto es lo que ha ocurrido. Desde 1968, cuando el doctor Manson Valentino descubrió y exploró el "Camino de las Bimini", una muralla, pilares, carretera o muelle sumergido que yace a una profundidad de unas seis brazas, al este de la Bimini septentrional, las críticas de los científicos se hicieron sentir de manera inmediata y muy severa. Se sugirió que aquellos bloques ciclópeos eran sencillamente rocas arenosas separadas hasta dar la impresión de bloques. No obstante, cabe hacer notar que la roca no forma grandes bloques capaces de ajustar unos con otros hasta adquirir una forma determinada; que las rocas quebradas al azar no forman ángulos de 90 grados ni poseen pasajes trazados regularmente que las comuniquen y, sobre todo, las rocas "naturales" no suelen permanecer en el fondo del mar apoyadas sobre pilares de piedra como los que existen debajo de aquellos inmensos bloques. Cualquiera que haya observado personalmente este soberbio trabajo en piedra desde el fondo del mar, y lo haya visto en su extensión de miles de metros, adentrándose en la distancia color violeta y cayendo luego nuevamente sobre la arena, para reaparecer enseguida en otros puntos de las Bimini, como si se tratara de una ciudadela gigantesca, no tiene otra alternativa que creer que ha sido construido por el hombre. Además, la roca tiene una composición distinta ala de arena, y según el doctor Valentine, podría tratarse de piedras especialmente tratadas, o incluso de una mezcla. Mar adentro, frente a las Bimini, y a una profundidad de unos 30 metros, algunos pilotos de aviones comerciales han observado muros verticales e incluso un gran arco. Se han divisado pirámides o bases de pirámides sumergidas, desde distancias que varían entre algunos kilómetros frente a la costa y cientos de kilómetros mar adentro. A unos 16 kilómetros del extremo sur de la bahía de Andros se han fotografiado grandes especies de círculos quebrados, de piedras monolíticas que yacen en el fondo del mar, algunas en círculos concéntricos dobles y otras triples. Todo ello sugiere una especie de "Stonehenge" americano, lo que tal vez pueda comprobarse cuando se investigue debidamente. Se han encontrado docenas de curiosos vestigios arquitectónicos en distintos lugares de la costa de las Bahamas. Algunos sólo aparecen sugeridos por la vegetación del fondo, que crece sobre las formaciones pétreas sumergidas bajo la arena, pero que aún muestra las líneas rectas y las formas perfectamente rectangulares o circulares que, indudablemente, no se dan espontáneamente en la Naturaleza.

En el caso de los distintos hallazgos a los que los buceadores tienen acceso fácilmente, se han realizado pruebas para determinar su antigüedad. Aimque las piedras no pueden

ser clasificadas dentro de ciertos períodos "históricos", como ocurre con la materia orgánica, las raíces de mangle que crecen bajo las piedras del camino de las Bimini tendrían entre diez y doce mil años de antigüedad. Esto coincide, no sólo con la fecha señalada por Platón para la destrucción de la Atlántida, sino también con la fecha geológica aceptada para el deshielo de los últimos glaciares.

En el Caribe y en las zonas vecinas abundan las estructuras construidas por el hombre. Cuando el agua está clara y serena pueden advertirse diques o caminos a lo largo del fondo de las zonas costeras que parten de la zona oriental del Yucatán y Honduras y se dirigen mar adentro hacia puntos demasiado profundos como para ser explorados. Ciertas investigaciones con sonar han mostrado una muralla de 160 kilómetros de longitud que se extiende por el fondo del mar, frente a Venezuela. Los geólogos sostienen que se trata de un fenómeno natural y explican que es "demasiado grande" como para que se pueda pensar que se trata de una obra realizada por el hombre. Esta sería también la explicación de la muralla de 16 kilómetros que existe en el fondo del Atlántico, frente al cabo Hateras. Al norte de Cuba existe un complejo de edificios que aparentemente han sido explorados con la colaboración de técnicos soviéticos. La Unión Soviética ha mostrado considerable interés en la investigación atlántica, que podría aumentar *a raíz* de las nuevas maniobras que están realizando con submarinos. Una expedición bastante reciente que los soviéticos realizaron en las Azores confirmó la tesis de P. Termier acerca de la taquilita (un tipo de lava que se forma sobre el agua sometida a la presión atmosférica), surgida durante el incidente de la rotura del cable atlántico en 1898, que fue la base de su teoría de que grandes zonas alrededor de las Azores se hallaban sobre el nivel del mar hace 15.000 años.

La mayor parte de los descubrimientos en el Atlántico Occidental y en el Caribe se han producido en la plataforma continental, en aguas relativamente poco profundas: es decir, desde los 10 hasta los 50 ó 60 metros. Su número ha ido en aumento desde el período 1965-69, lo cual coincide con la predicción que hizo Cayce antes de su muerte, en 1945, en el sentido de que la Atlántida surgiría desde el fondo del mar. Hay varias razones que explican esto: muy raramente la superficie del mar está absolutamente en calma: cada vez hay un mayor número de rutas aéreas; las actividades de los submarinistas han ido en constante aumento. Pero la razón principal es que a los arqueólogos jamás se les ocurrió buscar ruinas prehistóricas en las aguas del océano que se extienden frente al continente americano.

Naturalmente, existen indicios de que a mayores profundidades podrían encontrarse ruinas aún más imponentes. Una inmersión del submarino francés *A-chiméde* frente a la costa de Puerto Rico reveló la existencia de escalones tallados en los costados abruptos de la plataforma continental frente a Andros, a una profundidad mucho mayor que en los otros hallazgos. Y, aunque no sabemos quién los hizo o quién construyó las estructuras, hay algo seguro: el trabajo no fue realizado bajo el agua.

Lo que podría ser una extraordinaria coincidencia en relación a estos restos prehistóricos es el hecho de que se encuentran dentro del muy discutido Triángulo de las Bermudas, esa región del océano que se extiende entre las Bermudas, la Florida oriental y el este de Puerto Rico, en el que durante los últimos treinta años han ocurrido desapariciones de centenares de aviones, grandes barcos y pequeñas lanchas con todas sus tripulaciones y sin dejar rastro. Entre las características de estas desapariciones podemos citar el loco girar de las brújulas, el mal funcionamiento de ciertos instrumentos, el cese de las transmisiones de radio y radar, una neblina resplandeciente y algunos "apagones" electrónicos. Una de las muchas explicaciones que se han sugerido para justificar las anomalías electromagnéticas supone que existió una avanzada civilización atlántica que poseía fuentes de poder a base de rayos láser; cristales gigantescos, uno más de los cuales aún estaría funcionando en el fondo de ciertas fosas oceánicas, como la que existe en la Lengua del Océano, una zona que tiene un aura de mal agüero y se extiende entre Andros y la cadena Exuma. Edgar Cayce informó a través de sus trances psíquicos que, efectivamente, la Atlántida poseía dicho poder y describió con bastante detalle ciertas operaciones realizadas con rayos láser, varias décadas antes de que los láser se pusieran de actualidad.

Si suponemos que hemos descubierto ciertas zonas sumergidas de la Atlántida en los alrededores de las Bahamas y de las islas del Caribe, ¿cómo quedaría la tesis platónica de una Atlántida convencional, situada en medio del océano? Los descubrimientos de las

Bahamas no modificarían las observaciones de Platón. Recordemos sus palabras:

> En aquel tiempo, en efecto, era posible atravesar este mar. Había una isla delante de este lugar que llamáis vosotros las Columnas de Hércules. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia unidas. Y los viajeros de aquellos tiempos podían pasar de esta isla a las demás islas, y desde estas islas podían ganar todo el continente, en la costa opuesta de este mar que merecía realmente su nombre. Pues, en uno de los lados, dentro de este estrecho de que hablamos, parece que no había más que un puerto de boca muy cerrada y que, del otro lado, hacia afuera, existe este verdadero mar y la tierra que lo rodea, a la que se puede llamar realmente un continente, en el sentido propio del término...

Debemos admitir que una parte muy considerable del relato de Platón ha recibido un respaldo científico total con el descubrimiento del continente americano, y es posible que pronto aparezcan pruebas que corroboren el resto del relato. Las observaciones submarinas realizadas desde aviones han permitido descubrir edificios y ciudades enteras, en los alrededores de las Azores, ya en 1942, cuando unos pilotos que volaban desde Brasil a Dakar observaron lo que parecía una ciudad sumergida en la zona occidental de las montañas de la cordillera meso-atlántica, de la cual las Azores son simplemente las cumbres más altas que sobre salen de las aguas. Tales observaciones accidentales se producen cuando el sol y la presión alcanzan las condiciones óptimas para la observación submarina. Frente a Boa Vista, en las islas de Cabo Verde, y frente a Fayal, en las Azores, se han advertido restos arquitectónicos que tal vez corresponden al área andina central. Por otra parte, los primeros conquistadores españoles de las islas Canarias encontraron restos sumergidos de ciudades y edificios que tal vez databan de la época atlántica. No olvidemos que los guanches, que habitaban las islas Canarias a la llegada de los españoles y que han conservado la tradición de una gran civilización perdida en el Atlántico, ya no eran capaces de construir nada, salvo simples chozas.

A lo largo de los zócalos continentales y las llanuras costeras del Atlántico estamos empezando a encontrar restos de lo que podrían ser reliquias de la Atlántida pertenecientes a quienes sobrevivieron a la catástrofe. Es evidente también que las aguas que anegaron la isla-continente y las fuerzas sísmicas que cambiaron la corteza terrestre repercutieron en toda su superficie.

En las costas de Irlanda, Francia, España y Portugal y frente a las del norte de África existen leyendas acerca de puertos perdidos y ciudades sumergidas, mientras hay verdaderos caminos y murallas que se extienden bajo el Atlántico. En aguas del Mediterráneo existen dos tipos de restos submarinos: los edificios hundidos en aguas poco profundas desde épocas remotas (21.500 años) que se encuentran a una profundidad equivalente a 30 centímetros por cada 100 años y otro nivel mucho más profundo, correspondiente a 10.000 e incluso más años de antigüedad, muy anteriores a la historia de Egipto, Grecia y Roma. Gracias a las exploraciones que se han realizado con submarinistas se han podido hallar pruebas de la existencia de este nivel más profundo, heredado tal vez de pueblos civilizados de la época en que el Mediterráneo era un conjunto de lagos interiores. Un buceador que estaba persiguiendo un pez, encontró una muralla de 14 kilómetros de largo, muy bien construida, frente a Marruecos, Cuando investigaba las ruinas que se advertían sobre la cumbre de una montaña submarina, a 40 metros bajo la superficie, el doctor J. Thorne pudo ver algunos caminos que descendían aún más por la montaña, hacia la oscuridad púrpura de las profundidades desconocidas. Ocho kilómetros mar adentro, en el Mediterráneo, exactamente al sur de Marsella, un explorador francés, Jacques Mayol, exploró un banco de 1500 metros de largo que yacía a una profundidad de 30 a 40 metros, en que se advertían galerías verticales, canteras y montones de escoria apilados junto a las galerías. En otras palabras, una mina trabajada por el hombre contemporáneo al del hombre de Cro-Magnon.

En otras palabras, gran parte de la arquitectura atlántica y un sinnúmero de útiles yacen hoy bajo el mar, en zonas que eran planicies costeras o valles antes de que el nivel del mar variase en todo el mundo. D. H. Lawrence traza un vivido cuadro de un mundo primitivo en su obra *The Plumea Serpent* (La serpiente emplumada), al describir una época en que "las aguas del mundo se aglomeraron en estupendos glaciares... alto, muy alto, más allá de los Polos...". "...Las grandes llanuras se extendían hacia los océanos, como la Atlántida y el continente perdido de la Polinesia, de manera que los mares eran solamente grandes lagos y los habitantes de aquel mundo, suaves y de ojos negros, podían desplazarse alrededor del globo...".

Es posible que aún subsistan vestigios de una cultura atlántica en lugares inesperados y a la espera de ser reconocidos. Las enormes paredes de piedra existentes en las cumbres montañosas del Perú, cuyos bloques están unidos con enorme perfección hasta el punto de parecer soldados, fueron un misterio tan grande para los conquistadores españoles como para los incas, cuyo imperio estaban invadiendo. La ciudad boliviana de Tiahuanaco, que es increíblemente antigua, fue construida al parecer hace tanto tiempo, que sus animales prehistóricos aparecen en los utensilios de cerámica que utilizaban sus habitantes. Los enormes edificios erigidos a una altura de 4000 metros, con paredes de tres metros de ancho y piedras de cimentación que pesan 200 toneladas, fueron construidos con una exactitud y un conocimiento de física y astronomía tales, que muchos investigadores están convencidos de que sus constructores no pueden haber sido seres de este planeta.

Ciertos descubrimientos geológicos, como las líneas de sal en las montañas, los campos de maíz antiguos y que se hallan bajo la línea de las nieves de las montañas de los alrededores, y las conchas marinas encontradas en las costas del cercano lago Titicaca, indican que la ciudad no era una fortaleza montañosa sino más bien un puerto del océano, que alcanzó su altura actual en alguna época del pasado remoto, y durante las convulsiones volcánicas que acompañaron el deshielo de los glaciares. Posansky, un arqueólogo especializado en el estudio de esta región, calcula que el fenómeno se produjo hace 15.000 años.

Al plegarse la corteza terrestre, otras ciudades de Sudamérica pueden haber sido arrojadas al abismo oceánico. Como ejemplo notable de ello podemos citar las fotografías de la fosa Milne-Edwards tomadas por el doctor Menzies, de la Universidad de Duke, desde el barco oceanógrafico Antón Bruun, en 1965, frente a la costa del Perú. Las grabaciones de sonar realizadas en esta zona indicaron configuraciones muy extrañas en el fondo del océano, que aparentemente era una superficie cubierta de lodo. Las fotografías que se tomaron a una profundidad de 2000 metros mostraban lo que parecían enormes pilares y murallas. Algunos parecían cubiertos de signos caligráficos. Cuando se trató de tomar otras fotografías se advirtió que aunque la posición de la cámara especial fue modificada por las corrientes submarinas, se obtuvieron otras placas de rocas con formas artificiales que yacían sobre los costados, y algunas de ellas en montones, como si hubiesen rodado unas encima de otras. Esto es tal vez lo que ocurrió en la época en que esta misteriosa ciudad se hundió a una profundidad de más de 1.500 metros. Aun cuando este incidente muestra las mayores profundidades del océano en que se hayan encontrado supuestas ruinas, es probable que las futuras exploraciones submarinas, realizadas a iguales o similares profundidades, aporten pruebas definidas, en un futuro relativamente próximo, acerca de la existencia de una civilización mundial cuyas florecientes ciudades yacen ahora en el fondo de los océanos del mundo.

La tarea de descubrir la Atlántida o el imperio atlántico se está llevando a cabo ahora, gracias al nuevo equipo con que contamos, tanto para la datación de restos y ruinas como para realizar exploraciones submarinas. Guste o no a los historiadores convencionales o a las instituciones científicas oficiales, la exploración submarina que se está realizando está provocando que empiecen a encajar las piezas de un rompecabezas, o mejor dicho un mosaico que pronto resultará demasiado concluyente como para ser ignorado o negado, incluso si gratas y familiares nociones del tiempo y la cultura tuviesen que ser modificadas.

La observación que, según Platón, los sacerdotes egipcios hicieron a Solón en Sais, es tan aplicable a nosotros como el filósofo quiso que lo fuera a su antiguo público. No debemos olvidar que los antiguos griegos no pensaban que eran antiguos, y se consideraban tan "modernos" como nosotros ahora.

Según Platón, "uno de los sacerdotes, un hombre de mucha edad" hizo el siguiente comentario a Solón, cuando éste le visitó:

...Vosotros sois todos jóvenes en lo que a vuestra alma respecta. Porque no guardáis en ella ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni tenéis ninguna ciencia encanecida por el tiempo. Y ésta es la razón de ello. Los hombres han sido destruidos y lo serán aún de muchas maneras...

Este sentimiento, que era común a muchos pueblos de la Antigüedad, es aún compartido por nosotros, que somos sus modernos descendientes. Ha sido consciente y subconscientemente conservada por leyendas, tradiciones y la memoria racial, y se ve hoy

reforzada por descubrimientos cada vez más frecuentes. Hubo sin duda culturas anteriores a nuestro "período vital", desde el 3500 antes de C. hasta el presente. Una de ellas, con seguridad la que precedió inmediatamente a nuestra propia "antigüedad", fue la que llamamos Atlántida, cuyo nombre por sí solo, aun cuando resulte incierto, ha dejado un eco tan vibrante en la historia de nuestro mundo y en el océano que conmemora su nombre.

Bibliografía

Babcock, William: *Legendary Island ofthe Atlantis,* Nueva York, 1924.
Berlioux, Etienne-Félix: *Les Atlants,* París, 1883.
Braghine, A.: *The Shadow of Atlantis,* Nueva York, 1940.
Bramwell, James: *Lost Atlantis,* Londres, 1938.
Brasseur de Bourbourg, Charles-Etiene: *Manuscrit Troano,* París, 1889.
Cayce, Edgar: *Earth Changes,* Virginia Beach, 1959.
Churchward, James: *The Children of Mu,* Nueva York, 1945.
De la Barra, Luis León: *El misterio de la Atlántida,* México, 1946.
Dévigne, Roger: *Un Continent Disparu,* París, 1924.
Donnelly, ígnatius: *The Antediluvian World,* Nueva York y Londres, 1882.
Diringer, David: *The Alphabet,* Nueva York, 1948.
Donn, Farrand y Ewing: "Pleistocene Ice Volumes and Sea Level Lowering", *Journal of Geology,* 1962.
Elliot, Scott W. *The Story of Atlantis,* Nueva York, 1954.
Foéx, Jean-Albert: *Histoire sous-marine des hommes,* París, 1964 *(Historia submarina de los hombres, Pomaire,* 1969).
Gidon, F.: *L'Atlantide; Translation and Notations,* París, 1949.
Hosea, L.: *Atlantis,* Cincinnati, 1875.
Le Plongeon, August: *Queen Moo and the Egyptian Sphinx,* Londres, 1896. Le Plongeon, August: *Sacred Mysteries Among the Mayas and the Quichas,* Nueva York, 1886.
Mayor, James: *Voy age to Atlantis,* Nueva York, 1969. Merejkowshy, Dmitri: *The Secret ofthe West,* Nueva York, 1931. Merril, Emery y Rubín: "Ancient Oyster Shells on the Atlantic Continental Sheef", *Science,* 1965. Morales, E.: *La Atlántida,* Buenos Aires, 1940. Moreaux, Th.: *L'Atlantide a-t-elle existe?,* París, 1924. Portilla, Miguel León: *The Broken Spears,* Boston, 1962. Rackl, Hans: *Diving into the Past,* Nueva York, 1968. Redslob, Gustav: *Tartessos,* Hamburg, 1849. Saurat, Dermis: *L'Atlantide,* París, 1954. Steiner, Rudolph: *Unsere Atlantischen Vorfahren,* Berlín, 1928. Saint-Vincent, Bory de: *Essai sur les ües Fortunées et l'Antique Atlantide,* París, 1803. Saint-Price, Dereck de: "An Ancient Greek Computer", *Scientiflc American,* 1959.
Schulten, Adolph: *Tartessos,* Hamburgo, 1922. Schliemann, Paul: *How I Found the Lost Atlantis,* N. York, 1912. Spence, Lewis: *The History of Atlantis,* Londres, 1926. Spence, Lewis: *Atlantis in America,* Nueva York, 1925. Sheperd, F. B.: *35.000 Years of Sea Level,* Los Angeles, 1963. Talbot, L.: Les *Paladins du Monde Occidental,* Tánger, 1965. Termier, Fierre: *L'Atlantide,* Monaco, 1913. Thévenin, Rene: *Les Pays Légendaires,* París, 1946. Vaillant, George C.: *The Aztecs of México,* Nueva York, 1941. Vivante, A. e Imbelloni J.: *Libro de las Atlántidas,* Buenos Aires, 1939. Wegener, Lothar Alfred: *The Origins of Continents and Oceans,* Nueva York, 1924. Zschaetzsch, Cari: *Atlantis, die Urheimat derArier,* Berlín, 1922.

El autor desea expresar su profundo agradecimiento a las siguientes personas y organizaciones que le han proporcionado fotografías e información, han criticado la obra o han ayudado en cualquier otra forma a su preparación, sin que esto signifique de ninguna manera la aprobación o desaprobación por parte de ellos de las teorías del autor. La lista sigue el orden alfabético:

J. Trigg Adams: presidente de la Marine Archaeology Research Society.
José María Bensaúde: director de la Agencia Marítima "Occidente", Portugal y las Azores.
Valerie Berlitz: artista y autora.
Teniente coronel Norman Bonter: autor e investigador.
Comissao Regional de Turismo dos Agores.

Adelaide de Mesnil: fotógrafo arqueológico.
Natalie Derujinsky: fotógrafo.
George Demetrios Frangos: historiador.
Charles Hughes: lingüista, filólogo.
The Hispanic Society of America.
Howard van Smith: autor, columnista y editor.
Robert E. Silverberg: historiador y autor.
Jim Thorne: autor, arqueólogo, explorador y buceador.
Cari Payne Tobey: astrólogo, columnista de NEA y autor.
Dr. Manson Valentine: arqueólogo, explorador y autor.
Krishna Vampati: autor e investigador.